

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. LA CRÍTICA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, por *D. Joaquín Rabanque*.
- II. ENSAYO DE REFORMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA (conclusión), por *D. Tomás Escriche*.
- III. LA NOVIA DEL MARINERO, por *D.^a Blanca de los Ríos*.
- IV. ESTUDIOS ESTÉTICOS, por *L. Cabello y Asó*.
- V. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VI. ESCARAMUZAS, novela (continuación), por *D.^a Eulalia de Lians*.
- VII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- VIII. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- IX. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Historias cortesanas: El guante*.—*Colección de escritores castellanos: Historia de las ideas estéticas en España. Críticos*.—*Un cuento de Hadas*.—*Memorias del Instituto geográfico y estadístico*.—*La magia disfrazada*, por *D. Ch.*—*Geografía militar de Marruecos*, por *J.*—*¡Hijo mío!* por *A.*
- X. ADVERTENCIAS Y ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LA FONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alórdá
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

La Administración y Redacción se hallan situadas en la *calle de Pizarro, núm. 17, principal*, á donde podrán hacerse y renovarse las suscripciones, dirigiendo la correspondencia y toda clase de reclamaciones al Director y Administrador, D. Patricio Pueyo.

EAU FERRUGINEUSE DE
RENLAIGUE
(PUY-DE-DOME)
ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONNES A. NATURELLES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION
12 años de éxito
contra las
DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VOMITOS...
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales bóticas.

CHOCOLATES

TÉS, CAFÉS Y TAPIOCA

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

26 MEDALLAS DE PREMIO

Tés en botes de la China, de 2 y 4 onzas.

Venta en el año 1885, 4.000.000 de paquetes de Chocolate.

Elegantes sorpresas en los botes de Café y Tapioca de 200 gramos.

Exigir la verdadera marca

OFICINAS, PALMA ALTA, 8

COSAS DE MADRID

HISTORIA ÍNTIMA DE LA VILLA Y CORTE DESDE QUE FUE DECLARADA
CAPITAL DE ESPAÑA HASTA LA FECHA

ESCRITA COMO TESTIGO OCULAR DESDE 1820

POR

D. DIONISIO CHAULIÉ

Obra en que se describe la vida social del pueblo madrileño en sus diferentes épocas.

Se vende en las librerías de Guttenberg, Murillo y Fe, y en la administración de este periódico, Pizarro, 17, principal, á cinco pesetas ejemplar.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

EL BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA hace actualmente, y hasta nuevo aviso, sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la agricultura y construcción de edificios.

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en cincuenta años.—Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de abril y 1.º de octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse, en Madrid, directamente á las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agentes de Bolsa, y en provincias, á los comisionados de dicho Banco.

GUÍA DE LA VILLA Y ARCHIVO DE SIMANCAS

POR

D. FRANCISCO DÍAZ SÁNCHEZ

Se halla de venta en la Administración de esta REVISTA y principales librerías.

SU PRECIO: 6 PESETAS

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

Esta importante Compañía no tiene accionistas, y por lo tanto, los asegurados son los únicos propietarios del **Fondo de Garantía**, lo mismo que de todos los beneficios. Una repartición de los beneficios se efectúa todos los años.

RESUMEN DEL 40.º BALANCE ANUAL.—1.º DE ENERO DE 1885

| | | | |
|--|---|--|-------------------------|
| INGRESOS EN 1884 | Por primas de seguros..... | Pesetas. 52.913.070,07 | |
| | » capitales para rentas vitalicias..... | 5.487.749 | |
| | » intereses y alquileres..... | 15.400.444,64 | |
| | TOTAL DE INGRESOS..... | Ptas. 73.801.263,71 | |
| PAGOS EN 1884 | Por fallecimientos..... | Pesetas. 11.697.813,53 | |
| | » de seguros mixtos vencidos ó descontados..... | 4.528.512,55 | |
| | » rentas vitalicias, rescate de pólizas y beneficios distribuidos entre los asegurados..... | 18.677.578,93 | |
| | SUMA PAGADA Á LOS ASEGURADOS..... | 34.903.905,01 | |
| | Reducción hecha sobre los libros del importe con que han figurado los valores mobiliarios. Pesetas. | 2.430.863,03 | |
| | Por contribuciones y premios de reaseguros..... | 1.336.466,47 | |
| | » comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias..... | 10.099.848,84 | |
| | » sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración..... | 2.444.075,45 | |
| | TOTAL DE PAGOS..... | Ptas. 51.215.158,89 | |
| ACTIVO | Efectivo en caja y Bancos de depósito..... | Pesetas. 11.517.295,29 | |
| | En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 143.779.253,47 pesetas)..... | 136.276.262,55 | |
| | » inmuebles..... | 28.610.802,98 | |
| | » préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 101.058.750 pesetas en pólizas transferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria)..... | 109.435.898,48 | |
| | » préstamo á corto plazo..... | 1.917.525 | |
| | » anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.360.000)..... | 2.280.647,85 | |
| | » primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de diciembre de 1884..... | 4.121.761,45 | |
| | » primas por cobrar y en vía de trasmisión..... | 2.800.138,64 | |
| | » saldos en poder de representantes..... | 388.098,25 | |
| | » intereses devengados en 31 de diciembre de 1884 de capitales colocados..... | 2.386.584,47 | |
| | » aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de diciembre de 1884..... | 7.502.990,92 | |
| | TOTAL DEL ACTIVO..... | Ptas. 307.238.052,88 | |
| | PASIVO | Reserva para los seguros vigentes y las rentas vitalicias..... | Pesetas. 267.325.746,54 |
| Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos y rentas vitalicias, pendientes de liquidación..... | | 3.519.764,22 | |
| Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación..... | | 13.649.651,40 | |
| Primas anticipadas..... | | 90.106 | |
| | TOTAL DEL PASIVO..... | Ptas. 284.585.268,16 | |
| | Excedente del Activo sobre el Pasivo, según la norma de la Compañía (Reserva del 4 por 100)..... | 22.652.784,72 | |
| | Excedente del Activo sobre el Pasivo, según la norma legal del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100)..... | 51.288.992 | |
| | EN 1884 LA COMPañÍA HA EMITIDO 17.463 PÓLIZAS DE SEGUROS POR VALOR DE | 318.643.680 | |
| | EN 1.º DE ENERO DE 1885 EL NÚMERO DE PÓLIZAS VIGENTE ERA DE 78.047 | 1.188.775.252 | |
| | POR VALOR DE..... | 1.188.775.252 | |

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



LA CRITICA POLITICA CONTEMPORANEA (I)

II

DARECERÁ de todo punto extemporáneo hablar de conciliación y de concordia en esta hora de lucha tremenda é inevitable. Se tendrá por utópico empeño el de proponer acuerdos y el de imaginar transacciones entre los diferentes partidos políticos; se tachará de torpe y cobarde eclecticismo al pensamiento de conciliarlos bajo unos mismos principios fundamentales y en identidad de aspiraciones últimas, y se asegurará que tanto es esto como querer amalgamar el pro y el contra, las tinieblas con la luz, á Cristo con Belial ó el orden con el caos.

Con negar rotundamente que los partidos políticos, aun los más opuestos, deban de representar diferencias tan extremas, contradicciones tan necesarias, como las existentes entre aquellos términos, queda destruído por su base el argumento que tan amenudo se repite contra todo conato de tregua y de apaciguamiento entre los varios partidos. Con reparar, en que no siendo en realidad tan radicalmente opuestas,

(I) Véase la pág. 381 del tomo LX.

ni tan absolutamente contradictorias las diferencias meramente políticas, se las presenta y se las mantiene con tal género de contradicción y de oposición necesarias, quedará inconcusamente justificado el empeño de reducirlas á su propia categoría y á sus debidos límites. Y con hacer notar que bajo el aspecto propiamente crítico no han de considerarse las cosas cual accidentalmente son, sino como lógicamente ser debieran, se obligará á reconocer que no puede sostenerse como principio exclusivo de la crítica política, la contradicción mutua, sino que ha de mirarse como objeto principalísimo de ella la común inteligencia.

Entre los argumentos que se oponen ordinariamente á los que se esfuerzan por conciliar opiniones, conviene considerar, en primer término, uno del que todos los demás se derivan y al que todos pueden reducirse, y que aduciéndose con pretensiones de fortísimo por los críticos de partido, no sólo tiene poquísima fuerza, sino que es contraproducente.

El sistema de la verdad, se dice, no puede ser más que uno y armónico, como la verdad misma, principio sin duda evidente y de todo punto innegable. Partiendo de él, vienen á deducir los exclusivistas esta consecuencia; luego alguno y sólo uno de los sistemas políticos propuestos es el verdadero y todos los demás son falsos, y por tanto absolutamente contradictorios é inconciliables con aquél y consiguientemente, sólo merecedores de impugnación, de censura y de anatema.

Pero tal discurso adolece de flagrante vicio, porque la palabra sistema está empleada en esa argumentación en dos distintos sentidos: uno, el rigurosamente exacto, en cuanto significa conjunto de principios ó verdades primarias, consideradas despreocupadamente en su engrane natural y en sus naturales trascendencias; y otro, en cuanto por extensión, se expresa con ella un conjunto de doctrinas más ó menos parciales y secundarias, dispuestas en coordinación y en oposición enfrente de todas las demás doctrinas propuestas para explicar alguna cosa ó para proceder en algún asunto. En el primero de estos sentidos, es cierto que el sistema es único, como lo es la verdad; en el segundo lo cierto es que ningún

sistema es absoluta y exclusivamente verdadero, como ninguna verdad particular es exclusivamente cierta, ni inconciliable con todas las demás verdades.

Precisamente es esta la razón fundamental de la división de los filósofos en escuelas y de los políticos en partidos, división que carecería de fundamento y de utilidad, si cada partido y cada escuela pudieran aspirar á ser absolutos y exclusivos representantes del único sistema verdadero. Y he aquí también la razón de por qué se mira justa y universalmente con recelo á toda doctrina demasiado sistemática y á todo espíritu de parcialidad estrecho: porque ninguna doctrina parcial y secundaria tiene suficiente alcance ni bastante valor para contener toda la verdad ni para producir todo el progreso, ni, por consiguiente, para arrogarse las atribuciones del único sistema legítimo.

Precisamente porque el sistema de la verdad es y no puede ser más que uno, cabalmente por esto es necesario guardarse de atribuir carácter y funciones de sistema político propiamente dicho, á toda doctrina ó proceder gubernamentales, fundados en ideas ó aspiraciones parciales, y cabalmente por esto es necesario no prescindir en la crítica política de los objetos y de los puntos de vista propiamente sistemáticos, sacrificándolos á los de una parcialidad y sustituyéndolos por éstos; no limitándose á excluir, sino procurando además incluir; no tendiendo siempre á desechar, sino intentando también comprender; no descubriendo y exagerando por todas partes la contradicción de parcialidad hasta fingirla y hasta establecerla como definitiva y absoluta, sino buscando constante y cuidadosamente el superior y común acuerdo. Bien mirado, lo que se pide á los partidos es solamente que se mantengan en los límites que ellos mismos se asignan, y puesto que reconocen ser parcialidades gubernamentales, que no pretendan arrogarse las funciones del total sistema político. Y lo que á los críticos se recomienda es que, para resolver imparcialmente, no juzguen desde puntos de vista parciales.

Olvidándose ó desentendiéndose de razones tan obvias, tiénese muy comúnmente una idea por extremo equivocada

de lo que debe de ser un partido político. Créese, por lo general, que un partido necesita para constituirse de un conjunto de principios absolutamente distintos y aun perfectamente contradictorios de los proclamados por otro partido, y de un conjunto de personas ineludiblemente comprometidas á profesar estrictamente aquel conjunto de principios distintos y contradictorios.

Nada más inexacto que esta idea general de los partidos. Y sucede, que idea tan inexacta sirve de sostén á un hecho tan inconveniente como es ella equivocada; al hecho de que los partidos traten de mantenerse en contradicción absoluta, y procuren vivir solamente de la contradicción mutua, y que se crean tanto más formal y vigorosamente constituídos, cuanto es más extrema su oposición y más radicales sus diferencias. Sosteniéndose y confirmándose mutuamente la idea y el hecho, nos sometemos á la inconveniencia de éste por la fe en aquélla, y nos reafirmamos en el error de la una por el vicioso hábito del otro. Fieles á la idea y habituados al hecho, no sólo no inquieta ni aun extraña la contradicción establecida entre los distintos partidos, sino que todavía se procura acentuarla más cada vez y hacerla cada vez más definitiva, buscando por una parte los términos más antitéticos, y aprovechando los motivos más fútiles para plantearla, y esquivando por otra el reparar en los medios de conciliación que pudieran resolverla.

Parece poseída nuestra política de un vertiginoso espíritu de confusión y de discordia: lo está realmente; que si á veces afecta templarse, luego al punto se extrema de nuevo, como si aquella afectada templanza no tuviere otro objeto que hacer lugar á más opuestas divergencias y á más extravagantes desvaríos. Cada uno procura sacar el mejor partido posible de situación tan mala, y entre los que conocen su origen, pocos se deciden á procurar mejor situación, temiendo lograr peor partido. Por todo lo cual, el error y el mal se generalizan y se arraigan, y en tanto, y en la misma medida, el remedio y el desengaño se dificultan.

Los partidos políticos no deben de ser, aunque por vicios de constitución ó por degeneración sean, agrupaciones muy

numerosas, divisiones de los ciudadanos de una nación sistemática, é ineludiblemente obligadas á profesar un conjunto de principios políticos y sociales enlazados en conexión más ó menos lógica y original, sin consideraciones mutuas y sin subordinación legítima á las condiciones del país en que existen, sino solamente un cierto número de individuos que, dedicados con especialidad á especiales cuestiones ó negocios, han alcanzado significación y capacidad, idoneidad y prestigio suficientes para merecer que se los encargue la resolución de esas cuestiones, y la gestión de esos negocios, cuando y como las condiciones del país lo permitan y lo exijan: no debieran de ser, aunque sean, banderas levantadas para reclutar prosélitos con que trastonar el orden y el modo de ser del país en que radican, sino núcleos de hombres capaces y dispuestos para desenvolver y para afianzar convenientemente, según justicia y según verdad, según lo actual y según lo posible, según las aptitudes y las aspiraciones y los intereses de los pueblos, estos intereses, esas aspiraciones y aquellas aptitudes: no debieran de ser, aunque sean, medios de mantener y de fomentar las diferencias de las ideas y de los sentimientos populares, trocándolas en antagonismos definitivos y en odios inextinguibles, sino agentes de concordias cada vez más unánimes, de armonías cada vez más multiplicadas: no debieran ser, aunque sean, teóricas imaginaciones, planes cerrados de inflexible lógica, para acoplar exacta y exclusivamente á ellos la vida de las naciones, coartándola, sino escuelas de práctica política, donde enseñándose á concertar subordinando las miras de partido con los generales intereses, aprendan los dispuestos á hacer concurrir las inevitables divergencias, á la más amplia conformidad y á sacar de los mismos inconvenientes, ventajas, y del mismo defecto, perfección.

Hay quienes se obstinan en no considerar á los partidos políticos en su razón política y en juzgar exclusivamente de su fundamento y de su subsistencia por razones superiores y más trascendentales que lo meramente político. Hay también quienes desconocen ó desdeñan las relaciones doctrinales y prácticas de los partidos con principios y con intereses

de más elevada categoría que lo propiamente gubernamental, y no cuidan de conformar las doctrinas y las aspiraciones de partido con los fundamentos y las conveniencias sociales. Hay unos que tienden á refundir la política en la sociología, y hay otros que pretenden no contar con la sociología en la política. Y esto de muy diversos modos, y por lo general, no sólo incompletos, sino estrechos y mezquinos todos, todos doctrinarios.

Así, entre los sociólogos, los hay que reducen todas las cuestiones políticas á una cuestión moral ó que no las consideran sino desde semejante punto de vista y que hasta acusan de inmorales y de impías á las demás consideraciones; otros no tienen en cuenta más que el aspecto económico de los negocios políticos y prescinden de todos los demás aspectos ó los desdeñan por poco positivos; mientras que algunos no ven en la presente crisis, sino defectos de ilustración y de inteligencia y pretenden que nada más hay que hacer para conjurarla que aclarar todos los asuntos y resolver teóricamente todas las cuestiones.

Análogamente entre los políticos, todo consiste para los unos en promover el ensanche de la libertad, y lo que esto no sea, acúsalo de antiliberal, y consiguientemente lo combaten por antipolítico; creen otros que lo necesario es afianzar el poder, y que cuanto no vaya directamente encaminado á tal afianzamiento, ha de perseguirse como anárquico; juzgan éstos que el remedio de nuestros males y la perfección política dependen del desenvolvimiento de tales ó cuales instituciones, y que todo lo demás no puede menos de ser opuesto al progreso y desechado por reaccionario, y no faltan quienes piensan que lo esencial es prescindir de cuestiones fundamentales, sociales ó políticas, que creen meramente teóricas, y consagrar la atención á los detalles, que es lo único que tienen por práctico.

Fueran todos menos exclusivos y no se impedirían los unos á los otros y no se inhabilitarían ellos mismos y adquirirían todos facilidades y aptitudes para prestar oportunamente servicios apreciables, y para que los esfuerzos de todos fueran, si celosamente por todos vigilados, no siste-

máticamente cohibidos, sino con justicia y con serenidad apreciados. No atizaran con recriminaciones maliciosas el resentimiento de sus adversarios, no los precipitaran con especiosas argucias á la sinrazón, interesando en ella el amor propio, y no serían ellos arrebatados por otros odios y empujados á mayores utopias, y se prepararían una crítica razonable y justa, una acción libre y desembarazada, triunfos seguros é indisputados. No juzgarán con presunción absoluta del propio acierto y de la propia legitimidad, ni con enconada prevención del fundamento y de las aspiraciones de los demás partidos, y conocerían mejor y dirigirían con mayor acierto y con más gloria el en que militan, y no serían tan amenudo burlados y tan ignominiosamente sorprendidos por las evoluciones y por las resistencias y por los prevalecimientos de sus antagonistas.

Una de las señales más características de la pequeña altura que alcanza entre nosotros la crítica política, es la falta de previsión razonada y razonable de las crisis de los partidos, de los momentos y de las causas, y de los resultados de las evoluciones trascendentales de las agrupaciones políticas. Sin duda que no es cosa llana, y que hoy especialmente es difícil semejante previsión; pero también hoy más que nunca es indispensable, para hacer juicios siquiera probables y para ejercer influencias positivas y subsistentes en los negocios políticos.

Toda la previsión política se reduce en la actualidad á pronosticar la inminente ruina ó la inmediata descomposición del partido antagonista, y toda la táctica de cada uno á considerar como indefectible la disolución del contrario, sólo momentánea y accidentalmente retardada por intrigas y por resistencias perfectamente extrañas á la razón de ser que antes tuvo y á las sanas energías que ya agotó.

Y es lógico que así ocurra. Cuando cada bando se supone asistido de toda la razón política y poseedor de todas las energías gubernamentales, debe de considerar á los contrarios faltos de unas y de otras, y su subsistencia debe de explicársela por influencias bastardas y en todo caso accidentales, no dignas de ningún respeto ni de atención alguna, sino mere-

cedoras de absoluta reprobación ó de sañudo menosprecio. Y recíprocamente, cuando sólo se atiende á la sinrazón contraria, es inevitable la presunción excesiva de la razón propia. En tales supuestos, ¿qué lugar queda á la recta penetración y á la habilidad honrada de los políticos?

Engañanse los que piensan que deben de sucumbir ó de prevalecer definitivamente unos ú otros partidos políticos, según las inclinaciones y las significaciones que han adoptado relativamente á principios ó ideales distintos de lo meramente político, y no verán tampoco realizadas sus previsiones aquellos que pronostican incesantemente la desaparición ó el triunfo absolutos de algunas de las parcialidades más sociales que políticas, según la actitud política que afectan. Los partidos que tengan razón social ó política de ser, subsistirán apesar de la inconveniencia de su actitud política ó de su significación social; y en cuanto estas condiciones se opongan á su subsistencia, tendrán cuidado de adoptar otro temperamento y aun se verán precisados á ello, pero no dejarán de existir mientras su razón no sea aceptada de común acuerdo por los demás partidos, ó mientras no sea mejor apreciada y más oportunamente sostenida por algún otro que sepa apropiársela y como arrebatarla al que antes la sustentara. Ni partido alguno debe lograr tampoco un triunfo absoluto y definitivo; solamente alcanzará mayor prosperidad y mejor fortuna, aquel que sepa desenvolver sus principios y sus aspiraciones, teniendo más en cuenta y respetando con más cuidado las aspiraciones legítimas y los principios racionales de los demás partidos.

Es innegable que los numerosos y probabilísimos cataclismos que nos amenazan, que los acontecimientos más ó menos accidentales é imprevisibles que tan poderosamente influyen en las cosas políticas y aun la sola evolución natural de las circunstancias han de inducir modificaciones notabilísimas en la manera de ser y de aparecer de los partidos y habrán de cambiar los medios y los objetivos de la lucha política hasta hacer mirar como livianos y fútiles los motivos y las fórmulas de las actuales divergencias y hasta reunir á los hoy dispersos, y hasta dispersar á los ahora congregados

bajo cada una de las nuevas banderas; pero esta observación que sugiere un motivo más para no apegarse con exceso á ninguno de los actuales partidos, para no crearse compromisos y dificultades con la anticipación de exclusivismos insosportables; esa misma observación tan provechosa para preparar y para verificar convenientemente las modificaciones posibles y probables de los partidos y que debe de pasar desapercibida y en todo caso desaprovechada por los sistemáticos mantenedores de las contradicciones y de las discordias del presente, no arguye de ningún modo en favor de su tesis, sino que demuestra más la sinrazón de sus propósitos. Las modificaciones progresivas de los actuales partidos, la desaparición y la victoria regulares y subsistentes de algunos de los que se disputan y se comparten el dominio de la política, no pueden ni deben ser obra del exclusivismo y de la intransigencia, si han de representar algún progreso definitivo, y si no han de ser nuevos gérmenes de discordia y nuevos agentes de confusión; sino que sólo reunirán condiciones de estabilidad y de adelanto en cuanto sean determinadas y estén mantenidas por inteligencias y por transacciones en los puntos ahora debatidos.

Nunca, pues, dada la esencial naturaleza de los partidos políticos, ni hoy, cualquiera que sea la índole de sus actuales divergencias y los cambios que en esas divergencias deban de ocurrir en lo sucesivo, ni hoy ni nunca procede hacer predominante y mucho menos exclusiva la función negativa de la crítica política. Sólo puede aspirar á excluir en absoluto quien todo lo tiene incluido de antemano, y no debe de presumir de semejante total inclusión el que se muestra y aun se reconoce mero representante de algún partido.

Ni nunca tampoco, y hoy menos que nunca, hay razón para desdeñar y para zaherir con los más denigrantes calificativos, para acusar de inoportunos, de utópicos y de torpes los esfuerzos que se hagan por concordar las aspiraciones y por conciliar las doctrinas de los diversos partidos políticos. Susceptibles, como sin duda son, de extravío tales esfuerzos, con tal, empero, que no vengán á degenerar, haciéndose hipócritas mantenedores de algún error ó encubridores solapados

de algún exclusivismo, con tal que conserven su obligada generosidad y su natural buena fe, son, y serán siempre, apesar de sus inevitables imperfecciones, los más oportunos, los más nobles, y también los más razonables y los más fructuosos de todos los esfuerzos.

Los conciliadores juiciosos no aspiran á armonizar los principios y los contraprincipios; pero sí á concordar las diversas inteligencias de unos y de otros, cosa muy amenudo fácil, con sólo prescindir de exageraciones apasionadas y necesariamente factible en cuanto esas diversas inteligencias sean acertadas; ni pretenden que todas las divergencias tengan razón suficiente en sí mismas, ni idénticos derechos las que están realmente fundadas, sino que creen que todas tienen algún motivo y que se lograría armonizar muchas aspiraciones y reducirlas á sus justos límites, con sólo reconocerlas sus motivos y sus fundamentos; ni merecen tampoco el dictado de eclécticos en el sentido odioso de la palabra, pues no se proponen conciliar lo contradictorio ni concertar lo inconexo, ni lograr un conjunto verdadero con elementos falsos, sino solamente no dejar á merced de ideas preconcebidas ó de actos irreflexivos los vastísimos horizontes y la inmensa trascendencia de la verdad, templar el rigor lógico, por la amplitud de miras, buscar la unidad y procurar la conformidad en la verdad y no limitar la verdad y subordinar todo acuerdo á unificaciones exclusivistas.

Hemos llegado á la edad de la razón política, según la frase de un escritor ilustre; mas por lo mismo que la crítica ha alcanzado más libertad y que se la reconozcan más amplias intervenciones en los negocios políticos, es más necesario, por eso mismo, que se ejerza bien penetrada de sus fines y usando legítimamente de sus medios; que atenta á sus límites y celosa de sus derechos, ni se exceda de sus atribuciones, ni deje de verificarlas en toda su extensión para hacerlo con la mayor eficacia; que sin decidir en lo que no la compete, ni pretendiendo que sus decisiones obtengan mayor acatamiento del que las es debido y del que sea posible, tampoco sucumba á extrañas exigencias ni consienta en ser anulada por ellas; que sin dejar de perseguir los errores para conde-

narlos y de señalar lo contradictorio para ser concluyente, procure más el acuerdo en la verdad, para fomentarle y desenvolver los términos y los medios del acuerdo para ser positivamente útil; que no sea temeraria y que sea valiente; que no sea irreflexiva, sino razonada; ni quisquillosa, aunque sea sutil; que sea cumplidamente lo que debe ser, crítica serena, función superior del juicio, y no se reduzca á declamaciones apasionadas.

Solamente de este modo merecerá representar el papel y ejercer la influencia que ha llegado á otorgársela en los asuntos públicos: solamente con tales condiciones logrará que su intervención en los destinos sociales sea legítima y efectiva. No guiándose sola, ni principalmente por intereses de partido, siempre socialmente secundarios; no atendiendo exclusiva ni primeramente á doctrinas de escuela, siempre prácticamente subordinadas; no inspirándose absolutamente en las conveniencias de parcialidades sistemáticas, sino tratando siempre de comprender, en el sistema de la verdad, sin mistificarle, todas las aspiraciones honradas y todas las opiniones razonables; así es como únicamente puede hacerse respetable para todas las escuelas y para todos los partidos, y como adquirirá virtud para regularizar convenientemente los diversos factores de la vida pública.

Urge ya considerar de tal modo los asuntos políticos: no puede demorarse por más tiempo sin correr gravísimos riesgos, sin precipitar temerosísimos conflictos, el que la sana crítica reivindique sus legítimas atribuciones; es ya indispensable que los problemas políticos dejen de estar abandonados á la insulsa charla y á la gárrula sofistería de los incompetentes y de los aviesos, de los maligna ó de los miserablemente interesados por perpetuar las discordias políticas y por exasperarlas; es de necesidad perentoria abordar esos problemas con espíritu de concordia, con propósitos de inteligencia, con amplitud de miras, con rectitud de intención, animados por buena fe, movidos por cierta filosófica caridad de tal manera acendrada, que resguarde al amor propio, como de toda desordenada exaltación, así también de todo melindroso apocamiento: hay precisión, en una palabra, de en-

grandecer y de moralizar á la crítica política contemporánea, de moralizarla para engrandecerla, y de engrandecerla para moralizarla.

Así lograría la decisión y el arrojo de que hoy carece, precisamente cuando más los necesita. Así dejaría de manifestarse indignamente acobardada por las dificultades que más debieran estimularla; así abandonaría el petulante retraimiento en que la mantienen los argumentos que más la obligan á ser activa.

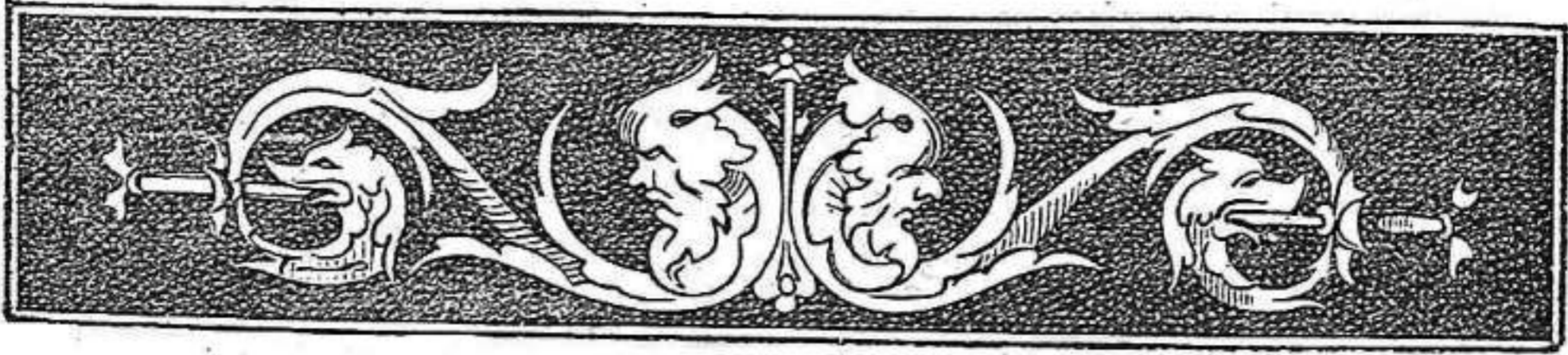
Ocurre muy á menudo, en efecto, que se acusa de aumentar la confusión en que vivimos á todo el que se esfuerza de algún modo por conjurarla, y sobre todo si lo procura con intenciones conciliadoras. No carece, es verdad, de fundamento semejante acusación. Cuando todo se disputa, cuando sobre todo se opina, cuando todo se debate, cuando las teorías son numerosas, las explicaciones múltiples, las soluciones propuestas diversísimas y hasta contradictorias, es claro que cada nueva teoría, cada nueva propuesta, viene muy probablemente á aumentar la confusión producida ya por las anteriores, y más probablemente todavía, si en el nuevo ensayo se pretende armonizar lo creído inarmonizable y presentar conciliado de alguna manera lo tenido en absoluto por contradictorio. Y es indudable que tienen gran parte en la babélica confusión que hoy existe, la presunción y la audacia de muchos que, sin suficientes disposiciones y estudios se arriesgan á intervenir y tratan de decidir, aun en los más arduos y espinosos asuntos. Es natural, en fin, que los mejor dispuestos tiendan á retraerse en nuestras circunstancias por temor de no hallarse bastante instruídos y por recelo de no ser útiles y aun de perjudicar. La utilidad ajena, más que la honra propia y mucho más que su provecho material, es lo que buscan, en efecto, los bien dispuestos, los que envuelven la verdad con amor á ella, que es la inteligencia, y con amor al orden de la verdad, que es lo que constituye la lógica y el talento.

Mas á la crítica de tal suerte enamorada, ni la faltan recursos, ni la paralizan obstáculos. Sin presunción, pero sin recelo, sin arrogancia, como sin timidez, pesa las dificulta-

des para vencerlas, y no se detiene en ponderarlas para excusarse esfuerzos; tanto más anhela por su objeto, cuanto más se la dificulta, y más se encariña con sus nobles procedimientos, cuanto se la reprochan más; bien segura de su destino último, y tan penetrada de su obligado método, medita los medios, pero acomete los fines y no sacrifica tampoco los medios al fin; procura la conformidad en la verdad, objeto final de toda crítica, buscando la verdad en la conformidad, medio inexcusable para ventilar toda divergencia; tiene fe y la ostenta, pero no se precipita á dogmatizar; siente con vehemente delicadeza, pero no se obstina con apasionamiento, y muestra en su expresión juntas la suave dulzura y la razonable entereza, la tierna solicitud y la viril resolución dignas de los coloquios entre el entendimiento y la verdad, proveyendo á las necesidades de las inteligencias.

JOAQUÍN RABANAQUE.





ENSAYO DE REFORMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

CONCLUSIÓN (I)

IX

EN prueba de imparcialidad y de que no me guía otro móvil que el deseo de facilitar por cuantos medios estén á mi alcance la solución de los arduos problemas que en sí lleva la reforma radical hoy en estudio, termino mi trabajo dando á conocer el siguiente confidencial dictamen, para cuya publicación me ha autorizado su autor y mi particular amigo el Dr. D. Francisco Fernández Iparraguirre:

«Mi querido amigo: Quiere V. que le diga mi opinión sobre el *Plan de enseñanza* que me envía, y me apresuro á dársela franca y cumplida, según mi costumbre.

Mejor hubiera querido trabajar con V. en esta como en otras empresas, y no dudo que hubiéramos llegado á estar de acuerdo sobre los pocos detalles en que diferimos, como lo estamos en todos los demás y en el conjunto, que yo encuentro desde luego preferible á cuantos proyectos conozco, y eso

(1) Véase la pág. 366 de este tomo.

que he estudiado todos los que he tenido á mano, llevado del interés que, como á V., me inspiran estas trascendentales cuestiones.

Sí, amigo mío; el plan de V. abarca los puntos todos de este difícil problema y los resuelve con acierto y tino; hay en él ideas verdaderamente originales y excelentes, irremplazables á mi modo de ver.

Paso por alto el que pudiéramos llamar prólogo de su obra, y no me ocupo en juzgar con V. los anteriores planes, puesto que es seguro que no han de servir gran cosa en la confección del que se prepara.

Acepto por completo el concepto general que le merece la segunda enseñanza, y aplaudo con entusiasmo su empeño en darle carácter educativo, pues, como V., lamento que, desentendidos los Gobiernos de la misión de moralizar y descuidados los padres en tomarla por su cuenta, no se prevenga el cataclismo social que se nos viene encima, con el único dique que puede contenerlo.

En el desarrollo de materias es donde más dificultades se ofrecen siempre, y también donde más diversos criterios cabe adoptar; no le extrañará á V., pues, que aquí sea donde estemos menos de acuerdo.

La división en dos períodos de la segunda enseñanza, elemental el uno y superior el otro; común el primero no sólo á los estudios de todos los hombres de carrera literaria, sino hasta á los que, sin seguir aquélla, necesitan un tinte general de ilustración; dividido el segundo en dos ramas que permiten segregar lo inútil, y por tanto árido, de lo necesario y grato, y permiten también completar la segunda enseñanza en los mismos cinco años que hoy se les destinan, esa división tan racional y tan bien entendida, no puede menos de ser aceptada por todos.

Mas no quiere esto decir que yo crea improcedente aumentar, aunque sólo sea en un año, el tiempo relativamente corto que en España se dedica á la segunda enseñanza. Antes al contrario, creo que, aumentando un año más, cabría desarrollar y escalonar mejor aún las asignaturas que se estudian, incluyendo entre ellas la de *Lengua griega*, tan útil en

la interpretación del tecnicismo científico; la misma de *Agricultura*, que reducida á sencillos elementos en los que pudiera darse idea de las industrias agrícolas, constituye, á no dudar, parte integrante de la cultura general; y tal vez algunas otras, hoy necesariamente excluidas por la escasez de tiempo.

A la cabeza de las asignaturas del primer período, como el primero de los estudios generales, debe, sí, figurar el de la *Gramática general aplicada al castellano*, base firmísima para el estudio posterior de los distintos idiomas y ahorro considerable de tiempo en estos, así como realización positiva de nuestro primer deber literario, que es el conocimiento razonado del patrio idioma.

Las *Nociones de Filosofía y Moral*, que por lo elementales no han de ser inasequibles á la tierna inteligencia del niño, y digo lo mismo de las de *Derecho y Legislación*, los tan provechosos *Ejercicios de Aritmética y Geometría*, los elementos de *Geografía é Historia* y las nociones y ejercicios de todas las *Ciencias físicas*, no pueden menos de considerarse utilísimas, y si á ellas se agregan unas *Nociones de Higiene* que no pueden estudiarse cómodamente con la Historia natural del segundo período, asignatura harto vasta por sí sola, no puede pedirse más ni menos á la elemental instrucción de los bachilleres en *Artes*.

Considero el conocimiento del *Latín* como esencial para los alumnos que han de dedicarse á la sección de Letras, y como conveniente en su parte elemental á los de Ciencias, mas no soy partidario de que se gasten en su estudio cursos y más cursos, como han pretendido algunos humanistas, demasiado encariñados con sus aficiones; algo se ha dejado V. arrastrar por ellos al poner el latín en tres cursos. Yo, teniendo en cuenta que ya el alumno viene preparado por el estudio de las generalidades de gramática, y no tiene que ocuparse para nada de la española, llego hasta conceder que se dedique al Latín el mismo tiempo que hoy, sin aquella preparación y debiendo simultanearlo con el castellano, se le viene consagrando; un curso elemental común á las dos secciones, y otro superior, sólo para la de Letras, es más que suficiente.

Y tanto más, cuanto que en los estudios de facultad es donde debe consignarse y ampliarse esta asignatura, como se hace preciso estudiar las de Filología comparada, Perfección de francés, Derecho y Legislación, Moral, Filosofía, Alemán, etcétera, si es que el personal más apto ha de proceder, cual conviene, del profesorado oficial.

Con respecto al *Francés*, la preparación recibida y la mayor sencillez de esta lengua viva, permiten, en efecto, que los dos cursos sean de lección alterna, en lugar de ser diaria, como para el *Latín*.

Utilísimo sería, dado el giro que hoy toman los estudios filosóficos y científicos en general, completar el de los idiomas con otros dos cursos de *Alemán*, que podrían ser de *Inglés* en las provincias comerciales. Mas si ha de subsistir la limitación de los cinco años y el *examen de grados*, contra mi opinión que explanaré luego, tal vez convendría más conservar esa *preparación* que V. pone como síntesis de la segunda enseñanza.

Las asignaturas de *Geografía*, *Historia general* é *Historia de España*, como alternas la primera y última, diaria la segunda por su mayor extensión, podrían estudiarse bien *escalonadas en los tres años*.

La *Literatura preceptiva*, con este nuevo carácter, y la *Psicología*, *Lógica* y *Ética*, que, aunque extensa, podría estudiarse bien en un solo curso, sobre todo siendo el último, mediante la preparación recibida en el primer período, completan bien el cuadro del bachillerato en *Letras*.

En el de *Ciencias* se hace indispensable separar la *Aritmética* y *Álgebra* de la *Geometría* y *Trigonometría*, con lo que desaparece esa combinación, algo extraña y de todo punto innecesaria, de asignaturas *doble diarias*, que yo suprimiría, como la de *diario-alternas* del primer período.

La *Cosmografía* y *Física del globo*, separadas de la *Geografía*, y por tanto de la sección de *Letras*, están, indudablemente, más en su lugar en la de *Ciencias*.

La *Historia natural*, aun sin la *Higiene*, dada en un solo curso de lección diaria, habrá de ser elemental; pero no es necesario que deje de serlo, y hoy se da en bastante buenas

condiciones, apesar de no habérsele quitado el aditamento de la Higiene.

Échase de ver en el plan de V. una superabundancia de asignaturas físico-químicas, disculpable en el que, consagrado á su estudio, viene luchando con el cortísimo tiempo que hoy se le destina. Juzgo, en efecto, indispensable separar la *Química* de la *Física*, y dar á ambas un carácter verdaderamente *elemental* y *práctico*, con lo cual, y la preparación recibida en el primer período durante una clase diaria, resultarían estas ciencias en mi proyecto con dos veces y media el tiempo que hoy se le destina. Creo que es suficiente.

Y para que ahora pueda V. formarse idea del conjunto, arreglo, bajo la base del de V., mi cuadro de asignaturas, en el que resultan éstas distribuídas por igual en las secciones y en gradación en los cursos.



BACHILLERATO EN ARTES

| | | | |
|--|--|--|----|
| Primer período: Estudios generales. | Primer curso: (3 h. ^s diarias.) | Nociones y ejercicios de Gramática general y castellana..... | D. |
| | | Nociones de Filosofía y Moral..... | A. |
| | | Nociones y ejercicios de Aritmética..... | D. |
| | | Nociones y ejercicios de Geometría..... | A. |
| | Segundo curso: (3 h. ^s diarias.) | Nociones y ejercicios de Geografía é Historia..... | D. |
| | | Nociones de Derecho natural y Legislación..... | A. |
| | | Nociones y ejercicios de Ciencias físicas..... | D. |
| | | Nociones de Higiene pública y privada..... | A. |

La segunda enseñanza se divide en.....

| | | | | | |
|---|--|---------------------------------|-------------|---------------------------------|----|
| Segundo período: Estudios especiales. | Tercer curso: (3 h. ^s un día y 4 ½ otro.) | BACHILLERATO EN LETRAS | | BACHILLERATO EN CIENCIAS | |
| | | Latín (curso elemental)..... | D..... | Latín (curso elemental)..... | D. |
| | | Literatura preceptiva..... | D. | Aritmética y Algebra..... | D. |
| | | Geografía general y de España. | A. | Cosmografía y Física del globo. | A. |
| | | Francés (curso elemental)..... | A..... | Francés (curso elemental)..... | A. |
| | Cuarto curso: (3 h. ^s un día y 4 ½ otro.) | Latín (curso superior)..... | D. | Geografía y Trigonometría... | D. |
| | | Historia general..... | D. | Elementos de Historia natural. | D. |
| | | Francés (curso superior)..... | A..... | Francés (curso superior)..... | A. |
| | | Psicología, Lógica y Ética..... | D. | Física teórica y práctica..... | D. |
| | | Historia de España..... | A. | Química elemental y práctica.. | A. |
| Quinto curso: (4 ½ h. ^s diarias.) | Alemán..... | D..... | Alemán..... | D. | |

Hago figurar en el cuadro el *Alemán*, y excluyo la *preparación para el grado*, porque soy, como he indicado, enemigo de este examen general, que nunca dejará de ser una mera fórmula difícil de llenar, y una complicación perfectamente inútil en el final de la segunda enseñanza.

Voy más allá, y siento que no haya V. abordado la cuestión de *exámenes*, que necesita no pequeña reforma, si ha de servir para algo. La mía es radical en esta parte: tratándose de clases poco numerosas, como creo indispensable que lo sean todas, y para ello acepto el pensamiento de la limitación que V. apunta, el profesor conocerá siempre lo bastante á sus alumnos para poder juzgarlos en justicia, y él debería ser el único que autorizara ó no la salida de cada alumno de su cátedra, con la calificación que á su juicio mereciera.

El examen, pues, sólo puede obedecer al deseo de relevar al profesor de esta responsabilidad personal, ó al temor de que pueda torcerse su juicio por mezquinas pasiones. Ni una ni otra razón son aceptables; mas si se quiere tomarlas en cuenta, y seguir el sistema hasta ahora en boga, nómbrense *comisiones examinadoras*, que puedan, con unidad de criterio y tiempo suficiente, persuadirse de que los alumnos saben contestar al *programa único* que de antemano hayan publicado. Para esto pudiera adoptarse algo parecido á lo que el señor Pidal disponía para los grados; pero sin obligar á los alumnos á salir, para examinarse, del establecimiento oficial á que estuviesen agregados.

Con estos exámenes verdad sobran los grados, como con profesores verdad sobran los exámenes.

Y vamos á la cuestión de *personal*, en la que estamos más de acuerdo, si bien naturalmente en la distribución de asignaturas tengo yo que introducir algunas variaciones encaminadas á satisfacer las exigencias de mi cuadro.

La división en *categorías* ó clases del profesorado me parece muy bien ideada, sobre todo porque responde perfectamente á las exigencias del sistema de ingreso en el mismo, que V. plantea con sin igual acierto.

Mas no siendo indispensable que todas las asignaturas del primer período estén á cargo de los profesores *numerarios*

generales, y juzgando, al contrario, conveniente, para dar unidad y enlace á ambos períodos, la intervención en el primero de los profesores *numerarios especiales* que pertenecen al segundo, yo encargaría al profesor de Francés de las nociones de Gramática general y española, por las que indudablemente tendría en la generalidad de los casos más competencia que para el Latín, dejando este por completo á un solo profesor, puesto que, habiendo sólo dos cursos, así pueden y deben darse. Al de Historia natural le encargaría de las nociones y ejercicios de Ciencias físicas.

Cada profesor, tanto del primero como del segundo período, resulta de este modo con *dos clases diarias*, duplicación de trabajo que, á mi juicio, como al de V., es el único medio de poder mejorar los sueldos, reduciendo el personal.

Así como el *supernumerario* de Ciencias debe encargarse de los gabinetes, el de Letras podrá tener á su cargo la biblioteca y secretaría, bastando en ambos casos una gratificación ó sobresueldo de 500 pesetas.

En cuanto al sistema de *ingreso en el profesorado*, repito que lo encuentro por muchos motivos excelente y no es el de menos monta el de hacer de la *oposición*, que, en las condiciones en que hoy se practica, resulta para muchos casos el peor de los sistemas, un medio inmejorable y siempre igual, para dar pruebas de suficiente competencia.

Las de *vitalidad científica* que V. exige á los profesores todos, están muy en su lugar, sobre todo cuando una generosa *jubilación* ampare suficientemente la inutilidad de los beneméritos que gastaron sus fuerzas en la ruda tarea de la enseñanza.

Prescindiendo, por fin, de otros detalles, concluyo felicitando á V. cordialmente por su proyecto, y lamentándome de no tener bastante influencia para hacer que en las esferas oficiales se fije detenidamente la atención en el concienzudo trabajo de V. y se le coloque en condiciones de desarrollarlo para llevarlo á la práctica.

Suyo como siempre affmo. amigo y compañero, *Francisco Fernández Iparraguirre*.

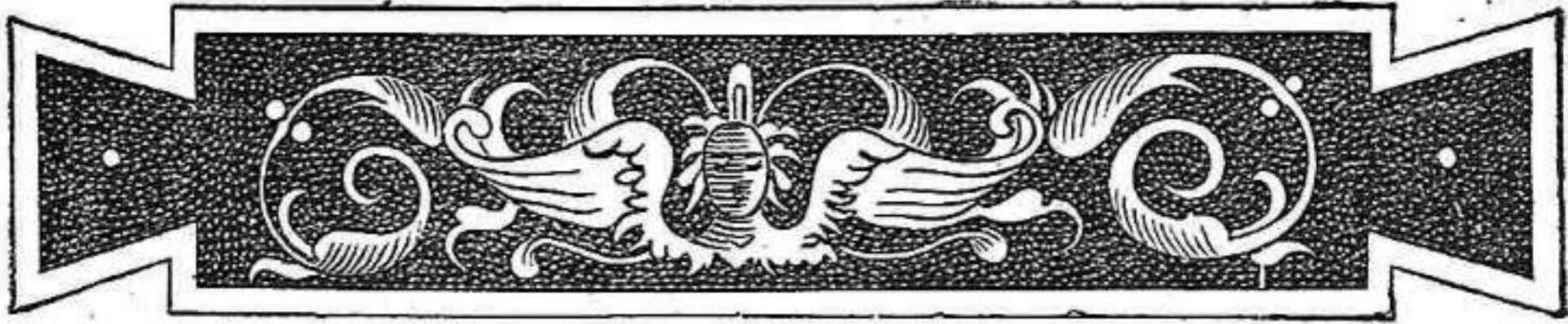
Guadalajara 20 de febrero 1886.»

Agradezco á mi amigo los elogios que hace de mi modesto trabajo y los atribuyo en gran parte á la influencia que, aun sin darse cuenta de ello, ejerce indudablemente sobre su ánimo la amistad que nos une.

Y por lo que hace á los puntos en que diferimos, juzgo bien pensadas y atendibles algunas indicaciones que hace, pero son, en mi opinión, inadmisibles otras. De todos modos, por si aquéllas, ó éstas, ó todas á la vez parecieran aceptables en las regiones oficiales, he creído oportuno reproducir aquí la carta con que me ha favorecido.

TOMÁS ESCRICHE Y MIEG.





LA NOVIA DEL MARINERO.

I

Él se llamaba Antonio
y ella María,
él era marinero
y ella una niña;
los dos se amaban,
como se aman estrellas,
flores y almas.

Él tenía por casa
su barco nuevo,
fuerte contra las olas,
leve á los vientos,
que altas y esbeltas,
batían, cual dos alas,
sus blancas velas.

La espuma, que es el aire
que entra en el agua,
murmuraba á su paso
dulces palabras;
y es que atrevida
leyó sobre la proa:
«Virgen María»

Que en este nombre puso
con dulce anhelo,

sus dos adoraciones
el marinero;
toda su vida,
la *Estrella de los mares*
y su María.

Pasó en el mar su vida
llena de azares,
entre abismos y vientos,
y tempestades;
mas, siempre fija
en los cielos inmóviles
tuvo su vista.

No en las nubes ligeras
como las olas,
que engendran tempestades,
rayos y sombras;
en otros cielos,
donde tienen las almas
seguro puerto.

Nunca el fango del mundo
manchó su planta;
siempre tuvo en los mares
su libre patria;
pero amó, y ciego
vió dentro de unos ojos
el universo.

Y huyendo los abismos
del Oceano,
con sus pobres ahorros
compróse un barco;
su travesía
fué ya sólo de Cádiz
hasta Sevilla.

Así el águila ansiosa
de lontananzas,
siente el amor, y pliega
sus grandes alas.
¡El infinito
que buscaba en los cielos
lo halló en el nido!

II

Ella, del río en la orilla,
como un nido de paloma
tiene su casa en que brilla
toda la luz de Sevilla
desde que en Oriente asoma.

Es hija de un carpintero
que encaneció en el oficio
sin un cuarto y sin un vicio;
viudo de su amor primero,
fué padre hasta el sacrificio.

Con tal de que ella sonría,
mientras él sierra y golpea,
y cepilla, y clavetea,
es su pobreza alegría
y es bendición su tarea.

¿Qué importa que viva preso
del taller, ni que rendido
caiga del trabajo al peso,
si ella le paga en un beso
cuanto sufre y ha sufrido?

Si antes de rayar el día
el buen viejo despertaba,
de puntillas se acercaba
al lecho de su María,
y al verla dormir decía:

— ¡Cuántas veces como un perro,
junto á la cuna tendido
velé su sueño querido,
y entre mis brazos de hierro,
cuántas veces la he dormido!

Si aún su torpe manecilla
á hacer la cruz no acertaba,
yo mismo la persignaba

puesta en tierra la rodilla,
y rezando la arrullaba.

¡Contenta estará en el cielo
la madre que el ser le dió!
¡Con qué pena la dejó!
¡Por eso, con doble anhelo,
padre y madre he sido yo!—

Así, en su ruda inocencia,
el pobre anciano decía,
cuando á la luz se entreabría,
como una flor su conciencia,
junto al ángel que dormía.

Y era muy justo el orgullo
del honrado carpintero,
que decía el barrio entero
que era *una rosa en capullo*
la novia del marinero.

Era, si alegre cantaba
del patio tras de las flores,
tal su voz, que alguien juraba
que entre las rosas guardaba
un nido de ruiseñores.

Y si al volver de la fuente
con infantil ligereza,
sus brazos, nimbo viviente,
llevaban gallardamente
su cántaro en la cabeza,

Se alborotaba Triana,
y ella el camino seguía,
tan gentil que parecía
un ánfora pompeyana,
que cantaba y se reía.

No era blanca ni morena,
pero hermosa cual ninguna,
que era su frente serena
dorada como la arena
que besa un rayo de luna.

Dorada como la playa
que acaricia el mar sonoro,
es su faz, sus rizos de oro,
y es que el sol que allí se explaya
vertió en ella su tesoro.

Su pecho infantil se mueve
con el ritmo de las olas,
y son en su boca breve
sus dientes, cuajada nieve
que besan dos ámapolas.

La casa en que todo brilla,
es alegre, abierta y blanca;
risueña, como Sevilla,
como la pobreza franca,
como la humildad sencilla.

Del portal en un rincón
tiene el carpintero el banco,
y hay virutas á montón,
donde un gato rubio y blanco
duerme haciendo el carretón.

Solo el diestro carpintero,
con todo lo informe en guerra,
tumba el pesado madero,
y en él la cortante sierra
clava sus dientes de acero.

Goza el viejo cepillando
la tabla ñudosa y tosca,
que ambar puro está sangrando,
y cual cintas de oro, enrosca
virutas que van saltando.

Su descanso es trabajar,
y entre el duro golpear
del escoplo y del martillo,
risueño como un chiquillo
se le oye á veces cantar.

Ella de la casa esclava
todo en punto lo tenía,
que tales trazas se daba,

que en lugar de andar, corría;
y en vez de correr, volaba.

Viéndola dice el anciano:
—Mariquilla es un tesoro;
tiene algún duende cercano,
pues donde toca su mano
brotan luz, perfumes y oro.—

Como al fin es una niña,
canta al son del almiréz,
suele probar lo que aliña,
y echa con grave altivez
al gato más de una riña.

Tiene por despertadores
la voz de los ruseñores
y el sol que sus puerta dora;
y al verla pasar; las flores
la confunden con la aurora.

Juan en su carpintería,
la niña arriba y abajo...
Y así se pasaba el día,
entre el amor, el trabajo,
la esperanza y la alegría.

Cuando el sol alumbra hundido
por detrás del Occidente,
como la llama latente
tras el borde enrojecido
de una lámpara esplendente;

Cuando el cíclope gitano
apaga en su fragua el fuego,
y desde el campo cercano
á la ciudad de Trajano
vuelve á su casa el labriego,

Torna á su aldea el patán,
y al nido la golondrina;
ronda la reja el galán,
la vieja al templo camina
y á la taberna el truhan,

Con sus redes á la espalda
se aleja por la ribera
el pescador, y altanera
pasa ondulando su falda
la salada cigarrera.

Con los anchos pies desnudos
crespo el indócil cabello,
sucios los brazos desnudos
y un rojo pañuelo al cuello
tornan los marinos rudos.

Los descalzos pies fornidos
azotan con mil chasquidos
las mojadas escaleras
del muelle, suenan playeras,
golpes de remo y suspiros.

Y desde la opuesta orilla,
es toda luces Sevilla,
el cielo todo esplendores,
el río sierpe que brilla,
y el barrio todo rumores.

Sólo callada en Triana
hay una abierta ventana,
rodeada de claveles,
que cuelgan cual los caireles
de una manta jerezana.

En ella aguarda María
y al fin llegan sus amores.
¿Qué dicen?... Oirlo sería
ver abrirse cuantas flores
abril en Sevilla cría.

.....
.....
Antonio es alto y cenceño,
fuerte, nervioso y trigueño,
de ojos negros cual la pena,
pero alegres, como el sueño
de amores que su alma llena.

Nuncio de feliz destino,

de su faz serena y franca
 desborda un gozo divino.
 Viste, á fuer de buen marino,
 blusa azul y faja blanca.

—
 Una tarde el marinero,
 pálido, turbado y grave,
 dando vueltas al sombrero,
 no sé qué habló al carpintero;
 nadie en Triana lo sabe.

—
 Mas desde entonces María
 no cantaba ni reía,
 pasaba la noche en vela,
 y algo en su cuartó se oía
 como de quien rasga tela.

—
 Otro día el buen anciano
 volvió cargado y ufano
 con unas tablas muy grandes,
 de hermoso pino de Flandes,
 que compró en el Altozano.

—
 Y entre risueño y mohino,
 suelta el peso que le agobia,
 y con un candor divino,
 «Son—dice—tablas de pino,
 para tu cama de novia.»

III

Llegó la noche llena de poesía,
 y como estaba en Cádiz el marino,
 triste y llorosa se acostó María;
 algo extraño y divino
 trastornaba su virgen fantasía.

—
 Los recuerdos del día, su pasado,
 que cual nube de aurora se alejaba,
 y el misterioso porvenir velado,
 que cerca le brindaba
 las delicias de un mundo inexplorado.

Su infancia fugitiva entre las flores,
como camino apenas recorrido,
que se deshace en nubes de colores,
 paraíso perdido,
junto al cielo ideal de sus amores.

Todo en su alma infantil resplandecía
como en radiante y cristalino espejo,
que al copiar lo real lo embellecía
 con el puro reflejo
que del abierto Oriente recibía.

Revolviendo en celeste desaliño
los blancos lienzos que cosió afanosa,
su padre, su inocencia y su cariño
 con sus sueños de rosa,
durmióse al fin como se duerme el niño.

Como á través de misterioso velo,
ella ve en sueños la radiante estela
que deja un barco que en callado vuelo,
 con su tendida vela,
sereno voga entre la mar y el cielo.

Después, como caladas cresterías
de líquidas inmensas catedrales,
se alzaban verdinegras y sombrías
 las ondas colosales
que reventaban huecas y vacías.

Después, las cimas de las altas olas
crecían cual montañas de esmeraldas
que la espuma ceñía de aureolas,
 y luego sus guirnaldas
se iban perdiendo por los mares solas.

Luego brillaban rayos diamantinos:
del mar por las inmensas soledades
se alzaban en hirvientes remolinos
 las roncadas tempestades
que devoraban naves y marinos.

Aquí, desesperada, el mar azota
la desgarrada y temblorosa vela,
cual pobre y fugitiva gaviota

que moribunda vuela
sobre el abismo con el ala rota.

Allí, entre velos de pesada bruma,
bajeles tripulados por querubes,
naufragan en vorágines de espuma
como entre blancas nubes
que el peso del bajel hunde y abruma.

Y allá, en esas negruras espantosas
que forman en el fondo de los sueños
intuiciones del alma tenebrosas,
sobre crugientes leños
navegan mil visiones horrorosas.

Como suspensa al borde de un abismo,
el alma de la niña se estremece;
la luz, las sombras, el espacio mismo,
todo se desvanece;
grita sin voz; la invade el paroxismo.

Cual si en la cuenca de la mar sombría
sus torrentes de luz volcara el cielo,
la grandiosa extensión resplandecía.
Como asida de un velo,
del casto lecho se elevó María.

Y en otro lecho, donde apenas cabe,
va sobre el mar con sus nupciales galas;
y ve á sus pies un ángel alto y grave,
cuyas abiertas alas
sirven de velas á la blanca nave.

Como una flecha que desgarrá un vélo
salva el bajel un límite invisible,
se acaba el mar... y en sosegado vuelo,
la nave insumergible
sigue vogando por el claro cielo.

Va á despertar... su mano estremecida
busca apoyo al volver de lo infinito,
y al sentirla en los aires oprimida
la niña lanzó un grito,
abrió los ojos... y se halló en la vida.

De pie, inmóvil, ansioso y anhelante
 junto al cándido lecho está el anciano,
 y entre sus anchos dedos de gigante,
 tiene la blanca mano,
 de la niña agitada y palpitante.

—
 No es este el despertar de su María
 que era el de un ave al presentir la aurora;
 su mano está como la nieve fría,
 y el infeliz ignora
 si es aquello dolor ó es alegría.

—
 Toca, al fin, con los labios temblorosos
 la casta frente que la fiebre inflama,
 los tumefactos labios ardorosos
 que abrasa interna llama,
 los entornados párpados hermosos.

—
 Cuenta del pulso el palpar violento,
 del corazón inquieto los latidos,
 la agitación del abrasado aliento,
 y escucha sus gemidos,
 como las quejas de lejano viento.

.....

 Como incendio voraz, mudo y latente,
 la fiebre aumenta y el peligro avanza,
 y Antonio, que de amor tornó impaciente,
 cuando vió tal mudanza,
 sintió cruzar el rayo por su frente.

—
 Por salvarla, el amante y el anciano
 hicieron cuanto el mundo hacer podría;
 pero ciencia y amor, todo fué en vano.
 ¡El alma de María
 se desnudaba del vestido humano!

—
 Y un día en que el anciano en su desvelo,
 pensaba:—¡Esta es la hora en que despierta!
 y esperaba de hinojos en el suelo,
 abrió los ojos y quedóse muerta...
 ¡Fué que aquel día despertó en el cielo!

IV

Dos vecinas cariñosas
blanca mortaja le hicieron,
temblando se la vistieron,
y sobre un lecho de rosas
sollozando la pusieron.

Perdió las tintas vitales;
la flor se trocaba en astro.
¡Ay, no son tan ideales
los ángeles de alabastro
que están en las catedrales!

Llegó en esto el marinero,
y al mirarla ataviada
con galas de desposada,
estampó el beso primero
sobre su frente adorada.

Junto á la ventana abierta,
dice la gente llorosa:
—¡Pobrecita!— ¡Qué preciosa!—
Un niño:— ¡Es santa la muerta?—
Y un anciano: — ¡Era una rosa!

Cuando la tarde espiraba,
un hombre en la casa entraba
con un lúgubre cajón;
¡ataúd que se alquilaba
para muertos del montón!

Viólo el padre en su agonía,
clavó en él la vista fría,
secó las fuentes del llanto,
y pensó por su María
hacer algo que da espanto.

— ¡Comprarlo nuevo?... ¡Imposible!
¡Pedirle á Antonio?... ¡Tampoco!
Tengo madera... ¡Es horrible!

Y haciendo un gesto terrible
llegó al taller como un loco.

Dos largas tablas tendió
sobre el banco y las serró.
¡Triste burla del destino;
las mismas tablas de pino
que para el lecho compró!

Sobre la caja vacía
el martillo resonaba;
y al padre le parecía
que en derredor se quejaba
el alma de su María.

Con el corazón deshecho,
con afán que daba espanto,
clavaba el fúnebre lecho,
y olas de angustia y de llanto
le levantaban el pecho.

De la cómoda sacó
las dos sábanas nupciales,
que su María bordó.
¡La suerte las destinó
para horribles esponsales!

Desgarró los blancos paños,
ferró con ellos la caja...
así con los desengaños
de sus más felices años
labró el triste una mortaja.

Encima una cruz formó
con cintas color de cielo,
en ella un lirio enclavó;
y al mirar su obra rompió
los diques su desconsuelo.

Dobló la frente sombría,
su mano rígida y fría
dejó escapar el martillo,
y en sus pupilas sin brillo
se retrató la agonía.

—Ya—dijo—todo acabó!
 para ella es mi última obra.
 ¡Todo para mí murió,
 taller... casa... vida!... ¡Yo,
 nada soy, todo me sobra!

—
 Y luego exclamó irritado:
 —Señor, cara te has cobrado
 la ventura que me diste!
 Ya que tan buena la hiciste...
 ¿para qué me la has quitado!

—
 Dime, ¿qué falta te hacía
 la inocente niña mía!
 ¿No eres tú la omnipotencia?
 ¡Devuélveme á mi María
 y creeré en tu providencia!

—
 Tú lo puedes, yo lo anhele,
 devuélvemela, señor!
 ¡Ella nació para el cielo!
 Pero... yo... yo... ¡no hay consuelo!—
 ¡Y aquí le ahogaba el dolor!

—
 Por una calle desierta
 el humilde entierro pasa...
 y en tanto, sola y abierta,
 ¡qué triste quedó la casa!
 ¡Ay, también estaba muerta!

V

La tarde del entierro de María
 los torrentes del cielo se soltaron;
 con tanta furia el huracán venía,
 que en las torres sonaron
 las campanas con ecos de agonía.

—
 Pasó un día y la lluvia no cesaba,
 y el cielo, aterrador, negro y sombrío,
 con un nuevo diluvio amenazaba.

La corriente del río
por momentos crecía y se ensanchaba.

De las sierras lejanas las vertientes
cual furiosos aludes descendían,
y arroyos, ríos, manantiales, fuentes,
todos sobre él caían
con el sordo fragor de cien torrentes.

Pletórico, agitado, inquieto y vivo,
como la arteria que la sien golpea,
ora arranca de cuajo al pobre olivo,
ya la margen bordea,
ya hinchado sube ó corre fugitivo.

Hasta que al fin, del cauce desbordando
sus cenagosas aguas desparrama
por los tendidos campos, y bramando,
do quiera se derrama,
lindes, chozas y sendas va borrando.

Y en ola turbia, enorme, arrolladora,
rueda la inundación con ciego empuje,
cual hidra formidable, aterradora,
que enfurecida ruge
y se lanza á la tierra y la devora.

Revuélvense las aguas desbordadas
con sorda confusión de orilla á orilla,
traspasan las murallas destrozadas,
inundan á Sevilla
y á Triana se arrojan desbandadas.

Todo lo cubren, todo lo estremecen,
lo truncan, lo arrebatan, lo destruyen,
suben audaces, mugidoras crecen
y retroceden, huyen
y con sus pies de fango se entorpecen.

Cunde el espanto, aumenta el vocerío,
quién corre, quién maldice, quién se encierra,
llegan las sombras, el horror y el frío,
y en la espantada tierra
sus ánforas enormes vuelca el río.

Del triste cementerio de Triana
 las ondas con furor baten el muro,
 cavan la tierra á la pared cercana
 y entran por foso oscuro
 como en ciudad dormida horda villana.

¡Horror de horrores! Los sepulcros suenan
 con el ansioso hervir del pecho enfermo;
 sordos chasquidos por do quier resuenan;
 por el medroso yermo
 corren las hondas y en tropel lo llenan.

Allá en el hondo nicho comprimidas,
 rugen las aguas sordas y furiosas,
 y al desbordar derrumban atrevidas
 las funerarias losas;
 ¡solos recuerdos de pasadas vidas!

Llenan las ordenadas sepulturas,
 do los nombres se ven de los que han sido;
 ¡horrible escaparate donde á oscuras
 va royendo el olvido
 de las almas las viejas vestiduras!

Allí, con un gemido se desprende
 del podrido ataud la frágil tabla,
 rebulle el muerto y en el agua asciende,
 ¡y parece que habla
 tristes palabras á que nadie atiende!

Sobre el negro inundado campo santo
 fosforecente luz relampaguea,
 cual si la tumba atónita de espanto
 produjera una idea.
 ¡Ay, si á los muertos les quedara llanto!

Traidora el agua cual verdugo frío,
 al nicho trepa y á la fosa baja;
 vuelca en el lodo el féretro vacío,
 destroza la mortaja,
 y el mutilado cuerpo arroja al río.

¡Sarcasmo horrible, aterrador, sangriento!
 ¡Simulacro espantoso, en que la muerte
 remeda de la vida el movimiento!

¡Ay, la materia inerte
gana en trágico horror al pensamiento!

VI

Canta el gallo de pie sobre la cerca
del corral silencioso, que inundado,
ya es en vez de corral fangosa alberca.

Y todo lo creado
presiente al sol, que sin lucir se acerca.

Por los cárdenos labios del Oriente,
como sonrisa amarga, asoma el día,
y el amante infeliz, mudo y demente,
sumido en su agonía,
contempla desde el barco la corriente.

Allí le dejó el sol y allí le hallaba,
del pobre bergantín sobre la borda
doblada la cabeza, en que bramaba
ronca, escondida y sorda
furiosa tempestad de hirviente lava.

La luz que se difunde horror le inspira;
sus grandes ojos llenos de tristeza
siguen al agua, que ondulante gira,
con la tenaz fijeza
del que ve más allá de lo que mira.

Sus pupilas sin luz, fijas y abiertas
no ven donde con ansia están mirando,
las pobres ramas rígidas y muertas
que pasan volteando,
con sus primeras flores entreabiertas.

Ni el frágil techo con su cruz de cañas,
los rotos muebles de grosero pino,
tristes restos de míseras cabañas,
que arrastra el torbellino
entre juncos, y espumas, y espadañas.

Ni mira el verde trazo de sembrado
que el agua sin piedad impulsa á flote,
y aún á la madre tierra va aferrado,

como el náufrago al bote,
con sus propias raíces amarrado.

—
Y si cayera el sol del firmamento,
él lo viera á sus pies rodar en calma,
sin espanto, sin gozo y sin aliento,
que es la ausencia de un alma
la ausencia de la luz del pensamiento.

—
Él ve sólo á través de sus dolores
la humilde casa, la risueña reja,
la esplendorosa luz de sus amores
y un ángel que se aleja
con su corona mística de flores.

—
Las castas dichas del hogar soñado,
sólo con esperanzas construído,
para las glorias del amor formado
como celeste nido,
¡ay, sin llegar á ser, todo ha pasado!

—
Próxima ya al delirio, á la locura
su inteligencia piérdese abismada
por una sima interminable oscura.
¡Y ya no espera en nada.
y aun no puede creer su desventural

—
Tiende la vista por la azul esfera,
y á su propia inquietud presta el oído,
como si pasos por el aire oyera.
¡Quien amando ha vivido,
junto á la misma eternidad espera!

—
Pero al tibio fulgor que el agua alumbra,
de su sueño fantástico le arranca,
algo que allá muy lejos se columbra,
forma indecisa y blanca
como vaga creación de la penumbra.

—
Parece el ala enorme desprendida
de muerto arcángel que rodó del cielo,
la vela de una nave sumergida,
ó el arrollado velo
de alguna nube del cenit caída.

No es sueño, no es ficción de la demencia;
tiene el contorno horrible de la muerte,
la pura nitidez de la inocencia,
y al verlo se convierte
el delirio de Antonio en evidencia.

—
Era el mismo ataúd, do inerte y fría,
con su corona virginal de rosas,
dormida reclinaron á María
las mujeres piadosas.
¡Todo, todo á una voz se lo decía!

—
La luz, la sombra, el agua y el vacío,
sus propios labios murmuraron:—¡Ella!...
todo fué un sueño, un rayo, un desvarío;
raudo cual la centella,
pisó la borda y arrojóse al río.

—
Como el pez en las aguas engendrado
dominaba el marino su elemento,
pero al caer sintióse arrebatado.

Torpe y sin movimiento
por colosales fuerzas va arrastrado.

—
Y en medio de la lucha, en su conciencia,
flota sólo un deseo, un pensamiento;
salvar la flor si se exhaló la esencia;
con soberano aliento,
seguirla más allá de la existencia.

—
Salvar al menos la ceniza pura
de aquella luz que iluminó su vida,
la casta y misteriosa vestidura,
que el alma á su partida
dejó sin mancha y llena de hermosura.

—
En vano, en vano sus robustos brazos
agita en la corriente impetuosa;
ella le oprime con mortales lazos,
traidora y silenciosa,
y amenazan ahogarle sus abrazos.

—
Y en tanto el ataúd, vago y ligero,
se aleja por las ondas impelido:
y en su angustiosa lucha el marinero,

lanza horrible gemido,
hiérguese y torna á su vigor primero.

Piensa que no está muerta, que rendida
al peso abrumador de su mortaja,
en su lecho de muerte va dormida.

¡Él romperá la caja
y al fuego de su amor le dará vida!

Con espantoso esfuerzo de gigante
sus duros brazos la corriente azotan;
mas siempre el ataúd huye delante;
y sus fuerzas se agotan,
húndese al fin y surge delirante.

Las ondas á las ondas sucedían
con tanta rapidez, con tal violencia,
á todo ajeno peso le oponían,
tan dura resistencia
que en vez de sumergirlo lo impelían.

Pero en vano el marino, audaz, resuelto
quiere avanzar rendido y anhelante;
la corriente veloz lo lleva envuelto,
y lucha agonizante
en su lecho mortal, hondo y revuelto.

Nada al horror de su martirio iguala;
cuando en pos de su amada hacia el abismo
por la corriente rápida resbala,
siente que de sí mismo
va huyendo el alma que angustiado exhala.

Hasta que al fin, sin fuerzas, sin anhelo
envuelto en espumantes promontorios,
siente un abrazo aterrador de hielo...

¡Y en castos desposorios
se unieron sus dos almas en el cielo!

.....
.....

Navega el sol en ráfagas de grana,
como un niño que olvida sus dolores,
seca á la luz su llanto la mañana;

con sus vagos rumores
va despertando la ciudad lejana.

—
Y hacia los mares anchos y desiertos,
sigue el cuerpo de Antonio á su María;
tras del blanco ataúd, fijos y abiertos,
con su mirada fría,
¡contemplándola van sus ojos muertos!

BLANCA DE LOS RÍOS.

Madrid, 1884.



MINISTERIO
DE CULTURA



ESTUDIOS ESTÉTICOS (I)

II

EL ARTE EN LA ESFERA DE LOS HECHOS



UN estudio filosófico del origen y desenvolvimiento del Arte, ponen de manifiesto la verdad de los principios que le rigen y sentados quedan en nuestro primer artículo.

Apenas el hombre llega á tener conciencia de sí, el espectáculo de la Creación le sorprende, admira y enajena; despiértase en él la idea de un Sér superior, inconsciente, infinito; y el deseo de elevarse hasta Él, de darle á conocer tal como le preconcebe, de expresar lo que siente, y de hacer manifiesto cuanto le impresiona y halaga, es irresistible. Semejante afán, hijo de natural instinto, hácele expresivo con más ó menos perfección; el hombre primitivo trata de realizar, siquiera sea de manera ruda, la imagen de la concebida idea, del pensamiento que le absorbe; y el *Arte nace*; de ahí su origen. No es, á fe, el nacer del arte consecuencia de mera necesidad material; no nace para satisfacerla exclusivamente; brota, sí, para llenar una aspiración, un anhelo, un vacío del

(I) Véase el tomo LX, vol. IV.

humano espíritu, una oculta tendencia suya, vehemente deseo de significar lo que el alma siente, de elevarse á la perfectibilidad, de expresar una idea por imágenes sensibles; necesidad es ésta puramente espiritual.

Allá en el origen de las edades mismas, el hombre primitivo, para guarecerse, para alimentarse y satisfacer las necesidades terrenas, por la materia impuestas, no echó de menos el arte; una cueva en una roca horadada, un hoyo, un hueco tronco, una cabaña ó tienda campal érale suficiente; una piedra, un hueso ú otro objeto análogo que la Naturaleza á mano le ponía, podía servirle de arma de defensa, tal y conforme lo encontraba. Mas si con estos elementos su material y corpórea sustancia hallábase satisfecha, su alma á la vista de la Naturaleza, su espíritu, su conciencia no debiera estarlo; fáltale algo, y en ese hueco que para morar horada, y en ese tronco y en esa cabaña, y en esos utensilios agrestes, groseros y naturales de que se sirve, imprime el vivo deseo que su alma experimenta de perfección, de realizar una imagen de la idea que concibe, del pensamiento que le domina, y los labra y los hace hablar y realiza la obra de arte. Satisface, por lo tanto, el Arte un afán del espíritu.

Es innegable además que existe en el humano espíritu secreta intuición, en la conciencia un presentimiento de la existencia de un Sér Supremo, de un principio primordial increado, único manantial de las leyes fundamentales del Universo y de las relaciones que tienen entre sí. La grandiosa naturaleza que al hombre rodea, no puede menos de despertar en él este sentimiento, que el primitivo sér humano en su limitada inteligencia y en su imaginación potente no acaba de comprender, pero que ve reflejada en todos los objetos que le circundan superiores á él, que le imponen ora por su tamaño, ya por su forma ó por su modo de producir, y el mar, y los astros, los montes y ríos, los elementos y seres todos, pierden su verdadera significación y resultan para él imágenes de la potencia invisible que absorben su ser, hasta el punto de llegar á distinguirlos de los demás, á amarlos y hasta rendirles adoración. Su instinto, su conciencia y natural gratitud le arrastran á emplear un medio significativo de

expresión, á la realización de tal sentimiento, á elevar, en una palabra, un monumento. Su alma no puede satisfacerse de otra suerte.

Llega así el hombre primitivo á la concepción de Dios, primero por intuición, por la observación después, por la razón luego, estudiando el Universo, remontándose de los efectos á las causas. Tal es, á no dudarlo, el origen de las religiones, de las creencias y del Arte. Es por tanto el origen del arte elevado y noble como su misión, grande y profundo en esencia. La idea dominante, su germen, es siempre la idea infinita, la idea divina.

Nace el Arte de modo tan excelente, más vigoroso el sentimiento é imaginación que la inteligencia, y arrastrada ésta á su pesar por ambas. Y en su desarrollo sucesivo, si bien la facultad creatriz modifícase al modificarse la ley, es siempre la misma, y varía así el Arte de aspecto cual la Creación, según los diversos países que atraviesa, comarcas donde se establece y género de civilización que le acoge, cuyo núcleo constante es la Religión.

Que el Arte nace, crece y se desarrolla hasta llegar á su apogeo, á su edad viril y potente; que decae y se aniquila hasta perecer en más ó menos duración de tiempo, cual sucede á la humanidad, á los seres todos de la naturaleza, y á natura toda, es un hecho incontestable. Que además, nacido de una *idea*, ésta va imprimiendo su sello particular á la *forma que la revela*; que esta *idea* nace, llega á su mayor fuerza y se pierde para dar paso á otra nueva, que nueva *forma* á su vez exige, sirviendo de base la que termina á la que da comienzo, verdad es que no admite duda de ningún género.

Transmigra el Arte en pos del pensamiento como transmigran los pueblos, y al abandonar el suelo y el cielo que le dió el ser, y al atravesar confines diferentes, y al establecerse en tal ó cual país, amóldase á la manera especial de existencia de éste, conservando su tradición al principio hasta que el momento llega de abandonarla para remontarse con espontáneo movimiento á su libre expresión y llegar á la cúspide donde posa y toma aliento hasta su caída y muerte.

Y torna el *Arte* á adquirir nueva vida que á nuevo pensamiento responda: y así él se trasforma, y se suceden unas *formas* á otras, y unas en otras engranan, cual se suceden y engranan las generaciones, cuyas ideas varían constantemente, siguiendo la ley del incesante progreso, en su anhelo el espíritu humano de no reposar y caminar siempre hacia lo desconocido, y en su sed de perfectibilidad de la materia. Cada siglo deja de esta suerte, al que le sigue, obras inmortales, que son vivo testimonio de tal aspiración á lo infinito, y el trazado de las vías que á él conducen, son como faros, que animados con celeste luz, parecen iluminarnos en medio de las borrascas de la terrena vida; son otros tantos jalones aquí y allá implantados por la humanidad en esa constante lucha, que el camino marcan á las generaciones futuras; por esto es la historia del *Arte* la de la humanidad entera.

Es la aurora del *Arte* el sentimiento religioso. Manifiéstale el humano sér, ora valiéndose de las masas inertes, y la *arquitectura* entonces aparece. Ya da á estas masas fantásticas formas ó préstalas humana figura, ó bien tomadas al reino animal, ora aisladas, bien formando parte del tallado de aquéllas, y la *escultura* tiene lugar. Comprende la razón de tributar honor á la divinidad que ha formado á la par que la necesidad de aislarla y preservarla de la intemperie, y extrañas influencias de cobijarla bajo sagrado recinto, y el *templo* surge, y sobre los muros de este templo, graba simbólicas figuras, inscripciones, alegorías ó emblemas que los decoran y cóadyuvan á la expresión del pensamiento, y el *ornato* y la *pintura* aparece. Y á la vez que él erige estas imágenes representación de lo divino, los cantos é himnos escapados del fondo de su corazón resuenan en el ámbito para asociarse al sentir religioso y servir de exorcismo á su ánimo; y la *música* y la *poesía* brotan.

El sentimiento religioso es, en efecto, la alborada del arte, y la cuna donde éste se mece, no sólo en su pristino origen, sino en el de sus generaciones sucesivas, digámoslo así, es siempre el Oriente; que en esto no puede menos de seguir las trazas del género humano, marcadas por el dedo de la Providencia. Tiene su raíz, allí donde tiene su germen la humani-

dad; en regiones que son, además, semilla de toda civilización, para extenderse después por Occidente, más tarde por las regiones septentrionales, hasta las meridionales luego, por el orbe todo, en fin. Nace el Arte, sí, en Oriente, y allá osténtase con potente natural genio, revelación de lo sublime, rodeado de misterioso y teocrático imperio: Egipto aparece majestuoso.—Camina á Occidente, perdiendo sus soberbios bríos, y marcando punto luminoso en el zenit de su existencia: «Atenas dibújase en las etéreas regiones de la belleza.»—Prosigue su peregrinación más á Occidente, y exhala su postrer suspiro al desplegar por entero su manto, presentándose soberbio y desnudo; más, fastuoso y deslumbrante en su caída: «Roma en el horizonte se refleja, entre nubes de humo y polvo.»—Perece, para tornar á Oriente, á adquirir nueva vida, nueva savia, nueva aparente forma, como el sol que por Occidente desaparece, y deja de bañar nuestro planeta, que en tinieblas deja, para brillar después por Oriente con nuevo día: «Bizancio esparce entonces el aroma de pura flor, fruto de la piedad, y espiritual sentir.»—A extender vuelve su raudo vuelo por Occidente y todo el globo; y allá, en los siglos medios, sobre escabel divino, aparece de celeste aureola coronado el «Arte cristiano.»—Mas su solio abandona, volviendo la vista á pasados tiempos, y á Oriente vuela, encontrando al acaso á Roma, cual avanzado vigía que le fascina y detiene, sin dejarle caminar más lejos á la sazón, perturbando su espíritu y manera de ser, y engendra el «Renacimiento.»—Un paso más allá avanza pasado este primer impulso, y en Atenas y Bizancio posa, y á recorrer vuelve su carrera por todo el Occidente, por el Mediodía y el Septentrión, engalanándose con todos los recuerdos de generaciones pasadas, y de las formas que vino revistiendo.—Tal es su presente existencia, «el arte moderno.»

Señala, pues, el Oriente el núcleo, el principio pasivo; es el Occidente el activo, el progreso, y cada nueva idea que surge aliméntase allí y adquiere nueva forma para extenderse por Occidente, donde se desenvuelve en toda su plenitud hasta perecer.

De Oriente parten las religiones; brotan en Oriente las ci-

vilizaciones, y Oriente es el punto de partida de las varias *formas* de arte, allí es el manantial.

Sigue el arte en el desenvolvimiento de su existencia la marcha de la humanidad, el caminar de naturaleza misma. Así, preséntase en estado embrionario ó primer estado como el feto en la humanidad, el precursor de la primavera en el globo, cual la nueva fase de luna; durante cuyo período no aparece, no se ve y las ideas están como germinando y tratando de tomar cuerpo y brotar de entre las ruinas de la edad que pereció, que son semilla á su vez. Aparece el estado de su comienzo, que es la infancia del arte, como es la del hombre, escabel de la adolescencia y juventud; la primavera de la vida y la naturaleza; el cuarto creciente de nuestro satélite. Preséntase en pos la edad viril y potente en que el hombre, alcanza el grado supremo de desarrollo en que todas las potencias del alma, el organismo todo del humano ser llega á su punto culminante; la naturaleza en su estación vivificante y productora; la luna en su plenitud. Y viene, por último, la decrepitud, la vejez, el otoño de la vida, la postrer estación de la naturaleza terrestre, el menguar de la luna hasta perderse. Así el arte tiene en cada era su período tenebroso, su aurora, zenit y su ocaso; su semilla, su flor, su fruto y su caída, y así se sucede el arte de la Edad Media al de la antigüedad y el de la moderna era al de la media edad, y este cambio ó paso de una á otra, no se verifica de modo brusco, sino que en cada diversa faz tiene sus períodos ó grados, y en cada período sus épocas, y así se realiza esa ley continua de periodicidad.

Ahora bien; cualquiera sea la fase del arte y el período que se considere, en su infancia es siempre sentimiento puro. Posee, cual el niño, esa sencillez y natural candor sin malicia, que encanta; exprésase con inocencia, y si la *forma* no responde á la *idea*, hácelo imperfecta pero espontáneamente y á su modo; fáltale la razón, la experiencia, la educación además; fáltale el guía, los principios sin los que se extraviaría y caería por su natural ignorancia y atraso de inteligencia en la barbarie más completa. Todos los pueblos, en efecto, han empezado por hacer obras de arte, monstruosas si se quie-

re, hora sujetas á la imaginación, ora á las tradiciones, pero llenas de expresión, de sentimiento; la idea imperfectamente expresada por la forma, y he ahí por qué es siempre simbólico en tal estado de comienzo. Mas si un pueblo entraña en su ser el amor á la belleza, mejor dicho, repulsión declarada á lo discordante, lo vulgar y mezquino, entonces la *forma* de arte que á producir llega, arriba á la cumbre de su existencia, á toda la fuerza de su edad viril.

El arte, por causas tales, puede muy bien caer en la barbarie; pero él por sí, en el mero hecho de ser arte, jamás es bárbaro ni de tal se le debe de motejar, cualquiera sea su *forma*. El arte en todas sus manifestaciones, siempre bien nacido, de noble alcurnia y elevado origen, sólo resulta *bárbaro* cuando se envilece faltando á sus principios, mintiéndolos ó falseándolos; cuando en esclavo servil se torna del capricho, la moda ó la adulación; cuando cae bajo el yugo del ignorante vulgo ó de la incrédula multitud sin convicciones, que le convierten en juguete suyo; cuando objeto es de lujo ó mera curiosidad ó pasatiempo, en vez de ser vivo reflejo de la religión, creencias, costumbres, condiciones y manera de ser de un pueblo: su faro luminoso.

Así el Arte, á decir verdad, hállase más próximo á la barbarie en su decadencia que en su infancia, por más que las naciones se hallen más próximas á la barbarie en su infancia que en el apogeo de su civilización.

El arte en su infancia puede prometer los más bellos resultados, y si errores comete, hijos son de su aún no desarrollada inteligencia, de su dificultad en expresarse; y es disculpable, pues que sus deseos y su sentir inocente é inesperienza le abonan; pero el arte en su ocaso, asemeja al hombre extraviado; peca de vicio al olvidar los sanos principios que le guiaron, su inteligencia se ha ofuscado, se ha perturbado, su corazón no late, carece de sentimiento, carece de buen sentido. No es, por esta razón, el arte de las Catacumbas, no, un estado de barbarie del arte antiguo; una decadencia suya; no lo son los sublimes mosaicos que adornan las bóvedas del prebisterio de las basílicas cristianas; no lo son los cánticos religiosos que en aquellos subterráneos se dejan

oír; no es bárbaro el arte que espiritualizadas formas incrusta en los pilares de nuestras sublimes y sacrosantas catedrales: es un arte que germina en aquellas lóbregas y misteriosas mansiones, que se desarrolla vertiendo por do quier poesía y amor, místico sentir y abnegación suprema, antagonista de la carne, que rechaza la materia: es el arte que al despertar á nueva aurora con la materia lucha para darla forma adecuada á la nueva idea, y que tiene allá su embrión, más acá su infancia, luego su adolescencia y llega á su esplendor, su decrepitud y caída después, y que anhela manifestar de todas suertes esa misma idea, y que se desenvuelve periódicamente hasta llegar á su más clara expresión. Yazca, pues, para siempre en el insondable fondo del olvido el error de creer bárbaro y decadente á un arte que no es otra cosa que nueva luz, nuevo día de *forma* nueva, circundada de radiante aureola y que el *imperio del espíritu* lleva por lema.

Es por esta misma causa por lo que, á nuestro entender, llámase impropriamente *Renacimiento* á esa revolución producida en las ideas, por tanto, en el Arte, preludio de la presente Edad Moderna, y en la que el orden social mejoró con menoscabo del orden moral. No es tal faz del Arte un arte que renace, que aparece tal como existió, que eso sería renacer, sino una reacción hacia antiguas formas; no tampoco en su esplendor, sino en su decadencia, para servir de antifaz á la idea cristiana pervertida; no un arte que vuelve á brotar como se manifestó en la primera etapa de su soberbia existencia, si que diverso, y mejor aún, opuesto en el fondo, adaptarse quiere á éste; antigua y derruída forma que, con la idea no se aviene, siquiera estuviese desvirtuada. Surge el apellidado *Renacimiento* de la amalgama de la idea y forma cristiana, una vez llegada á su apogeo, y del que cayó por falsear los principios, con los exhumados elementos de la *Forma pagana*. Es, propiamente dicho, el producto de dos principios antitéticos que tratan de fundirse en uno solo sin constituir consorcio.

Si en su peregrinación el Arte sigue el derrotero de la humanidad, la huella sigue también del pensamiento humano, y vase espiritualizando más y más, señalando así la condición

del incesante y continuo progreso marcado por ley natural, hasta que día llegue que á su término arribe; que principio inconcuso es, en naturaleza basado, que todo en la vida, limitación de la existencia, tiene su término. Así vemos que en la antigüedad realizase el tipo de más alto grado del Arte en la expresión más material, medio más adecuado á la idea potente, al pensamiento, á las religiones que éste diera el ser, y es la Arquitectura el emblema. Un paso más en tan remotos tiempos, en que la idea es más determinada, y la materia entonces limítase para armonizar más con el espíritu, y es la Escultura la que preside. Avanza aún la idea, y la inteligencia, al ampararse del espíritu, formas más espirituales crea, y es la Pintura, ya en el ocaso de la Edad Media, la más genuína representación del Arte. Y la Poesía de entonces es la llamada á invadir el imperio del pensamiento humano; y la Música á ser la reina y señora del inmaterial sentir del alma. Va, pues, el Arte espiritualizándose, á la par que tiende á la universalidad, repetimos, y en estas diversas etapas de su existencia preséntase además en cada una de sus particulares manifestaciones, ora cediendo á esa preponderancia del espíritu en las menos espirituales en expresión, tal sucede á la Arquitectura y Escultura; ora sometiéndose al imperio de la razón sobre el espíritu en las menos materiales, como acontece á la Pintura.

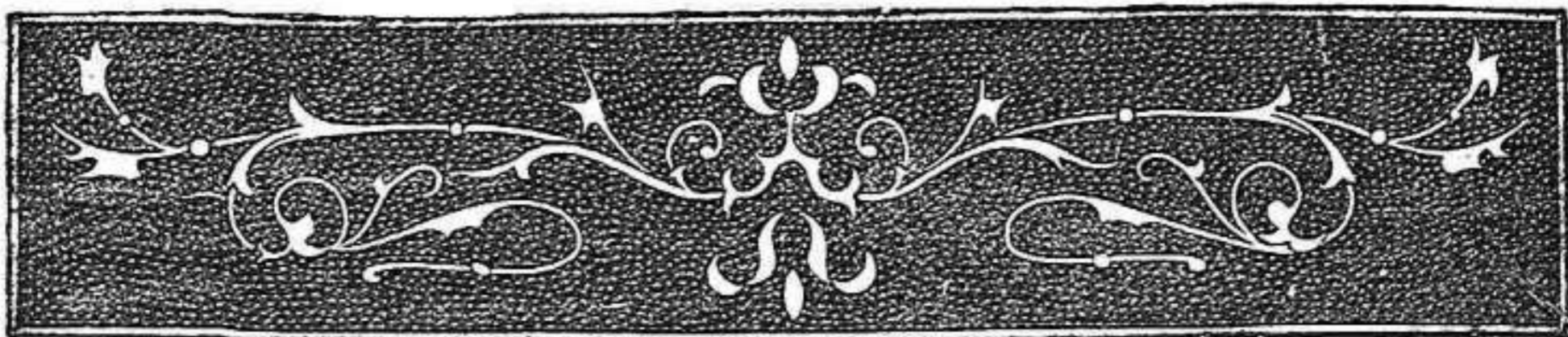
La humana inteligencia, en su afán de análisis ya no satisfecho, ampararse quiere por completo del espíritu y á analizarle se atreve en nuestros días; decae así éste de su espontáneo vigor y va materializándose; y el sentimiento é imaginación, dominadas por la razón, cediéndola van terreno. Así el Arte, al romper tal trino acuerdo, va perdiendo como la sociedad su fuerza moral, y aquél en el que imperó la forma primero, la esencia después, concluye por desvirtuar una y otra, y de sublime que nació, se convierte en lo meramente agradable, si no en lo mezquino ó disforme. El espíritu de análisis, y lujo de raciocinio, preside por do quiera; se ha sobrepuesto la Filosofía excéptica á la religión y al Arte, que marchan independientes y subyugadas al frío racionalismo, que la Filosofía, la religión y el Arte, mata cuando no va á

la fe ligada. Así, el escepticismo en religión y el escepticismo en artes, es universal y domina por todos los ámbitos.

Sigue, pues, el Arte en esta transición, crisol quizá de venturosa nueva edad, el vaivén de la época, su espíritu social, material y utilitario; más que ideal, caprichoso y efímero; más que artístico, ecléctico é imitador; más que original, se universaliza como los instintos, como las costumbres, cual las sociedades y las naciones que van perdiendo su carácter propio, su fisonomía, sus tendencias y tradiciones, conspirando á la fusión, vértigo de las modernas civilizaciones, y que en su exagerado modo de ser, entraña el caos. Tal es la existencia presente del Arte.

L. CABELLO Y ASO,
arquitecto.





REVISTA DE TEATROS



SIEMPRE que los carteles del Teatro Español anuncian el próximo estreno de una obra dramática y las trompetas nada reservadas de la vocinglera fama descubren al Sr. Echegaray como autor de la nueva producción, sentimos una especie de malestar, hijo de la incertidumbre que se apodera de nuestro ánimo, efecto lógico y natural del disgusto que nos ocasiona el vernos en la poco agradable necesidad de combatir un teatro que no es teatro, una escuela que no es escuela y un modo de hacer que está en constante oposición y en abierta lucha con la idea que nosotros tenemos de lo que debe ser un drama ó una comedia y de lo que cada día se aleja más y más el célebre dramaturgo contemporáneo, semejante á un incendio que empieza por poco, toma grande incremento después y acaba por dejar reducido el edificio á pavesas que se lleva el viento en sus múltiples ondulaciones, sin dejar más rastros ni otras huellas que el triste recuerdo de la catástrofe.

Dentro de esta esfera viven hace algún tiempo las obras dramáticas de D. José Echegaray, las que ni la crítica apasionada, ni la moda veleidosa, ni la amistad parcial, ni los esfuerzos de la *claque*, ni las ensayadas ovaciones de las empresas ó de la empresa—porque dicho señor no sirve más que á una—pueden salvar del peligro que las amenaza, estrechando más y más el espacio que media entre las elucu-

braciones de una imaginación volcánica é indomable y el recto criterio del público, que va comprendiendo no son de *buena raza* los trabajos literario-dramáticos que desde hace algunos años invaden el clásico coliseo de doña Isabel Pacheco.

Que son *De mala raza* lo prueba de un modo claro y patente el drama que con el mismo título se ha estrenado en dicho teatro, el que, á nuestro juicio, no merecería los honores de la crítica si otro hombre menos conocido y menos adulado lo hubiera escrito; entonces el silencio hubiera sido el premio merecidamente otorgado á una obra que no merece el nombre de tal, por más que lleve el sello característico que distingue á cuantas ha producido su prodigiosa fecundidad. Sin embargo, justo es decir que ésta, á los defectos de todas las demás, reúne el de no ser original, trasparentándose en ella algo del *Palacio de la verdad*, dolosa representable de Campoamor; algo, y aun algos también del *Tanto por ciento* del inmortal Ayala, y mucho de *Georgina*, última producción de Victoriano Sardou, con la diferencia notable de que las dos últimas reúnen las condiciones tales de verdaderos dramas, y la que nos ocupa no ha llegado á entrar en ese terreno; y además, que entre *Georgina* y *De mala raza* media el abismo que separa las obras del Sr. Echegaray de todas las buenas producciones dramáticas contemporáneas que tienen por base combatir ó presentar la sociedad actual tal cual hoy existe, que en la primera, del fondo real, pesimista ó cínico, surge un problema sociológico ó ilógico, de fácil ó difícil resolución, cuyas consecuencias son materia de estudio para la inteligencia si da agradable entretenimiento para el ánimo; y en éstas, lo antimoral, lo pesimista y lo cínico se extiende en el diálogo, se dice sin reservas ni rodeos, sin que el lenguaje gongorino, altisonante, y si se quiere académico, impropio de los personajes que intervienen en la acción de la idea que le sirve de base y de la acción misma, sea suficiente á entibiar el mal efecto que produce, ni á endulzar el amargor de la frase ni la dureza de la intención.

Un romanticismo de levita, unido á un idealismo exuberante, en patente contradicción con la verdad, la realidad y la

lógica, son el carácter distintivo de las obras del mismo autor. En la que vamos analizando, ha querido, ó parece que ha querido probar, que la hija de una mujer galante educada en el camino de la virtud, no puede ser honrada, y lleva, si lo es, para siempre el estigma de su desgraciada raza; y para probar la tesis que plantea—si la tal tesis existe—se vale de los personajes y de los recursos que vamos á bosquejar rápidamente:

Doña Visitación y D. Nicomedes, matrimonio al parecer virtuoso, recoge á Adelina, hija de una mujer de mundo, logrando inculcarla el más santo ejemplo é inspirarla en los más santos principios de una acrisolada virtud; pero aun cuando la virtud arraigada en el alma es la norma de nuestra conducta, y su benéfica semilla no se desarraiga fácilmente de unos corazones que como los de ambos consortes la practican, como se conoce por sus efectos respecto á Adelina, aun cuando por el mal delinêado carácter se supone lo contrario, ésta desaparece al contacto de la envidia que les produce considerar, que al salir del colegio su hija María, puede quitarla proporciones y hacer sombra á su belleza, de lo que se colige, ó que la virtud no estaba bien cimentada, ó que fué un rasgo de filantropía mundana lo que les inspiró su buena acción, ó más bien que su falta total de inteligencia, la completa ausencia de sentido común, ó la innegable carencia de esa virtud que en ellos supone el autor, le pone en tan absurdo compromiso, del que sólo acierta á salir arrojando poco menos que á la fuerza á su *querida* protegida, no sin tomar antes consejo de un tal D. Prudencio, personaje bufo, que el autor pudiera haber convertido en un Oliver del *Demi-monde*, ó en un Mr. Chambrenil de *Georgina*, pero que ha preferido hacer de él un bobo de las primitivas farsas.

Un D. Anselmo, militar retirado, de genio duro y carácter brusco, pero de un corazón sensible y tierno, casado en segundas nupcias con Paquita, mucho más joven que él, y que según sus movimientos y acciones, indica desde el momento de su aparición en escena, ó que no es fiel á su esposo, ó que se ve perseguida y acosada por un amante de mejor presencia, y menos años que aquél.

Carlos, hijo de D. Anselmo é hijastro de Paquita, joven de grandes esperanzas, de un alma hermosa, cuna de sentimientos nobles, de altos y dignos pensamientos inspirados por su padre, que supo infundirle doctrinas saludables y santas, que él no manifiesta cuando Carlos, enamorado de Adelina, pide su mano con sorpresa de sus bienhechores, de D. Prudencio y del mismo D. Anselmo, los que dando al olvido el precepto moral que impone el amor al prójimo, consecuencia inmediata de que, según la opinión de un filósofo contemporáneo, cuando la virtud se arraiga en el alma, las reglas morales llegan á ser una idea familiar que acompaña á todos sus pensamientos y acciones, que se aviva y se agita al menor peligro, que impera y apremia antes de obrar, que remuerde incesantemente si se ha desatendido, y que el orgullo, la vanidad, la soberbia y cuantas malas pasiones pueden agitar el alma, no són suficientes y carecen de fuerza y poder para desprender esa fecunda semilla, y aunque el fuego parezca extinguido, siempre conserva latente su ímpetu y soberanía.

Sin embargo, apesar de esta verdad comprobada por la experiencia y por la razón, todos rechazan la idea de Carlos é insisten, contrariando de una manera absurda sus instintos y su carácter, en que Adelina tiene que ser por fuerza mala, porque los rectos principios que la inculcaron sus protectores son incapaces de torcer el maléfico influjo de su raza, patraña ridícula que rechaza un juicio recto y un criterio medianamente ilustrado, y que destruiría la felicidad de ambos amantes, á no ser por un arranque, no sabemos, ni el autor dice, si de cariño ó de genialidad, D. Anselmo consintiera en unión tan deseada como combatida.

Se casan; transcurren durante el entreacto algunos meses.

Carlos hace un paréntesis demasiado breve en la luna de miel, y como la política no tiene entrañas, se separa de su mujer para ir á recorrer el distrito que le proclama diputado, protegido por un título de Castilla amigo y protector suyo, en tanto que Adelina, acompañada de D. Anselmo, Paquita, D.^a Visitación y su esposo, acuden á los baños de Santa Agueda, y allí, según cuentan á D. Prudencio al dar princi-

pio al segundo acto, un amante al que nadie conoce, al que ninguno nombra, presumiendo sólo el matrimonio, que llamaremos *feliz*, pueda ser el protector de Carlos, ha entrado en el cuarto de Adelina, á hora desusada, estando cerrado y contiguo al de D. Anselmo y su cónyuge, y sin que aquella se aperciba, y el que se ha descolgado, como el vizconde de *El tanto por ciento*, por el balcón, á vista y paciencia de los bañistas, dejando en la barandilla el lienzo. *Ese es el doloroso pregón de su deshonra*; con la diferencia que en el drama de Ayala el hecho sucede, si no á presencia del espectador coetáneo, con la acción principal, que es, además, lógico y verosímil que suceda, y que se relata brevemente y en lenguaje sencillo y conveniente.

Todos los que presencian el hecho y los que no lo presencian, infiltrados de que «De casta le viene al galgo, etc.,» culpan á Adelina, porque el autor así lo quiere, no porque la sana razón, el buen juicio, la severa lógica y el racional discurso lo exija, porque si verosímil puede ser que una hija herede las malas artes de una madre, verosímil puede ser también, y los hechos lo confirman hasta la saciedad, que una joven unida á un viejo le falte; pero estas consideraciones no pesan en el ánimo del autor, que firme como una roca y terco como un aragonés en su propósito, se empeña en hacer de Adelina víctima inocente, hasta el punto de que desposeyendo en un instanté al padre de Carlos de su cariño exuberante—si en el amor paternal puede caber exuberancia—y que está en contradicción con el que le demostró al consentir la combatida unión, en vez de meditar sobre el caso y no proceder de ligero en un asunto que ha de acibarar la existencia de su hijo, le escribe una carta indicándole el hecho, y cuando llega acusa á su esposa sin reticencias, ambajes ni rodeos; Adelina calla, no sabemos si por ignorancia ó por defender á su madrastra, abnegación que no está bien determinada, como no lo están muchos de los puntos principales del drama, y entonces comienza una escena entre Carlos y su esposa, magnífica, grande, que raya en lo sublime, en la que la inspiración, la verdad, el lenguaje, los conceptos todos, son hermosos y exceden á toda ponderación, y en la que

el autor y actor—porque Vico está admirable—se identifican, resultando un conjunto que aprisiona y admira. En medio de esta escena, que es lo único que tiene el drama y hace resaltar lo malo de lo demás, Paquita se confiesa culpable ó desgraciada, no lo sabemos; Carlos se arrepiente de su modo de proceder; al caer de rodillas implorando el perdón de su inocente esposa, los sorprende D. Anselmo, y termina el acto segundo con una grande ovación por parte del público, más merecida (aunque no mucho, porque una escena no constituye una obra dramática) que la que le prodigaron los amigos officiosos al terminar el tercero.

Sabedor Carlos de la inocencia de Adelina, de la culpabilidad ó desgracia de Paquita y de la desdicha de su padre, de esperar era, dado el genio del Sr. Echegaray, que éste se desplegase en el tercer acto y encontrase recursos para contener el interés de la acción, puesto que sobrados modos había para hacer un acto bueno, que mejor le hizo sobre el mismo tema Campoamor en la dolora antes citada; pero como uno de los culminantes defectos del autor del *Libro talonario* es sembrar y no recoger, despreciando por ignorancia ó porque no entra en sus planes—y esto es lo más verosímil—los recursos que él mismo inicia, resulta que este acto es malo de veras y se reduce á insistir el padre de Carlos en culpar á su nuera, ésta en callar y sufrir, Paquita en consolarla y prometer salvar á los esfuerzos de D.^a Visitación y D. Nicomedes en seguir el tema de la mala raza. D. Prudencio desaparece, y hace bien, porque maldita la falta que hacía. Carlos mata al ofensor; el Marqués, su protector, envía una declaración absolutoria, da parte del muerto, de Paquita y Adelina, la cual, convencionalmente y porque se sorprende D. Anselmo, que comprende la perfidia ó desgracia de su mujer—porque esto tampoco se determina—y finaliza el drama con una ovación parcialísima á todas luces en parte pesada para el autor.

He aquí el drama que, considerado por quien no lo haya visto en conjunto, por el breve relato que acabamos de hacer, responderá que puede ser una buena obra digna de la pluma que lo firma, bien manejado el asunto, desarrollado el plan

con tino y resultando las situaciones de momentos dramáticos y no de relaciones, parlamentos y diálogos, escritos con gracejo y alguna vis cómica los menos, y pesados, lánguidos y soporíferos los más, y esto es por desgracia lo que caracteriza el drama.

Un primer acto bien hecho y en el que se hace una exposición clara y sucinta, cae de su base cuando considerado como un prólogo, sirve sólo como un introito al drama, una primera parte del segundo, en la que se observa el mismo método, preparan verbalmente sin acción alguna el final asombroso del mismo y después viene un tercero imposible, sin defensa, sin atenuación, pletórico de un convencionalismo irritante que prueba y pone de manifiesto á los ojos del más optimista la creación de recursos, la falta de experiencia y el ningún conocimiento del teatro, del arte y del estudio de los buenos modelos de la dramática contemporánea.

Y por si algo faltaba, resalta en toda la composición teatral, á más del afán ingénito en el autor de hacer patente lo malo de la sociedad y de los hombres, sin que un débil destello de luz moral ilumine el espíritu y tendencias de la idea capital del drama y el propósito firme que siempre le acompaña de probar lo improbable y correr tras fantasmas imaginarios que dejan entrever una intención demasiado real y verdadera, contraria por completo á lo que el teatro debe ser y ha sido cuando palancas más firmes y valiosas que hoy se entumescen por falta de uso; unas y otras, que no existen, le elevaron á grande y prodigiosa altura.

La interpretación fué desgraciada en extremo. Vico estuvo admirable; es verdad que estaba solo y sin competidor, mejor si cabe, hubiera estado al haber desempeñado el señor González el papel encomendado al Sr. Cirera, á lo que tan apreciable actor seguramente no se hubiera negado; ¿y por qué no lo ha hecho? Vaya usted á averiguar los misterios que se envuelven en los bastidores de un escenario.

No falta quien asegura que lo deficiente de la compañía es la causa primordial de lo defectuoso de las obras de este autor, que tiene que acomodarse á un personal exiguo, que en esta ocasión poco ha tenido que hacer; pues su misión se

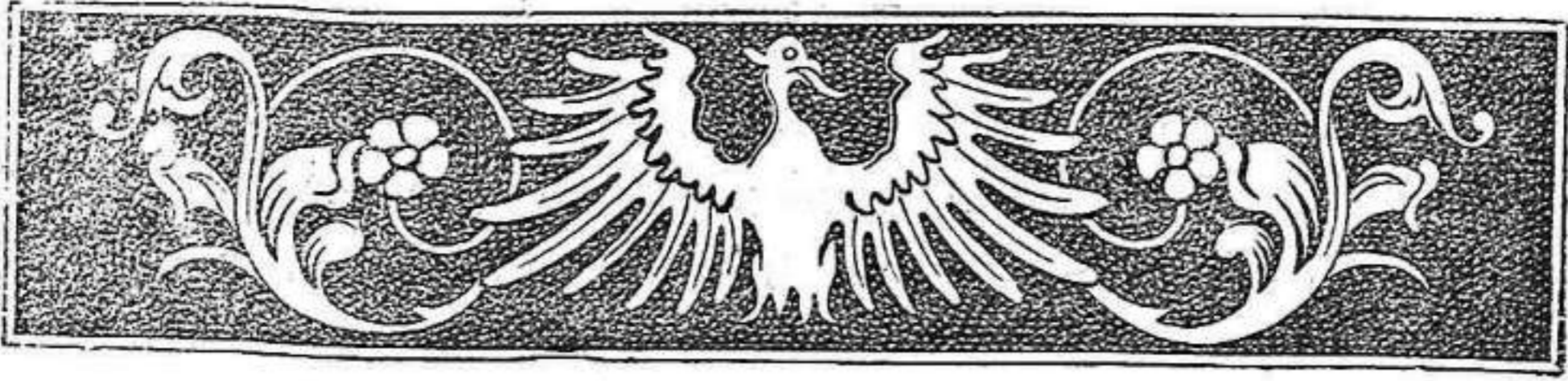
ha reducido á hablar poco y malo, sin pintar un carácter ni esforzarse en la representación; pero esto, que sería una razón para un principiante, es una disculpa ridícula para D. José Echegaray.

La falta de espacio nos priva, apesar nuestro, de ocuparnos de las obras estrenadas en los teatros de la Princesa y Novedades, con los títulos de *Un archimillonario* y *El hijo del pueblo*. En la próxima Revista cumpliremos con este deber.

RAMIRO.



MINISTERIO
DE CULTURA



ESCARAMUZAS

CONTINUACIÓN (I)

CAPÍTULO XXVI

LÉRIDA no solía querer dos cosas á la vez: se entregaba por completo á la que más solicitaba su gusto ó su interés. Dueño de sus acciones desde muy niño, había sido calavera á la edad en que otros no se han separado todavía de las faldas de su madre; pero dotado de firmeza de carácter, cesó de serlo desde el momento en que quiso crearse un puesto en la sociedad, y se entregó á la ciencia con el mismo ardor con que había buscado el placer. Tenía su experiencia bien clasificada y la propia seguridad del que se acostumbra desde los primeros pasos á concluir lo que principia. Ambicioso y enérgico, sereno y razonador, estaba hecho de la madera de los que llegan. Las ideas de abnegación, sentimiento, escrúpulo, y otras del mismo orden, eran para él palabras huecas. En cambio, su naturaleza, potente y rica, tenía otros resortes que la hacían saltar, y uno de los más poderosos era la contradicción.

Mucho había gustado de María; al momento comprendió

(1) Véase la pág. 405 de este tomo.

toda su originalidad y distinción y él mismo llegó á creer que estaba en la aventura interesado. ¡Quién sabe si lo hubiese estado de veras si las disposiciones de aquella mujer le fuesen contrarias! ¡Pero desde el primer día mostró tan á las claras que no lo eran! Luego, aquel marido que le salía al encuentro más que confiado, descuidado... aquellas puertas, siempre abiertas, y por último, las manifiestas señales de romanticismos, que le eran tan contrarios, tan genuinamente contrarios... Era cuestión de estar siempre mintiendo, y aunque no le costaba ningún trabajo, no solía hacerlo sino cuando se trataba de conseguir algo que le pidiera el deseo...

Mucho reflexionó en este sentido después de la conversación de Manolo, y como tenía tanta costumbre de demostrarlo todo, se convenció de que aquella que se le ofreciera como aventura, no era nada, puesto que no le hacía sentir, pero que algo debía de haber en lo de la conquista de la pollita, cuando tan atraído se sentía á tentar fortuna por ese lado; y como fuesen parte para aguijonearle la oposición de la señora de Castro y los celos del viejo, determinó darles el disgusto del siglo, poniendo por obra un plan, que á fuerza de pensar y de estudiar la topografía de aquellos lugares, formó bien pronto.

Ante todo, comprendió la utilidad de dos cosas: que no se enterase nadie de sus proyectos, y que, al contrario, llamase la atención su asiduidad al lado del matrimonio Castro, joven.

Había en la ciudad alta una casa de señorial fachada; la más antigua, tal vez, de la población. Aunque sus graciosas arcadas de cantería estaban cerradas y rellenas de mampostería, y aunque las rasgadas ventanas ya no eran de la época, y al portal lo habían desfigurado con feos cierros de madera, con todo eso, era una hermosa casa que tenía perfectamente habitable la serie de salas y salones que componían el piso principal, y conservaba todo el sello antiguo de dependencias para la servidumbre en el segundo. La parte de atrás de esta casa, que estaba casi siempre deshabitada, daba al jardín de la de Rosalía. Lérída pidió las llaves, la vió, acompañado siempre por el administrador, y comprendió por su visita que

parecía hecha para sus planes. Aunque desde luego tuvo intención de tomarla, no se lo demostró al acompañante; pero dijo que volvería con la persona que le había encargado el dar aquel paso. Volvió, en efecto, acompañado de un amigo suyo, persona respetable y conocida en el pueblo, y los dos echaron cuentas de cómo se acomodaría allí la familia de Salés, que, con efecto, debía venir muy pronto á Marineda, y que, según Lérída decía á su amigo, D. Francisco Morales le había encargado que le buscara habitación.

También esta vez se despidieron del administrador sin decir nada; pero al día siguiente la casa quedó por suya, ó más bien, por el Sr. de Salés, que debía llegar de Sevilla antes de quince días. Como una ocupación perentoria le obligase á salir aquel día fuera de la población, rogó al Sr. Morales recogiese la llave, y como éste asegurara, porque la creía, la historia de la familia de Sevilla, se hizo la transacción sin dificultad, ni recelo, ni sospecha de ninguna clase.

En la casa se instaló desde luego el ordenanza, criado de confianza de Lérída, quien, sin embargo, pensaba, como los demás, que su señorito hacía servicio á unos amigos. Por el día, cuidaba Andrés de que una mujer que á propósito buscó fregase y limpiase toda la casa; tenía orden de recibir los muebles que fuesen, y de colocarlos en la única habitación del segundo piso que estaba en condiciones de ser habitada: al anochecer cerraba y llevaba la llave al sitio que el señorito le había indicado en su cuarto, para que la dejase.

Pronto el cuarto elegido para observatorio estuvo provisto de una cama y una butaca, mesa, armario, lavabo, en fin, lo preciso para habitarlo. Después supo Andrés que su señorito vendría allí algunas veces con el objeto de estudiar y de estar absolutamente aislado, pero era preciso que nadie supiese ni sospechase que estaba allí. Tuvo orden de procurarse los necesarios enseres para aparejar una ligera comida, de tener además repuesto de fiambres y pastas y de instalarse también él á su modo, todo lo cual cumplió con la diligencia y reserva á que su amo, que era generoso y sabía mandar, le había acostumbrado.

Una noche á las diez llegó Lérída, que era esperado, se en-

cerró en su cuarto, y allí se estuvo dos noches y dos días. Nadie le vió entrar, ni nadie le vió salir; sin embargo, en aquellas horas había mejorado su negocio en tercio y quinto.

Primeramente se puso á observar: su cuarto tenía una ventana que daba al jardín de Rosalía, otra frente á la cárcel, desde donde se veía el mar, y la tercera á la plazuela de Palacio. Lérída cerró con contraventanas las dos últimas, y dejó abierta la primera, colocándose él en la penumbra, donde no pudiese ser visto, y desde donde le fuese fácil observar todo lo que se pudiese de la casa de enfrente.

En el piso bajo había dos rejas y una puerta en medio que daba al jardín. La reja de la derecha debía de dar á la cocina, lo cual conoció en seguida por las voces que se oían, y las caras que á cada momento aparecían; estaba bien alumbrada, y desde arriba se dominaba todo. La reja de la izquierda pertenecía á una habitación que estaba como á media luz de una lámpara de petróleo; un hombre dentro de ella hacía ruido como de platos y de cubiertos que se contasen y se clasificasen. «Es el comedor» — pensó nuestro espía. En el piso principal, encima de la puerta, había una ventana rasgada, abierta de par en par, y bien iluminada por una lámpara colgada. Era un descanso de escalera, y se veía el arranque de un tramo que subía. Después, había dos ventanas, una á cada lado, pero estaban oscuras, y más arriba ventanucos pequeños, sin guardar entre sí ninguna clase de simetría. Largo rato estuvo en el observatorio, orientándose y confirmándose en sus primeras conjeturas. La casa no daba más señales de vida que en la cocina, donde seguía la charla, y en el descanso de la escalera interior por donde cruzaban de vez en cuando algunas figuras; colas de vestidos arrastrando por el tramo de escalera que subía; sombreros que se sumerjían poco á poco en el que bajaba. El comedor quedó á oscuras; sólo una persona con una palmatoria entró bastante tarde en él para salir en seguida. Después cesó el ruido de la cocina, que también se quedó á oscuras, y por último apagaron la luz de la escalera. Entonces principiaron á aparecer puntos luminosos en las ventanas del último piso, y también se iluminó con una luz suave cernida por blanca cortina de muselina, la ventana

que estaba frente á la suya, y era la que cuadraba encima de la del comedor.

—Ese es su cuarto—pensó Lérída,—no puede ser sino el suyo. El de su tía debe dar á la calle, donde vea gente, y su marido ha de estar cerca de ella. Esa casa es grande, y hay escalera y pasillo entre estas habitaciones y las de allá. Las criadas duermen arriba; nadie más que Clotilde puede vivir en la parte del jardín, porque en el otro cuarto no ha entrado nadie. Mientras estaba en estas reflexiones, las maderas de la ventana observada se cerraron, y él se fué á la cama, no sin haber colocado la cabecera en tal disposición, que pudiese dirigir su primera mirada al sitio que desde aquel momento hacía punto de sus miras.

Y con efecto, así como lo había pensado, así dirigió su vista después del profundo y corto sueño; pero el vecino de enfrente era menos matinal. Tuvo tiempo de levantarse y vestirse antes de que se abriese la contra-ventana, que al fin se abrió, y Lérída se colocó entonces, con la serenidad y fijeza que le eran características, en el sitio más apropiado de su observatorio, que permanecía, con las otras dos ventanas, en estado de no dejar filtrar ningún rayo de luz.

Pero la aparición que vino á herirle de allí á poco dió al traste con toda su sangre fría y puso su serenidad á la más ruda de las pruebas.

La ventana observada se abrió con gran estrépito, y dos brazos desnudos empujaron á la vez las dos hojas, bien así como el que tiene priesa por dejar entrar aire puro, luz vivísima y aroma de flores en un cuarto en que se ha dormido, y la poética figura de Clotilde en persona apareció en el centro de su marco.

El estrecho encaje de una camisa de batista dibujaba su escote, y los brazos se movían en completa libertad, independientes de lo que más que rudimento de manga, era estrecha hombrera. Ceñía su esbelto cuerpo, sin torturarlo, blanco corsé, realzado por lazos azules, y sus incomparables cabellos desprendidos, echados hacia la espalda por detrás de la oreja, al inclinarse en el antepecho de su ventana, la envolvieron como un manto.

Allí estaba, no perezosa y soñolienta, sino fresca y lozana, como quien acaba de sentir la fortificante impresión del agua fría. Allí permanecía absorta y sin movimiento, como quien pretende continuar con la imaginación y el sentimiento el sueño querido.

Antonio Lérída sintió que una nube de sangre le cubría los ojos, sus sienes latían y su corazón parecía quererle salir del pecho. Tuvo impulsos de gritar «te amo y has de ser mía;» el vértigo de la pasión le envolvió, pero aun entonces pudo más su propio dominio que el vértigo de la pasión. Juzgó lo conveniente que era no moverse, no alarmar al confiado pajarillo: primeramente, para que no volase, privándole de aquel éxtasis que le tenía embargado los sentidos, y luego porque la esperanza mejor fundada de su éxito consistía en aquella opinión de delicadeza, de caballerosidad, de la cual él sabía sacar tan buen partido.

Lentamente, y como quien no piensa en lo que está haciendo, atendió Clotilde á su tocado, la mayor parte de cuyos detalles pudo el indiscreto observador devorar con la vista; tan acostumbrada estaba la inocente víctima del espionaje á no cuidarse de la casa vacía.

.....

Las seis de la tarde serían cuando las ventanas, que habían estado cerradas por el sol, volvieron á abrirse de par en par, y Clotilde á mostrarse, aunque bajo otro aspecto. Estaba seria; más que seria, estaba visiblemente irritada. Sus cejas se fruncían y con nerviosa mano castigaba los mechoncitos de cabellos que jugueteaban en su frente. Lérída creyó propicio el momento, y después de haberse asegurado de que nadie miraba desde la cocina ni desde las otras ventanas, se mostró de repente en la suya, teniendo un pañuelo blanco en una mano y moviendo el brazo para llamar la atención.

Instantáneamente le vió Clotilde, y fué tal su turbación, que dió un ligero grito, perdido, por fortuna, en aquella soledad. Llevóse él á los labios el dedo índice en demanda de silencio, y con ademán resuelto arrojó al jardín un papel: Clotilde no vaciló: bajó en seguida, lo recogió, lo leyó y lo hizo pedazos menuditos; después, sin hacer ademán ninguno, sin

mirar siquiera á la ventana, entró en la casa, y en todo lo que duró el día, no se volvió á mostrar.

—Vendrá—se decía Antonio Lériða;—lo estará pensando todo el tiempo; pero cuanto más lo piense, más probabilidades tengo de que venga.

El papel no decía sino estas palabras: «Desde las doce de la noche en adelante estaré en el jardín.»

Y con efecto, antes de haber concluído de dar las doce campanadas de Santa María, y cuando todavía no se habían apagado ni las luces de la cocina, ni la de la escalera, un hombre, descolgándose con agilidad por una de las ventanas del primer piso, fué á colocarse silenciosamente en el ángulo del muro, desde donde podía ver la puerta de la casa; aquella puerta, de la que tenía suspendida el alma con todas sus potencias.

Aquella puerta permanecía cerrada mucho después que, según lo declaraban las muestras, todos los habitantes de la casa se habían entregado al descanso.

Si es cierto que salen las canas por efecto de violentas conmociones morales, Antonio Lériða debía tener la cabeza blanca al día siguiente; aquellas horas de espera, con su carácter y con las disposiciones que todo lo que hacía y veía iban creando en él, fueron terribles.

La puerta no llegó á abrirse; pero se abrió la ventana del comedor á eso de las dos de la mañana y la luna pudo alumbrar con toda comodidad, mientras le permitió su curso penetrar con su luz en el misterioso jardín, las figuras de un hombre y una mujer, que, teniendo entre los dos una reja, pelaban la pava con tanta perfección y tan á mansalva, que pudiera envidiarles la más adiestrada pareja de andaluces. Y no sólo la luna pudo enterarse, sino que la misma aurora vino á avisarlos, toda despavorida, que en sus barbas no permitiría ella semejante cosa, á cuya advertencia tuvieron por conveniente suspender la sesión con diversos—«hasta mañana»—en diferentes tonos pronunciados, interrogativos los del galán, afirmativos los de la joven, que fué la primera que con presteza dejó el puesto.

La segunda noche, siempre vigilante la aurora, llegó á

tiempo para escuchar, por cierto bastante escandalizada, una voz de hombre que decía con tiernísimo acento:

—¿Me quieres?—y otra femenina que decía con voz expresiva en la cual se adivinaba un ligero ceceo:

—¡Muchísimo!

Dicen que á la tercera noche, á la hora clásica en que los enamorados se duermen y los pájaros se despiertan, se oyeron en el dichoso jardín las palabras ¡nunca! y ¡siempre! Después, nada más se ha sabido de lo que allí pasó, si no fué por los resultados, de los cuales se hará cargo el lector bondadoso y paciente que tenga á bien acompañarme todavía algunas páginas más.

XXVII

Alfonso Castillo estaba triste, profundamente triste, pero su pena no tenía carácter melancólico, sino irascible; se paseaba por su cuarto ó se sentaba detrás de la gran mesa de escribir que corta uno de los ángulos de la habitación y que contiene en artístico desconcierto papeles sueltos, grabados, algún retrato, la última novela de que se habla y porción de objetos, cada uno de los cuales tiene un recuerdo.

—¡No hay recuerdos buenos; los gratos nos evidencian la privación de un bien; los malos nos renuevan un dolor! La vida del hombre es un abismo entre el recuerdo y la esperanza, ¡dos negaciones!

¿Sería esto lo que pensaba Alfonso? Nos inclinamos á creer que sí, porque con mano impaciente y mirada distraída iba cogiendo y contemplando uno por uno todos los objetos que le recordaban alguna cosa, y los volvía á dejar en seguida, y después, ó se frotaba la frente con la mano del brazo que descansaba en la mesa, ó con la otra trazaba figuras en el primer papel blanco que encontraba en sitio cómodo, y aunque el lápiz corría distraídamente, siempre aquellos cuatro trazos resultaban característicos y representaban una mujer.

Unas veces aparecía sentada, otras de pie y esbelta, asomada á una ventana, en la actitud de orar. Aquellos rasgos, aquella melancolía, aquel misterio, ¿qué querrían decir?

Encerró Alfonso sus dibujos donde ya había muchos, y luego, como sacudiendo la pereza, se arregló para salir.

En la calle encontró á Rosalía y Amalia que iban á paseo por llevar á Clotilde.

—Hace lo menos quince días que no vemos á V., Alfonso—dijo Rosalía;—es decir, que no le vemos de cerca, porque en el palco de María le contemplamos todas las noches de teatro.

—Son mis muchos quehaceres, señora; el gobierno de la casa y los chicos, que me dan tanto que hacer con sus estudios...—dijo Alfonso bromeándose, y ya las acompañó al paseo. Allí tuvo ocasión de hablar particularmente con Clotilde, y en tono de misterio y de mucha formalidad, le dijo:

—Concluya V. lo más pronto posible ese asunto, para que no le quede á V. el escrúpulo de ver perecer al viejo; á mí no me importaría nada, pero podría turbar esa alegría ó hacerle verter otra vez lágrimas.

—¿Por qué dice V. eso?—repuso Clotilde encendida como la grana,—¿qué sabe V.?

—Lo sé todo—prosiguió Alfonso muy formal,—pero no se asuste V., porque es como si no lo supiese nadie.

—Pues mire V.—dijo la joven después de un silencio prolongado,—á mí me inspira V. tanta confianza que no me importa nada que V. lo sepa, pero me va V. á jurar por lo más sagrado que no le dirá á nadie una palabra.

—¡Jurar! ¿No le basta á V. que se lo prometa? Yo no juro nada; si V. es buena me callaré, y si no ¡le voy á dar cada susto!

—Ya sé yo que no dirá V. á nadie nada.—Y entonces, con el bienestar que siente el que se confía cuando lo hace de corazón, Clotilde confesó á Alfonso que quería á Antonio y estaba con él en relaciones.

Estas confidencias no fueron correspondidas con demostraciones de que eran agradecidas y gustadas. Por uno de

esos cambios que no se sabe qué nombre darles por no poderseles dar el de temperatura pero que era exclusivamente propio de Alfonso, éste, que había emprendido con tanta broma la conversación, la cortó á filo. Clotilde que lo vió serio y callado, se encontró, como sorprendida infraganti, muy molestada.

Por fin dijo Alfonso:

—Servicio por servicio. Yo callaré como un muerto, pero usted callará también; no quiero que Lérída sepa que estoy en el secreto, porque detesto el papel de confidente.

—Convenido—dijo Clotilde, que arrepentida ya de sus espontaneidades, no deseaba otra cosa.

En este momento Alfonso, fuese por pretexto, ó porque la cosa le llamase la atención, no miraba á Clotilde, sino que se fijaba en lo que estaba pasando en el grupo de las señoras que les acompañaban, aumentado por la llegada de Pepita con su hija mayor y dos ó tres niñeras y amas con muchos pequeñuelos. Despachada la gente menuda, Pepita se sentó entre la madre y la hija, que ya lo estaban desde que llegaron al paseo de Elcano, pues era jueves, y si se hubiesen descuidado, dentro de un momento no habrían tenido sillas.

Digo, pues, que Pepita se sentó entre su tía y su prima y principió entre las tres un cuchicheo que llamó la atención de Alfonso y terminó de la manera que vamos á contar.

—Mira, niño—dijo Rosalía dirigiéndose al chico del Asilo que con una boeta pendiente de una correa cobraba las sillas. —¿Ves estas dos sillas desocupadas? Pues toma los cuartos que cuestan, pero llévatelas ahora mismo muy lejos de aquí, y si vienen una señora y un caballero y te piden sillas, diles que todas están ocupadas. ¿Lo entiendes bien? Llévatelas ahora mismo.

Momentos después de haber desaparecido las sillas entraron en el paseo María y Manolo: era raro verlos allí, porque María prefería otros sitios; pero desde hacía algún tiempo habían cambiado mucho de costumbres.

Manolo flechado se fué hacia su madre: María le siguió. Hubo los saludos de rigor, y como Manolo mirase á ver

si había por allí sillas y no las viese, Alfonso dijo á María:

—¿Se quiere V. sentar?

—Gracias—contestó ella vivamente, voy primero á dar unos paseos.

Siguieron su camino los dos esposos, al parecer no sin disgusto de Manolo, que estuvo con todas muy expresivo.

Luego que les hubo perdido de vista, Rosalía cambió su silla con la de Clotilde y se sentó junto á Alfonso.

—De seguro que á V. le ha chocado una cosa y se la voy á explicar.

—A mí no me choca nada, Rosalía, todo me lo explico.

—No importa: V. es de confianza y además muy discreto; no tiene nada de particular que V. sepa estas cosas. Mire usted. La compañía de mi nuera nos es poco agradable á las personas que tenemos cierto fundamento, y puede ser perjudicialísima para Clotilde.

—¡Oiga! ¿qué me cuenta V.?—dijo Alfonso.

—Ni más ni menos que lo que V. oye. María será muy buena; pero no basta serlo, es menester parecerlo también, y por el camino que lleva, no habrá perro ni gato que no la señale con el dedo dentro de poco tiempo.

—¿Y qué camino es ese tan desastroso que ha tomado María?

—¡Bah! Demasiado sabe V. que no se la ve á sol ni á sombra sin cierto caballero que V. bien conoce, y que no trata en todo Marineda más que á ellos, sin duda porque otras puertas se le han cerrado.

—¡De manera que V. cree!...—prosiguió Alfonso sacando unas consecuencias que estaban muy lejos de las suposiciones de Rosalía.

—Yo no creo nada; veo y se acabó. Nunca tuve por mi nuera simpatías; pero ahora le aseguro á V. que no la puedo resistir. Amalia tampoco la traga y Pepita lo mismo; por eso ésta tuvo la oportunidad de venir cuando ellos se dirigían aquí, y por eso V. me vió hacer el cambalache de las sillas.

—¡Ya!—decía Alfonso sin dejar de mover la cabeza y considerando á Rosalía con mirada investigadora.

—Si no, de seguro aquí los tenemos. No por ella, que es or-

gullosa y no nos puede ver ni pintados, pero el pobre Manolo... ya se ve; á él no se le pueden decir las cosas tal como son; nota cierto despego, y se desvive por acercarnos. ¡Pobre hijo mío! ¡Buen papel le está reservado!

—¡Vaya, vaya—continuaba Alfonso,—qué cosas se le ocurren á V.!

—¡Ah! ¡pues si V. supiese lo que yo he podido prevenir con una buena resolución! ¡Hubieron de echarme á perder á Clotilde!... no se ría usted, así como suena. Yo la dejé ir á la aldea unos días, y me la devolvieron trastornada; sin que yo haya sabido nunca á derechas lo que pasó allí; pero bien se me alcanza por los resultados!

—¡Pero Rosalía!

—¡Cuando le digo á V. que la chica hubo de perder su porvenir! Ese diablo de ese ingeniero, por poco nos fastidia; afortunadamente aquello fué una falsa alarma, y no hay, por ese lado, nada que temer.

—¡Ah! ¿conque Clotilde está ya desimpresionada?

—Impresionada no estuvo nunca; pero le dió celos á mi primo; ya sabe V., ¡que la quiere tanto! Y por esa niñería hubo de perder un buen casamiento.

—¿Pero ahora están ya arreglados?

—Casi, en el fondo sí, y yo creo que en la forma también lo estarán dentro de poco.

—¡Verdaderamente, para componerlo todo, no hay como ustedes, las buenas, las honradas! ¡Qué sería del mundo sin las mujeres honradas!—dijo Alfonso, y estrechando sin otra despedida las manos de las cuatro señoras, las dejó entregadas á sus comentarios.

—Pues mira—dijo Rosalía para terminar los cargos que las dos casadas le hacían por haber sido tan explícita;—pues mira, si el único peligro que hay es lo que él pueda decir, que lo diga todo, que en definitiva yo no he discurrido ni inventado nada.

.....
Alfonso se retiró de allí, pero no á su casa; anduvo paseando solo por el espigón, muelle de hierro que se interna en el mar; después, ya de noche, cuando todo el mundo se

había retirado, volvió á sentarse poco más ó menos en el mismo sitio que había ocupado con las señoras de Castro, y allí estuvo mucho tiempo, entretenido á veces en hacer con un bastoncito iniciales en la arena y en volverlas á borrar. Por último, al encontrarse otra vez en su cuarto, estaba mucho menos tranquilo que cuando ya le vimos triste antes del paseo, y su pulso marcaba muchas más pulsaciones que el de una persona sana.

CAPÍTULO XXVIII

¡Qué dichosa era María! Si estados como el en que ella se encontraba pudiesen durar siempre, ¿para qué más paraíso? Pero la vida es acción y pasión y movimiento, no beatífica quietud, y no hay nada que se pague tan caro como los forjados idealismos.

—Desgraciadas y mezquinas las almas que no comprenden ni admiten que existe en el mundo amor desinteresado. ¡Si yo pudiera mostrar al mundo entero el espectáculo admirable de nuestra amistad tan pura y tan sublime: si yo pudiese mostrarles el corazón de mi Antonio y decirles: Aquí tenéis el modelo de lo perfecto, de aquello con que soñamos los que tenemos mal asiento en la tierra!...

Y María seguía gozando á su manera, mientras dirigía indecisa mirada al cuadro marítimo que se ofrecía desde su galería, cuando sintió toses intencionadas en la de Alfonso, que estaba pocas casas más allá de la suya, y al mirar entablaron los dos vecinos animado diálogo. Bromeábala él por sus distracciones, ella se defendía atacando á su vez, y por último, todo terminó viniendo él á casa de su vecina con el pretexto de que le diese café.

Es cosa convenida que Alfonso Castillo era un misterio imposible de aclarar, ni aun para el novelista, que tanta facilidad tiene para filtrarse en la materia pensante y sintiente de aquellos que toma por su cuenta con su pluma. Este in-

dividuo tenía una coraza completamente impenetrable en ciertos puntos. Pero no en todos, y de éstos que están á nuestro alcance nos informaremos con avidez.

Por ejemplo, nos consta, sin ningún género de duda, que tenía mucho interés en averiguar si María estaba enterada de las relaciones de Lérica con Clotilde.

Y como al mismo tiempo no era capaz de hacer traición al secreto que había prometido guardar, trató de enterarse por vías indirectas.

—¿No encuentra V. que Clotilde estaba muy bonita ayer tarde en paseo?—le dijo en cuanto vió oportunidad para ello, y contestó María:

—Para mí lo está siempre, porque sin ninguna duda es la muchacha más bonita y más elegante de Marineda. Su elegancia no depende de lo que se pone, sino que es tan personal, que ella es la que hace elegantes á sus trajes.

—¿Por qué no la acompaña tanto el tío?

—No sé. Algo ha debido haber—contestó María;—pero no les pregunto, y como tienen conmigo poca confianza, nada me dicen.

—Realmente ese casamiento era muy desproporcionado, y sería una suerte para Clotilde que Dios le pusiese delante alguna tentación. ¿Cree V. que ella se dejaría tentar, María?—insistió Alfonso, que en su empeño de saber algo no quería soltar presa.

María se sonrió á la idea que atravesó su mente.

—¡Tal podría ser el tentador!...—contestó.

Ya fuese por no haber comprendido su sospecha ó porque quisiese darle todo el pie posible, continuó él:

—Dígame V., con franqueza, porque me interesa saberlo, ¿es cierto que de algún tiempo á esta parte Clotilde ha hecho el oso con algún muchacho que V. conoce?

María acentuó su sonrisa, pero se quedó callada por un rato; no sabía qué contestar. Ya comprendía que á Lérica se dirigía aquella suposición, pero no creía oportuno negar rotundamente una cosa que otros habían aparentado en pro de la fama suya, y como al mismo tiempo no quería desanimar la afición que se figuraba ver manifiesta en Alfonso, le dijo:

—Yo no puedo contestar á V. de una manera explícita en cosas que sé tan poco; sin embargo, si algún amigo mío, de valer, estuviese enamorado de Clotilde, yo no le desanimaría, porque afortunadamente, y por más que mi suegra dé á entender otra cosa, el honorable D. Juan está muy de capa caída, y de los audaces es la fortuna.

Calló Alfonso comprendiendo que no sacaba gran cosa en claro; pero se prometió observar aquel interior, porque ansiaba convencerse por sí mismo de que aquellas otras honradas mujeres habían supuesto una falsedad.

Consecuente con estos planes, en cuanto llegaron Manolo y Lérica para acompañar á paseo á Clotilde, propuso una expedición en coche, y como fuese aceptada, salieron poco después dando tormento á las calles, y solaz á los ojos, el cesto con las dos jaquitas de Manolo, y el mylord con los magníficos caballos de Alfonso: con éste iba Lérica y las dos esposas en su carrujillo.

Aquella noche, mientras Manolo hacía la visita de última hora á su madre, María se quedó sola con Lérica, y lo primero que se le ocurrió comunicarle fué la idea que había tenido aquella tarde al oír á Alfonso.

—¿Sabe V. que me parece que va á haber grandes novedades en la familia?

—¿Y qué novedades son esas, hija mía? ¿Va V. á tener algún nuevo disgusto?

—No, al contrario; si lo que pienso llegara á realizarse, me daría mucho placer. Me parece que Alfonso Castillo quiere á Clotilde y que piensa casarse con ella.

No se sabe si fué hielo ó fuego lo que envolvió el cerebro de Antonio Lérica, privándole por algunos instantes de la facultad de pensar; pero sin dejar que el exterior demostrase nada de lo que pasaba por dentro, contestó cuando pudo, quizás con demasiada indiferencia:

—¿Y cómo ha sabido V. esa gran noticia?

—Ayer vino aquí Alfonso, bastante temprano; su visita no tenía razón de ser, puesto que casi nunca viene; pero como tiene esas intermitencias, no me chocó: es tan agradable cuando quiere serlo, que fácilmente se le perdona la incons-

tancia. En cuanto llegó empezó á hablarme de Clotilde; me dijo que estaba muy guapa, que le gustaba mucho, y me rogó le dijese—*porque le interesaba mucho saberlo*—si el casamiento con D. Juan se había deshecho, y si creía yo que ella aceptaría los homenajes de otro pretendiente. Todo esto fué dicho de una manera tan intencionada, que yo no pude dudar que allí hay algo.

—Pero, después de todo, esas no son más que generalidades que no tienen significación alguna.

—No la tendrían tratándose de otro hombre, pero sí tratándose de Alfonso. No cabe la menor duda que en ese muchacho hay algún misterio, y ese misterio para mí siempre ha tenido todas las trazas de ser un amor contrariado. Clotilde, cuando se presentó en sociedad, tenía ya las apariencias de no ser libre, y nadie la admiró más que de lejos; pero ahora que se cree en la posibilidad de que lo sea, el que Alfonso salga de su reserva, y se ocupe de ella, como lo hace, tiene mucho de particular. Además, la otra tarde la acompañó en el paseo.

Cada una de estas palabras era un dardo emponzoñado en ira que se clavaba en el corazón del celoso. ¡Qué esfuerzo de voluntad tuvo que hacer para representar su papel en el idilio que todos los días, durante cierto tiempo, que él procuraba hacer lo más corto posible, tenía que representar! Así, la expresión de su cara al cruzar la puerta de la casa de María era imponente, y el puño cerrado con que amenazó á los balcones del cuarto de Alfonso muchísimo más.

Pero éste no le vió, y aunque le hubiese visto, tampoco se habría asustado. Lo que hizo fué volver la tarde siguiente á casa de María, en la hora en que juzgaba encontrarla sola, y de nuevo entablar lo conversación de Clotilde. Pero, incapaz María de disimulo y demasiado contenta de lo que ella creía, para no dejarlo ver al momento, principió por dar broma á Alfonso y por querer merecer sus confianzas. Esta sinceridad y esta alegría eran demasiado evidentes para no convencer á Alfonso de lo que pasaba, esto es, de que las relaciones de Lérida y Clotilde eran ignoradas por ésta. El descubrimiento le disgustó, y entreviendo que aquella mujer es-

taba siendo víctima de algún engaño desleal, se sintió inclinado á no abandonarla. Por de pronto, contestó á sus insinuaciones de una manera vaga, confesando que Clotilde era la muchacha que más le gustaba, y por lo demás, no afirmando ni negando ninguna suposición, y en otro terreno se mostró expansivo, agradable, les acompañó á paseo, quiso enterarse de los proyectos del día siguiente, y en suma, á partir de aquellos días, María no se presentó á las miradas de sus conciudadanos entre las figuras de su marido y Léri-da; siempre había un amigo que reía, hablaba y se dirigía á ella muchísimo más francamente que el otro.

¿Y este otro qué pensaba?

Pensaba horrores del infame en quien veía temible rival, porque María persistía en asegurarle que Alfonso estaba haciendo el trabajo de zapa, y que el mejor día se presentaba en casa de los Sres. de Castro para arrebatárles á la pupila. ¡Mejor aguijón para el encaprichado mozo no le inventara el mismísimo Himeneo!...

Pero lo más picante del asunto fué que Manolo, tan descuidado como le vemos, y como era en realidad con su mujer, principió por sentirse receloso y concluyó por tener unos celos de Alfonso que rayaban en lo ridículo. La cosa es bastante común; pero no por eso deja de sorprendernos cada vez que la vemos patentizada á nuestra vista.

Los primeros síntomas se declararon negándose á ir de expedición á Vilabella con su coche al lado del de Alfonso, la segunda vez que lo propuso María en nombre de éste.

—No me da la gana de hacer un papel ridículo. Si Alfonso Castillo quiere lucir su tren, que lo luzca solo; pero no teniendo el gusto de ver el mío á su lado para que los comparen los dos.

—Pero ¿te se puede á ti ocurrir que Alfonso haga de nuestros paseos en coche un alarde de vanidad?

—¿Por qué no? ¿Acaso no ves que la está rebosando por todas partes?

—Manolo, eso es muy pequeño y muy miserable. Ni él va á cifrar su orgullo en tan frívolas satisfacciones, ni su amistad merece ser tratada como la tratas tú.

—¡Amistad! ¿quién te ha dicho á ti que mi trato con Castillo merezca el nombre de amistad? ¿Porque nos tuteamos desde que éramos chicos? Eso no quiere decir nada. Me carga su manera de ser y sus excentricidades y no se me antoja aburrirme en su compañía.

—¿Pero desde cuándo piensas así? Yo te he visto siempre celebrar todo lo suyo y encontrarte muy bien en su compañía.

—Vaya, si lo dices, será. Figúrate que le he adorado toda mi vida; ahora no se me antoja el ir en coche con él.

Esta naciente antipatía ocasionó disgustos á María, que no quería que Alfonso, por ser una de las personas que le eran más simpáticas de todas las que conocía, llegase á notarla; pero por muchos esfuerzos que ella hiciese, más hacía Manolo para dejarla quedar mal.

Primeramente se empeñó en que su mujer saliese de casa á la hora que acostumbraba á ir la mal querida visita, ó cuando no, él se quedaba en el mismo cuarto de su mujer, y cuando paseaban todos justos, Manolo llevaba del brazo á María.

—¿Qué le pasa á su marido de V.?—le dijo Alfonso un día á su vecina.—¡Está conmigo de una manera tan rara! A veces parece que á propósito no me saluda; esta mañana, positivamente me ha vuelto la espalda en la calle Mayor.

—Por Dios, Alfonso—exclamó María muy acongojada,—le suplico á V. que no haga caso de eso; son cosas de Manolo; me daría V. un disgusto tomándolas en serio.

Pero por más que Alfonso quisiese pasar por alto estas cosas, fueron tantas las que vinieron á probarle que Manolo tenía celos de él, que un día al separarse de ellos en el paseo, se encogió de hombros y se fué á dar unas vueltas por el espigón, haciendo reflexiones muy profundas, y equiparando en su estimación á los maridos previsores con las mujeres honradas. Aquella noche salió Lérída para las obras.

XXIX

Tocaba á su fin el mes de julio y Marineda estaba en todo su esplendor de ciudad veraniega. Circulaban por las calles muchos forasteros, había cohetes á todas horas y los gigantes y cabezudos salían mañana y tarde á dar su paseo por la población y á bailar sus danzas, rigodones y minuets delante de las casas habitadas por autoridades y personas de viso. Las músicas y las gaitas del país despertaban á todos los vecinos á hora muy desusada para la mayor parte de ellos, imponiendo la alegría y la diversión forzada con la más autoritaria franqueza. En una palabra, celebrábanse las fiestas del pueblo, en que anualmente se conmemora una defensa honrosa y el afortunado hecho de armas de una mujer.

En casa de Rosalía se vivía aquellos días en continuo movimiento, porque además de no perder nada, iban á todo en pandilla, y entre ir á buscar á unos, esperar por otros, volver con éstos y subir por aquéllos, cada cambio de decoración exigía razonable suma de tiempo, de palabras y de movimientos.

Pero respecto á tranquilidad moral, Rosalía había mejorado mucho.

Desde el día en que tomara las resoluciones que el lector no ignora, todo había ido entrando en su cauce.

La chica había tenido sus dares y tomares con ella el día aquel de las confidencias. Repusiérase ante la plática de moral pura que su tía le hiciera para que volviera en sí y dejase de estar de monos con Juan, que tanto bien le hacía queriendo casarse con ella y asegurarle la tranquilidad y el bienestar para toda su vida. La contestación á tan buenos consejos nada había tenido de tranquilizadora, y la alarmada tía creíase ya en lucha abierta con toda clase de desgracias, ingrati- tudes y desilusiones. Pero de la noche á la mañana Clotilde se trasformó, reaparecía la sonrisa en su cara y la disposi-

ción á estar amable y contenta. Cuando su tía le insinuaba algo de lo consabido, se callaba ó le respondía con una zalamería, cosa á la cual no era afecta, diciéndole que «Bien sabía ella que su títa la quería mucho y no había de desear más que su felicidad.»

La conducta que seguía con su pretendiente, era por todo extremo singular. Estaba con él muy amable y deferente cuando había gente delante y la conversación era general; pero de tal modo sorteaba las cosas, que nunca, apesar de las muchas veces que lo intentó, pudo el buen señor hablarla á solas, y cuando ya despechado se decidió á llamarla á un lado, y en plena reunión de familia pedirle una respuesta á la ansiedad que bien estaba ella viendo que le consumía, dijo que sólo á su tía la daría, y fué que necesitaba un mes para observarse y pensarlo, pero que exigía que en todo ese tiempo nadie le hablase una palabra del asunto.

Eso había dado muy mala espina á D. Juan de la Puente, que empezara desde aquel momento á sentir gran desanimación y verse dominado por la tristeza y el *spleen*. Su prima le decía á cada momento que no fuese tonto, que no tenía motivo ninguno para temer, una vez que el enemigo había levantado el campo y llevado á otra parte sus reales.

—Vamos á ver—solía decirle:—¿tuviste tú alguna vez sospecha ó recelo de nadie más que del ingeniero? Pues si confiesas que no, y aquel enemigo, gracias á mi energía, desapareció de la escena y no se le ha vuelto á ver por aquí, ¿por qué te has de estar siempre mortificando? Además, si vieses á la niña brusca ó triste ó como pesarosa, aún podías sospechar; pero cabalmente nunca estuvo más contenta ni más complaciente, y se pasa todo el día en mi cuarto haciéndome compañía y durmiendo como un lirón en cualquier butaca. A buen seguro, si pensara en novios había de estar más despabilada. Y por último, Juan—y aquí bajaba algo la voz,—¿tú no ves los escándalos que están dando los otros? No hay perro ni gato que no los haya visto juntos. Él les acompaña á paseo; él la acompaña á misa. En el teatro están juntos toda la noche; allí come dos días á la semana, y cuando no se le ve con los dos ó con ella sola, se le ve con

él. ¡Qué vergüenza! Yo desde el primer día conocí el peligro, y algunas veces me remuerde la conciencia, porque quizás al alejarlo con tanto tino de mi casa, puede que haya contribuido á la desgracia de mi hijo.

Estas y otras conversaciones solía tener la buena señora con su primo y análogas eran las que sostenía á cada momento con su hija, con Pepita, con los maridos de éstas ó con su inseparable y cómoda Juanita Romero. Pero á su marido nunca se había atrevido á volverle á decir palabra de la sospechosa nuera, porque tenía miedo á sus violencias. Pero D. Fernando de Castro no era hombre á quien tuviesen necesidad de recordarle esta clase de hechos: no había olvidado ninguno de los puntos de la conversación que le iniciara en las bribonadas de María, y si bien callaba por no alborotar á su mujer, tenía guardadita la cosa para plantificársela en la primera ocasión y tomarse la venganza por su lengua si el marido no quería tomarla por su mano.

Preparábanse todos en aquella casa el día en que los volvemos á encontrar, para oír el sermón de nuestro antiguo amigo Alfredo, á quien si hemos perdido de vista por no ser persona que tomase parte directa ni indirecta en los asuntos de que nos ocupamos, no por eso dejaremos de volver á ver con el mayor gusto.

Estaba muy contento el simpático joven, porque al fin, era un encargo honroso el de aquel sermón, y los curas de la parroquia de San Blas, donde tenía lugar la función religiosa, estaban que se lo comían la envidia. Acicalóse, pues, aquella mañana nuestro canónigo, púsose zapatos flamantes con hebilla de plata sobredorada, vistióse la rica sotana de seda y el manteo igual, todo mate y de una calidad que se metía en un puño. No se olvidó del finísimo roquete de batista que su madre le regalara el día que dijo su primer sermón en la capilla de Palacio, y escogió entre su completa colección de pañuelos, el más fino, el más grande, el que tenía las cifras más primorosamente bordadas, el que hacía mejor efecto, colgado del púlpito, al alcance de la mano, con el objeto, en los momentos de silencio, después de un período de efecto, de secarse el sudor de la frente.

¡Dios mío! ¿y quién hubiera reconocido entonces en aquel pulcro y elegantísimo sacerdote al Alfredo barbudo, de la americana y de las zapatillas suizas?

—Amigos, qué majos venís los señores canónigos con sotanas y manteos de seda—dijo el coadjutor de la parroquia. —Yo no pude llegar nunca á un traje de seda.

—Pero llegaste á una casa de tres pisos—dijo Alfredo con mucha viveza,—y eso es bastante mejor. A un traje de seda pronto se llega; pero á una casa de tres pisos la cosa no es tan fácil.

—Es por estar más cerca del cielo—dijo el coadjutor.

—Es por estar más en la tierra, por manejar más conquisbus—replicó el lujoso, haciendo con su dedo pulgar un movimiento de frotación en las yemas de los otros, que resultaba de lo más significativo.—¿Me mandarás un vaso de agua al púlpito?

—Ya te llevarán agua en un vaso de Palencia—dijo el cachazudo clérigo, satisfecho de que la conversación tomase otro giro.—No será tan fino como tú los usas, pero aquí no tenemos otra cosa.

—Tú mándame el vaso, que poco me importa de lo que sea, porque ya lo tapa el púlpito.—Y sin querer entrar en otras complicaciones, principió sus preparativos para revestirse.

Estaba la iglesia muy lucida. El retablo del altar mayor era como un tapiz de luz, en grupos de tres ó cuatro velas, separados unos de otros lo suficiente para que se notase el dibujo: más compactas alrededor de la Custodia, y bajando apiñaditas en gradería hasta el mismo altar, deslumbraban. Luego había cornisas de luz, y, como en el retablo, los grupos se repetían por toda la iglesia, iluminando en los entrepaños y en los chapiteles de las columnas, trofeos de banderas, escudos y coronas de laurel. A un lado y otro, en la nave del centro, había bancos de terciopelo carmesí con rica alfombra en medio; los bancos estaban ocupados por el Ayuntamiento en masa, y á lo último, cerca del altar, estaba el alcalde en su sillón: detrás los maceros con sus dalmáticas de terciopelo, medias de seda, zapato con hebilla, calzón corto y pelucas empolvadas.

La corporación allí representaba ser cumplidora de un voto popular.

Alfredo estuvo muy feliz evocando todo lo que de grande y bello nos impresiona en aquellos hechos de un pueblo que no se rindió, que supo sostenerse y debió por fin su salvación al arrojo de una mujer. Y nunca en mejores manos pudiera poner la heroína, si para tal cosa tuviese potestad, la defensa de sus flaquezas y el ensalzamiento de sus proezas, porque todo lo que se trabajaba en el alma de Alfredo, y pulía y atildaba su entendimiento, salía de su boca en forma tan depurada y tan exenta de los elementos del mal, que era un placer el oírle: ni el corazón padecía disgustos, ni sentía el alma desengaños, ni temores ni recelos el ánimo medroso.

Terminado el sermón, nuestro orador se encontró en la sacristía, rodeado de amigos que vinieron á abrazarle y á darle la enhorabuena.

Por allí apareció Luisa.

—¿Se viene V. á almorzar conmigo? Ande, véngase, porque si no nos quedaremos sin hablar un rato.

—¿Y usted cuándo se va á la aldea?

—Esta tarde sin falta.

—¡Ay, qué mujer ésta, siempre anda escapada!

—Bueno, pues entonces allá voy dentro de un ratito.

.....
—No se quejará V. del auditorio—decía la misma al mismo una hora después, cuando los dos se encontraban frente á frente, haciendo los honores á un sazonado almuerzo.

—Ya lo creo: todo lo mejorcito estaba en la iglesia. No se figure V. que yo no reparo; no se me escapa nadie y á veces veo de más. Hoy, por ejemplo, me estaba impacientando y distrayendo al ver á un cierto caballero, muy amigo de V., demasiado cerca de una señora. También es gana de llamar la atención; V. bien sabe de quién hablo; la verdad sea dicha, no creía yo que ella tuviese tan poca aprensión, y lo que es él, qué quiere V. que le diga, se me ha hecho bastante antipático, porque demasiado debe comprender que la está poniendo en berlina.

Luisa se quedó callada; indudablemente no le gustaba ha-

blar de aquello; pero la confianza que tenía con Alfredo la obligó por fin á decir algo.

—Yo no sé qué pensar. Mucho da él en la vista, y á mí no me parece hombre que no sepa ocultar lo que le conviene. De todas maneras, apesar de lo mucho que me ha encantado su trato, sin poderlo remediar, desconfío de él desde que le oí hablar dos veces de su caballeridad; parece mentira, el efecto que me produce oírle decir á un hombre que es muy honrado y muy caballero; sin que esté en mi mano el evitarlo, desde que tal oigo, lo doy por perdido en mi estimación, y es porque la experiencia me ha enseñado que el que lo es verdaderamente, no tiene necesidad de decirlo, porque lo está demostrando en todos los actos de su vida.

—Y de ella, ¿qué piensa V.?

—No pienso nada malo, Alfredo; y en todo caso, aunque la cosa parece descabellada, casi deseo en su vida una crisis cualquiera á ver si sale de ese estado tan angustioso y en definitiva tan nulo.

Yo, querido Alfrediño, desde que sé algo, he perdido la gana de enseñar á los demás: cada uno tiene que labrar la piedra fundamental de sus conocimientos á fuerza de engaños y desengaños, y no hay para qué tomarse el trabajo los unos por los otros, que sólo duele lo que llega á lo vivo. Tengo fe en María; es recta y sinceramente religiosa: ¡ella sabrá salir de apuros!

¡De cuán diferente manera iba pensando en lo mismo don Fernando de Castro al dar su paseo solitario algunas horas después!

Era una tarde bellísima y serena, de las pocas en que los rayos solares vencen la pugna que tienen que sostener en esta atalaya sobre el Atlántico, vecina del cabo de Finisterre, con los vientos del N. O. Todos los habitantes disponibles del animado vecindario habían salido á gozar del ambiente suave, á ver y dejarse ver los más, á ensanchar su horizonte y desperezar cuerpo y espíritu los menos.

El sol se ponía en un celaje dorado á fuego que debía terminar en los incomprensibles arreboles que precedían también su salida. Las poco elegantes galerías que como ventaja

local se han adoptado en todas las casas, reflejaban en sus innumerables cristales la dorada luz, mientras que las sombras se extendían ya por el mar azul y tranquilo, al cual forman marco por un lado el semicírculo en que se asienta la Península, y á continuación por el otro, la faja de campos y árboles, cuyo primer término recorre el ferrocarril. Era bello el contraste de aquella oscuridad con los brillantes colores de aquel fin de día espléndido, semejante á una existencia que protesta con manifestación deslumbrante de tener que dejar de ser.

En D. Fernando no debía efectuarse aquello de que lo bello que nos rodea influye en nuestras disposiciones, porque las suyas eran tanto más atrabiliarias cuanto más hermosas fases iba presentando aquel juego de luz y de colores.

Y quiso sin duda el diablo, porque cosa buena no puede ser, que en el momento en que había llegado á su punto culminante el encono que le venía royendo las entretelas del corazón, se le presentase delante su hijo Manolo, y sólo por añadidura, lo cual fué como abrir las puertas á su empacho y descorrer el cerrojo de su mala voluntad. Con impulsos de pantera se agarró del brazo de su hijo, y con un—ahora no nos fastidia nadie, has de oír cuatro verdades—dió principio al capítulo de sus maliciosas suposiciones y pretendidas seguridades y fin á la tranquilidad y sosiego de su hijo que, atónito de lo que oía, absorto de su ceguedad y temblando de ira, escuchó hasta el fin y sin desplegar los labios todo cuanto su padre quiso y pudo hablar.

—Ahora que lo sabes todo, compóntelas como puedas, yo he cumplido con mi deber, y si después de lo que sabes quieres seguir estando en ridículo, allá tú, que sobre gustos no hay nada escrito.

Todo lo que la maliciosa lengua de D. Fernando pudo decir, quedaba reducido á que la asiduidad de Antonio Lérída al lado de su mujer, daba que hablar á todo el mundo, y que la simpleza suya en unirse tanto á él daba que reír á los unos, y que pensar á los otros. Díjole también todo lo que sabía acerca de los paseos solitarios en la aldea, y aun en los jardines retirados de Marineda, y en suma, sin haber podido ful-

minar acusación ninguna, dejó á su hijo lleno de sospechas, de vergüenza y de rencores.

Aquella noche hubo una escena muy fuerte entre el marido y la mujer. No sabía él cómo entrar en materia; pero, incapaz de contener la provisión de ira que sus pensamientos iban acumulando en su pecho, á la primera pregunta de María, asustada al ver su cara descompuesta, estalló, y ciego, colérico, sin querer ni poder contenerse, insultó cruelmente á su mujer. Quedárase ésta al principio anonadada. Por mucho que se desfigurase á sí propia la clase de sentimiento que Antonio Lérída le inspiraba, no dejaba de sentir vergüenza al tener que ocultarlo á su marido como se oculta un crimen; pero cuando la descompostura degeneró en grosería, y la suspicacia tomó carácter de infamante suposición, la calumniada no lo pudo sufrir con paciencia, y volviendo por su honor con energía, devolvió al insulto el insulto, y á la palabra dura la palabra acerba.

¡Qué noche pasó la pobre mujer! Si las escenas conyugales, tan sin motivos serios como siempre las había presenciado, le tenían debilitado el juicio y lastimado el corazón, la actual la dejó sin fuerzas y como fuera de sí, y es que veía en el fondo y como resultado de ella, el alejamiento de Antonio, la renuncia de un cariño que era su vida.

¡No, jamás! Prefería cualquier cosa; prefería que la creyesen mala; lo importante era no serlo. Su marido, que no tenía para ella más que indiferencia ó grosería, ¿cómo le subsanaría la pérdida de una amistad que bastaba ella sola para llenar su vida, para darle aliento, para hacerla feliz? Porque aquel sentimiento que nacía de la identidad de dos almas y que era igualmente compartido por las dos, y de la misma manera puro y casto en las dos, tenía tal virtud, que la volvía otra de la que había sido. Dábale tal deseo de hacer á los demás partícipes de su dicha, que andaba pensando todo el día dónde iría á buscar penas que consolar. Sentíase tan dispuesta á la indulgencia, que no había cosa que lograra impacientarla, y cambiando el sentido de una frase célebre en la antigüedad, la plenitud de su corazón trajo á sus labios estas palabras: «Quisiera que la humanidad no tuviese más que

una sola cabeza, para darle el beso de paz en la frente.» Y decir que este sentimiento de purísimo aroma que engalanaba su alma había de ser baja y feamente interpretado por seres mezquinos y pequeños, incapaces de juzgar sino por la medida de su mermado criterio y tal vez de su grosera sensualidad, era cosa que la ponía fuera de sí.

Decidida, pues, á no sacrificar su dicha y la del amigo de su alma, se recogió al fin y al cabo, pensando cuál sería el mejor medio para avisar á Antonio de lo que pasaba y tener una explicación con él.

XXX

No había necesitado la rubita exaltados sentimientos ni galana frase para sorber el seso del frío y calculador ingeniero.

El aroma de su aliento juvenil, la frescura de su tez, la espontaneidad que le era característica en movimientos y expresiones, y esa sencillez que comparan los expertos al cerrado capullo que guarda sus aromas aunque luego á veces resulta la rosa inodora, fueron partes suficientes para interesarle.

Clotilde no era romántica; nunca tuvo deseos de contemplar la luna desde el jardín; la puerta permanecía siempre cerrada; sólo la reja se abría por las noches cuando en la casa dormían todos.

Desde el momento en que conoció que podía gustar de un hombre de otra manera que aquella con que le inspiraba afecto su tío, Clotilde juró que no se casaría con él, y al ver que Lérica la buscaba, dió por hecho en su corazón que Dios se lo destinaba para salvarla de aquel peligro en que hubiera podido caer para su eterna desgracia. Así fué que se ofreció llena de fe á las impresiones de aquel amor para ella tan providencial.

Si todas estas partes no hubiesen sido suficientes para que

lo que había sido en un principio capricho contrariado en Lérída, se convirtiese en deliberado propósito de casamiento, vino á mezclarse en el asunto la pretendida candidatura de Alfonso. Ya sabemos el efecto que le causó, pero por un principio de desconfianza fuertemente marcado, no quiso hablar de él ni una palabra á Clotilde. Lo único que hizo fué decidirse más pronto y tomar de acuerdo con su novia todas las medidas necesarias para que nadie sospechase sus proyectos, á fin de que nadie los contrariase.

Ella debía halagar á su tía y evitar con el enamorado tío explicaciones.

Él necesitaba estar cada vez más asiduo con María para llamar un poco la atención por ese lado. Clotilde era hecha de esa manera; los sentimientos de los demás nunca se le ponían como obstáculo que no pudiese vencer; pasaba sobre ellos tan tranquila.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA



ANDIDATOS que van y vienen, bullen y de mil maneras se agitan, son la única novedad, novedad muy vieja, que preocupa á los políticos aspirantes á ocupar un asiento en los escaños del Congreso. Los círculos antes concurridos están hoy desiertos, y no se habla más que de trabajos en los distritos, de decepciones, esperanzas y probabilidades.

Las elecciones generales son siempre un período de fiebre para los pueblos, y esa fiebre pudiera un día producir una crisis de resultados fatales, principalmente cuando el Gobierno no ponga todo su empeño y no fije todos sus esfuerzos en que el triunfo de los generales intereses prevalezca y quede á inconmensurable altura sobre las cábalas del caciquismo, los odios de campanario y las ambiciones individuales. En el estado actual de la nación y de los partidos, es muy sensible que haya venido á ser una necesidad esa lucha de las pasiones. En los momentos mismos en que tantos y tan graves asuntos de alta política deben preocupar al Gobierno, ninguna persona de mediana sensatez desconoce que es triste, muy triste, ver todas las fuerzas absorbidas en esos

interminables cabildeos electorales que, despertando adormecidos enconos y dando fuerzas al enemigo, enervan necesariamente la acción gubernativa.

Las circunstancias son mucho más difíciles de lo que á la generalidad parecen; son realmente excepcionales; y en los conmovidos labios de los amantes de la paz y del orden pueden leerse ardientes votos para que pase el período electoral, se restablezca la calma, é inspirándose los Cuerpos Colegisladores en el más acendrado patriotismo, abandonen al cabo toda política pequeña, y estudien y acuerden, al amparo de los grandes y salvadores principios, cuantas medidas sean conducentes á la salvación de la patria.

*
* *

La escisión que intentó producir en las filas de los conservadores militantes el Sr. Romero Robledo da sus naturales frutos. Es sensible que el exministro de la Gobernación no haya previsto que una personalidad, por respetabilísimo que sea su nombre, será siempre impotente para destruir la unidad de miras y dividir la acción de las fuerzas conservadoras, que no pueden tener más que una bandera, bandera á cuya sombra se agrupan por instinto en las ocasiones solemnes. No se necesita gran perspicacia para conocer que los elementos conservadores, no solamente constituyen un partido político, sino que representan algo más grande, representan arraigadas y legítimas aspiraciones sociales, las más incapaces, por su naturaleza misma, de mudanzas y veleidades.

Pero como ya nos dijo Horacio: *aliquando dormitat Homerus*. También los hombres de preclaro ingenio se equivocan en sus cálculos. El Sr. Romero Robledo, uno de los personajes más distinguidos entre los que formaban la primera fila del partido conservador, creyó hace algunos meses que la mayoría del partido y su jefe se equivocaban; juzgó que bastaría el prestigio de un nombre, por varios conceptos ilus-

tre, para arrastrar á todos los partidarios que le admiraban y aplaudían; pero en su extemporánea é impolítica evolución se encontró solo, absolutamente huérfano del apoyo de cuantas notabilidades antes tuvo á su lado, y se vió únicamente seguido por algunos de los satélites indispensables siempre en las evoluciones de todo planeta. No pudo ser más elocuente el desengaño; y el exministro, poco acostumbrado á la soledad que rodea á las medianías políticas y que él no merece, se ha vuelto con el ansia del aplauso y del bullicio hacia los campos de la izquierda, donde en reducido pabellón relucían las armas del General López Domínguez.

Esta es indudablemente la historia íntima de la coalición electoral entre romeristas é izquierdistas.

*
* *

Se anunció una reunión política en el Círculo liberal que preside el Sr. Romero Robledo con el fin de hacer público el estado de la inteligencia de que venía hablándose, entre dicho ex-ministro conservador y el jefe de la izquierda, Sr. López Domínguez.

La prensa nos ha dado á conocer el extracto del discurso pronunciado por el Sr. Romero. Con frase intencionada y con calculadas reticencias, dijo á sus amigos y á España entera:

«Cuando afirmé mi protesta contra el acto de rendición de mi partido, respondí á mi historia y á mi significación política. Y de aquella rendición ó pacto, ó lo que fuese, nacieron obligaciones de gratitud que en la lucha electoral se traducen por generosidad para nuestros antiguos amigos y combate para los nuestros de ahora y de siempre.

»En tal estado, conviene la inteligencia electoral con otro partido tan monárquico como nosotros y tan combatido como nosotros también. Esta conducta ha sido agriamente calificada por los que en todas ocasiones pactaron con enemigos de sus creencias y por los que formaron otro partido con

nosotros, con tanta menos razón cuanto que ellos han entregado toda su fuerza y todas sus doctrinas á sus enemigos de siempre, á los que, según ellos, no ofrecían garantías bastantes en época cercana para defender lo que nos es común.

»En un documento oficial de nuestros antiguos amigos se nos niega el derecho de llamarnos conservadores, y ellos renuncian al nombre de liberales. Pues bien; nosotros recabamos esta significación, y os diré que somos conservadores, para arrojarnos á la corriente cuando por ella peligre el tesoro de nuestras creencias, á riesgo de nuestras vidas; y no para dejar que la casualidad deje en la orilla aquel mismo tesoro de nuestras creencias, para ir después á defenderlo. Ellos son conservadores, antes y después del peligro, y nosotros en el peligro mismo. Se juzga de mi historia desde la época de la restauración, y mi historia política es más antigua, y para juzgarla con acierto, hay que juzgarla en conjunto.»

«Respecto de mis propósitos, diré muy poco. Hoy estamos en nuestro puesto. Pero *si algún día, así como hice transacciones para defender la restauración, fuera preciso que las hiciera en bien de la monarquía, las haría lo mismo.*»

» «No atacaré al Gobierno por la falta de sinceridad prometida, pues no querría ser injusto como conmigo lo fueron, teniendo en cuenta la presión que ejercen los partidos; pero sí diré, que si la sinceridad y aun la gratitud fueron para nuestros adversarios, la persecución y el combate han sido para nosotros. Esto me satisface más, porque prueba el temple de nuestras fuerzas, y de esa manera, nuestra voz en el Congreso será la del país que representamos. ¡Quién sabe si otras voces no podrán representar más que la gratitud!»

Antes de permitirnos observación alguna, es necesario consignar que al mismo tiempo que celebraban su reunión los soldados romeristas, el círculo de la izquierda había convocado también á los suyos para formular la opinión de sus directores; porque es de advertir que en el círculo de los izquierdistas hay más de un prohombre que comparte con el

jefe la importancia y la influencia del partido. Después de varios discursos de los amigos de los Sres. Becerra y Linares Rivas, dejóse oír la voz del General López Domínguez, en los siguientes términos:

«Pocas veces he lamentado tanto como en este momento no poseer dotes oratorias suficientes para decir algo nuevo; pero ya que esto no puede ser, declaro desde luego que hago mío todo cuanto aquí acaba de decirse.

»No quiero molestar á nadie; pero conviene á mi propósito declarar que he tenido miedo de que desapareciera el partido, porque en los tiempos que corren es muy difícil conservar la fe. Se ha dicho que se llamó al partido izquierdista: es cierto, se me buscó; pero yo no podía desistir de mis ideales ni de mi programa, y pedí y exigí lo que pide y exige todo jefe de partido: justicia. Cuanto se ha dicho ó escrito respecto á que el jefe de la izquierda había contraído compromisos, debe relegarse al desprecio; yo únicamente hubiera dispensado la benevolencia á un Gobierno liberal, en caso necesario.

»Las quejas constantes de candidatos del partido por la persecución de que han venido y vienen siendo objeto de parte del Gobierno, me han impulsado á establecer inteligencias con otra agrupación política; pero esa inteligencia es puramente electoral y reducida á combatir al enemigo común. *Respecto á otro género de inteligencias, lo han de determinar las circunstancias y los acontecimientos, pero siempre defendiendo nuestra bandera y manteniendo nuestro programa.*

»No necesito que nadie me pida cuenta de mis actos, porque soy más demócrata que todos esos demócratas que me combaten y que discuten si puedo ó no llamarme apóstol de la democracia; para tener ese derecho, creo más que suficiente haber votado la Constitución de 1869 y no haberme arrepentido de ello, como no me arrepiento ni me arrepentiré jamás. En ningún caso, conste así, renunciará la izquierda á su propósito de llevar á cabo la reforma constitucional. Yo acuso

de criminales contra la nación á cuantos apelan á la fuerza para llegar al logro de los ideales, teniendo abiertos los caminos de la legalidad.

»Nosotros somos reformistas, y lo somos por creer que las reformas deben alcanzar al ejército, á la administración, al clero y á todo cuanto de ellas deba ser objeto. Tengamos, pues, fe en nuestros ideales; atraigámonos cuantos elementos sean posibles; demostremos que somos partido de Gobierno bajo la garantía de la libertad y del orden, y que todos nuestros esfuerzos se dirigen en bien de la democracia, de la patria y de la monarquía.»

En uno y otro círculo fueron aprobados incondicionalmente los actos de sus respectivos jefes, y ambas fracciones quedan decididamente coligadas para la campaña electoral, con el terreno preparado para otras avenencias y tal vez amalgamas en lo futuro.

Comprendemos la satisfacción de los izquierdistas. Lo inexplicable es que los antiguos conservadores, que por amistad personal ú otro motivo siguen al Sr. Romero Robledo, puedan aceptar con ánimo tranquilo esas aproximaciones que bien pudieran degenerar en contubernio, y no son admisibles cuando no se reniega en absoluto de los principios políticos que formaron todos los anteriores ideales.

*
* *

Existe unanimidad en juzgar las declaraciones hechas en los dos círculos de que hemos hablado.

El Sr. Romero Robledo pretende justificar su inteligencia con los izquierdistas en la ley de necesidad, que es la más imperiosa de las leyes; pero no advierte que semejante necesidad está muy lejos de poder justificarse, y que la división intentada entre los conservadores es un absurdo político en los momentos actuales en que más unión se necesita entre las grandes fuerzas del país, y más aplausos merece el ins-

tinto político del hombre de Estado que en la crisis de noviembre entregó el poder á los liberales.

El General López Domínguez se aferra en sacar á plaza la reforma constitucional, precisamente cuando menos debiera hablarse de ella; pues los apasionados debates constituyentes podrán ser oportunos en tiempos bonancibles; pero no cuando el imperio de la calma y de la prudencia se impone para consolidar una interinidad en sus difíciles comienzos.

Pero lo más sorprendente y lo que en medio de las frases más ó menos hábiles resulta, es que ni izquierdistas ni rome-ristas repugnarían que el pacto electoral ya celebrado se convirtiese luego en inteligencias políticas más amplias y trascendentales.

*
* *

No podemos estar conformes con determinados pesimismo respecto á la situación general de España, pero, á fuer de sinceros y leales, no lo estamos con ciertos optimismos tampoco.

Es evidente que las instituciones monárquicas tienen hondas raíces en la tierra española; que los jefes del republica-nismo viven hoy en impotente desacuerdo; que los procedimientos de fuerza son enérgicamente rechazados por la opinión y encuentran cada día menos eco, y finalmente, que pertenecen ya á la historia y sirven de provechosa enseñanza los hechos, los propósitos y desaciertos de los hombres que representan ideas extremas, jefes de fracciones que en su mayoría han pasado por el poder, y en el poder han manifestado precisamente su impotencia y conseguido el descrédito y la reprobación de la política que ya pusieron desdichadamente en práctica en tiempos no lejanos. Pero no olvidamos que las conspiraciones revolucionarias, alentadas en extraño suelo, estallaron también en el reinado de Alfonso XII; que todos los caminos son legítimos para los que no desaprove-

chan medios ni ocasiones; que los pactos y las temporales concordias son más fáciles en las tentativas demoledoras, y que el tino, la vigilancia y la prudencia, virtudes laudables en todos tiempos, son hoy cualidades absolutamente necesarias.

Ni pesimismo ni optimismo; porque bien pudieran las exageraciones convertir el mejor día en realidades lo que hoy juzgan algunos ridículas novelas.

A.





REVISTA EXTRANJERA



PROVECHA Inglaterra cuantas ocasiones se le presentan para añadir una malla á esa red inmensa que con persistente labor construye hace muchos siglos para acaparar el comercio de las cinco partes del mundo.

Rumores nacidos en los círculos diplomáticos dan consistencia y fundamento á las noticias que por Europa habían circulado. Parece ya indudable que el Gabinete Salisbury, poco antes de su caída, se había entendido con la Puerta en todo lo relativo á la cesión de la isla de Creta á la Gran Bretaña. En el mes de diciembre último, el *Foreign-Office* recibía un despacho de su cónsul en Creta, en el que participaba que el Gobernador de aquella isla, Savas-Pachá, estaba á punto de resignar sus funciones, á consecuencia de una apreciación suya distinta de la que tenía la Puerta en lo referente á los preparativos necesarios ante la eventualidad de una lucha en Creta. El Gobernador Savas-Pachá, cuyas disposi-

ciones tenía la Puerta por insuficientes, respondió que no era posible hacer otra cosa, careciendo de lo esencial, es decir, de tropas bastantes para el interior de la isla y de barcos para la vigilancia de las costas, no encontrándose dispuesto á asumir la responsabilidad de lo que pudiera acontecer en lo sucesivo.

El Gobierno de Constantinopla, viéndose en el caso de relevar al Gobernador de Creta en aquellos críticos momentos, ó de atender á las exigencias de Savas-Pachá, hubo de dar oídos á ciertas proposiciones que la sagacia había inspirado á Lord Salisbury. Proponía el Gabinete inglés encargarse de la defensa de la isla de Creta contra todo ataque que del exterior procediese, y también contra toda sublevación de los cretenses; y esta intervención de Inglaterra se legitimaría, bajo el punto de vista de derecho internacional, firmándose un tratado de alianza ofensiva y defensiva que hubiera dado á los ingleses ventajas excepcionales en el caso de un nuevo arreglo en la cuestión de Oriente. En prueba de la sinceridad de sus intenciones, Lord Salisbury se manifestaba resueltamente enemigo de las reivindicaciones del pueblo griego. Era un reclamo muy hábil.

Quiso, pues, el Gabinete conservador de Londres conseguir un protectorado sobre Creta, análogo al que tuvo sobre las islas Jónicas, y á que tuvo que renunciar en 1863 en favor de Grecia. Tal era el estado de cosas á la caída del Ministerio que presidía Lord Salisbury.

Dícese que cuando Inglaterra se vió obligada en 1863 á ceder las islas Jónicas á Grecia, el Canciller Bismarck creía que «una nación que deja de tomar y empieza á dar, es una nación enferma.» Pero Inglaterra es una excepción de la regla, porque es una nación acomodaticia en superlativo grado, sus intrigas diplomáticas son incesantes, y la cesión aquella no le ha impedido hacerse posteriormente dueña de Chipre y de Egipto, no pudiendo extrañarnos que ahora pensase en Creta. Ante las confusiones producidas por Rumelia en la

península de los Balkanes, y ante las amenazas que por todas partes rodean á los turcos, no podía la ocasión ser más propicia á la diplomacia inglesa, que muy bien suele cobrar siempre sus buenos servicios.

Los cretenses, con su ardiente patriotismo y su indómita energía, son naturalmente turbulentos y están poseídos del instinto de rebelión contra el insufrible yugo de los musulmanes. Estos últimos tienen en Creta un foco constante de perturbaciones, y sería para ellos una dicha que desapareciese. ¿No es esta una coyuntura muy favorable para los sucesores en Londres de la política de Pitt, de Pálmerston y de Disraeli?

Pero ¿consentiría Europa la anexión de Creta? Señora Inglaterra de Creta, y no olvidando que su bandera ondea ya en Egipto, en Gibraltar y en Port-Said, ¿qué le faltaría para dominar en absoluto el Mediterráneo entero? La desmembración de Turquía pudiera ser, por otra parte, la señal de reclamaciones muy serias, de enérgicas protestas y aun de muchas disputas, y las reclamaciones, las protestas y las disputas entre pueblos de gran fuerza, suelen resolverse al fin á cañonazos.

*
* *
*

Un importante periódico de Londres, el *Daily Telegraph*, afirma que le consta que Gladstone y sus colegas de Gabinete están decididos á presentar á la aprobación de las Cámaras un proyecto de autonomía en favor de Irlanda, proyecto muy aceptable, tanto por el pueblo inglés como por el partido parlamentario que representa las aspiraciones irlandesas. Añade que este proyecto comprenderá la concesión de un Parlamento irlandés con residencia en Dublín; que el cuerpo de agentes de orden público, llamados *constables*, seguirá funcionando á las órdenes del Gobierno imperial, aunque se

creará otra policía local que dependerá exclusivamente de las autoridades irlandesas, y finalmente, que el cobro de los derechos de aduanas y de las contribuciones indirectas, quedando uniformes para todo el Reino Unido, estará también confiado á las mismas autoridades de Irlanda. Se quiere que con estas bases y bajo ciertas restricciones relativas á la ley sobre compra de tierras cultivadas, el Parlamento irlandés tenga toda la libertad posible para administrar los negocios puramente locales, conviniendo también en que Irlanda conserve el derecho de enviar á la Cámara de los Comunes los representantes que han de tomar parte en la deliberación de las cuestiones que interesen á la totalidad del Imperio.

El Gabinete liberal se coloca, si esto es cierto, en el terreno de las concesiones; pero son muchos y muy encontrados los elementos que de antiguo se disputan el predominio en Irlanda; las pasiones están allí altamente excitadas de una y otra parte, y es muy problemático que se encuentre una fórmula que satisfaga á la vez á los parnelistas y á los grandes propietarios de la Cámara de los Lores. Téngase en cuenta que Irlanda ha vivido siempre rebelde, pero sometida á la fuerza y durante siglos por una aristocracia que no querría ceder de improviso, cuando tan poco se ha impresionado nunca por la miseria ni por la ruina de los colonos. Aquel sistema de exagerada concentración y de política implacable ha hecho que la caridad misma sea impotente y que se haya declarado una guerra á muerte por el pobre contra el rico, guerra que se organiza en Londres y en Dublín por medio de los elementos anárquicos de que sabe valerse el partido socialista en todas las capitales del mundo.

Indemnizar á los señores de las tierras é instituir un Parlamento irlandés parece un procedimiento cuerdo, cuando es imposible gobernar sin un perpetuo estado de sitio. Pero el Parlamento irlandés sería el separatismo de Irlanda, y el separatismo es un remedio tan violento, que no es posible sea

nunca aceptado por la más poderosa de aquellas dos razas distintas que no han podido ni podrán ya asimilarse.

Los peligros más serios para el porvenir del Imperio británico han nacido y crecen, como la amenaza de una tempestad terrible, bajo el nebuloso cielo de Irlanda, y tienen su causa en el corazón mismo de la Gran Bretaña.

*
* *

Muchas é interesantes peripecias ha tenido entre nuestros vecinos los franceses la discusión de dos proposiciones que tendían á expulsar, sin forma de juicio, á todos los miembros de las familias que han reinado en Francia. Ambas proposiciones han sido desechadas por una importante mayoría.

El Presidente del Gabinete, Mr. de Freycinet, ha dado en esta ocasión admirable ejemplo de firmeza, previsión y consecuencia política. El radical Clemenceau queda confundido, aunque resulta como consecuencia prevista la ruidosa ruptura del Ministerio con sus amigos de la extrema izquierda y de la izquierda radical. ¿Pierde ó gana con este hecho el actual Gabinete? La derecha tendrá de hoy más, y hasta ciertos límites, deberes de gratitud, y una minoría monárquica de 180 votos, no es para despreciada en una Cámara compuesta de 584 diputados.

Lo importante es que se sepan esquivar las cuestiones irritantes, no perdiendo el tiempo en discusiones fútiles y encaminando las tareas legislativas á las mejoras morales y materiales que tanto necesitan también nuestros vecinos. El estado del país acaba de ponerse una vez más al descubierto con el asesinato y los atropellos cometidos por los socialistas que han dirigido la reciente huelga de Decazeville. Es el asunto, la preocupación dominante en este momento en la

esfera industrial y en la política, manifestándose en Francia por marcadísimas impresiones de desaliento y tristeza.

Dícese que los Parlamentos no pueden hacer nada para mejorar la suerte de los obreros. No lo creemos así; pero aunque la afirmación fuera exacta, no podrá negarse que los Cuerpos políticos pueden mucho para poner remedio á un estado de perturbación moral permanente y para desarrollar todos los intereses que de la industria dependen. De no ser esto cierto, no sabemos para qué servirían.

*
* *

A las escenas socialistas de Londres han sucedido las de Decazeville, y á estas últimas las de Holanda, cuyos detalles vemos ahora mismo en la prensa extranjera.

En Inglaterra hubo robos, contusiones graves y atropellos inauditos.

En Francia hay grandes perturbaciones y asesinatos. Véase lo que ha pasado en Holanda:

Una gran reunión de anarquistas tuvo lugar el día 9 en Amsterdam, reuniéndose más de 5.000 obreros en huelga. Los jefes del partido socialista, que habían acudido de varios puntos del reino, atacaron al Gobierno y á las autoridades locales; hicieron votar á las turbas un mensaje dirigido á la corporación municipal de Amsterdam, en el que reclamaban: primero, que se abriesen inmediatamente trabajos públicos, se construyesen habitaciones para obreros y se fijasen en diez las horas de trabajo, siendo éste remunerado á razón de 40 céntimos por hora; y segundo, que los prestamistas no pudiesen reclamar el interés de su préstamo, y se estableciese un impuesto sobre las rentas particulares para sufragar el importe del alimento diario de las clases pobres... ¿Se quiere más?

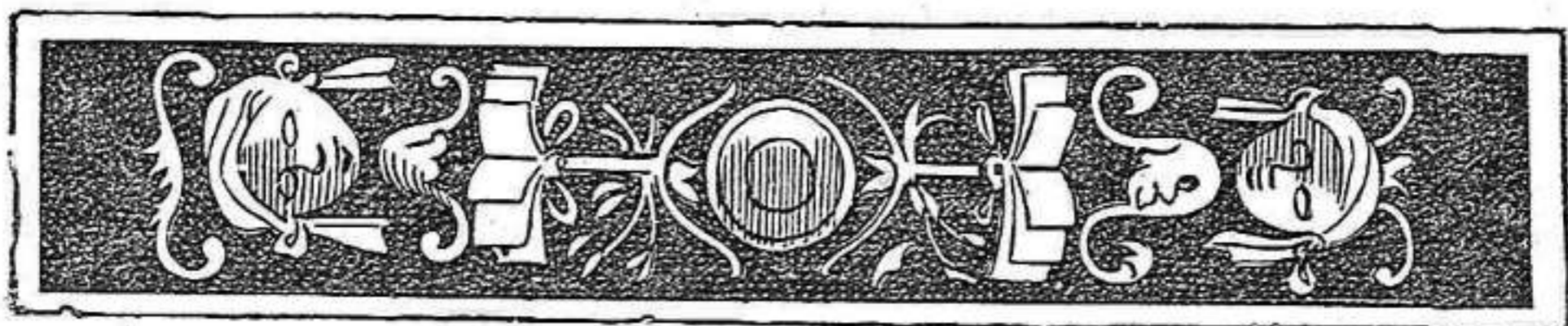
Estas resoluciones fueron llevadas tumultuosamente al pa-

lacio del Ayuntamiento; el burgomaestre ó el alcalde, como decimos por acá, no quiso recibir á los delegados que querían hablarle; tomó parte la policía en la represión de los desmanes; hubo arrestos, luchas entre el tumulto y también agentes de orden público heridos.

Más de una vez hemos indicado que las reivindicaciones sociales son los síntomas de la epidemia más temible que en nuestros días se desarrolla en el mundo. ¿Seguirán ciegos, sordos y tranquilos los gobernantes y los gobernados?



MINISTERIO
DE CULTURA S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Luis Alfonso.—*Historias cortesanas.—El guante.—Un tomo en 8.º*
Precio, 2 pesetas, en la librería de
Fernando Fe, Carrera de San Gerónimo, 2.

El asunto es sencillo; unas pocas horas y el gabinete de una mujer de buen tono, bastan para desarrollar la acción; los personajes pueden reducirse á dos y otros tantos como figuras decorativas; pero uno de aquéllos entabla sabrosa plática de acontecimientos recordatorios, que bastan, y aun sobran, para escitar el ánimo de la pecaminosa beldad á quien se dirige, y la curiosidad del lector hasta concluir el libro.

Su mérito principal consiste en decir cuanto es necesario, hasta rayar en los límites de la conveniencia, sin una frase, ni una palabra, ni un concepto que desdiga del pulcro lenguaje en que toda la obra está escrita,

ya se trate del elegante camarín de una dama aristocrática, ya de la escena en alto grado concupiscente del cuarto tercero de la calle de la Palma.

En este punto no tiene rival el señor Luis Alfonso, y cuenta muy pocos imitadores. Sin decir tanto, con colores mucho más pálidos, vemos todos los días relaciones menos expresivas, si bien llenas de imágenes que rechaza el buen gusto, de acuerdo con la delicadeza de estómago.

No es decir que la obra del señor Luis Alfonso merezca *bill* de indemnidad; en dos ó tres ocasiones mezcla lo sagrado con lo profano, y la obra nada perdería con haberlo omitido, ó echar la corriente por otro lado, que hartos hay á donde dirigirla.

Déjese aparte lo expresivo de algunos cuadros, que al cabo, aunque bien escritos, no dejan de tener carácter peligroso y claridad suma para ense-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

ñar al que no sabe, mas al cabo, quien no sepa, persona tendrá obligada á cuidar de su enseñanza, y culpa de ésta será si tropieza en su camino con estorbos que le impidan marchar antes de tiempo por caminos que desconoce.

No carece de filosofía la obra del Sr. Luis Alfonso; filosofía de todos los tiempos, es cierto, mas nunca está mal recordarla, siempre que no se la considere de actualidad. El autor de las *Diosas del amor* que cita, de seguro habrá hallado ejemplares, ante los cuales los extravíos de su Condesa, hubieran pasado por escrúpulos de monja.

Tal es el libro. Modelo de bien decir como ejemplar de historias cortesanas.

*
* *

Colección de escritores castellanos.—*Historia de las ideas estéticas en España, por el doctor D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: Tomo III (volumen primero) siglo XVIII.*—Un tomo en 8.^o. Precio, 4 pesetas, en la librería de Murillo, Alcalá, 7, Madrid.

Como todas las obras del Sr. Menéndez Pelayo, era esperado con impaciencia el tomo que anunciamos, por suponer en él consignadas las ideas de autores que casi podemos llamar contemporáneos, según lo que han influído y autoridad que ejercen en la literatura moderna.

No se ha equivocado la opinión general, antes bien, queda muy atrás en sus esperanzas de poseer una historia concienzuda y razonada de la estética, pues no solamente en el tomo se adquiere conocimiento de su

marcha en Europa, dando á cada cual de sus iniciadores el lugar que merece, sino que se detiene á razonar sus sistemas, sus conocimientos, las razones en que fundaban su crítica, hasta donde la extendieron y contra quien, sino que, por último, señala lo que resta de ella en nuestro siglo, con síntomas de permanencia ó como escuela transitoria que cambiará por otra mejor, ó será siempre atendible entre los literatos de buen gusto.

Grandes vigiliass ahorra el autor á los que se consagran al arte difícil de la bella literatura, reglas inmutables ofrece al orador de todo género, y aun á cualquiera que aspire á expresar su pensamiento con claridad y hermosura, le será indispensable su obra, ya que no fuere cual modelo, por lo menos como seguro indicio de los escollos en que otros naufragaron en el resuelto piélago de la estética literaria, tan erizado de peligros, que perdido el rumbo, casi siempre el naufragio es seguro, y apenas es posible sostenerse con el propio entre tan varios como se le presenta.

*
* *

Colección de escritores castellanos.—*Críticos.*—A. F. SCHACK.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España, traducida directamente del alemán al castellano por EDUARDO DE MIER.*—Tomo I.—Precio, 5 pesetas, en la librería de Murillo, Alcalá, 7.

Abraza el primer período el origen del drama de la Europa moderna y origen y vicisitudes del drama español, hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.

Trátase luego de los diversos orígenes del drama moderno: decadencia del teatro romano en los últimos tiempos del Imperio: elementos dramáticos en el culto de la Iglesia primitiva: fiestas religiosas en cuya celebración aparecen las primeras representaciones dramáticas: juegos escénicos romanos y su fusión en las farsas de la Edad Media.—Influencia simultánea de los ritos de la Iglesia y de las diversiones profanas en la formación del drama religioso.

Pasa luego á tratarse del teatro romano en España, de la existencia de los espectáculos escénicos bajo los visigodos, de si los árabes conocieron el drama, de los juglares, romances y su fusión en el drama.

Por estos pasos se llega hasta Alfonso X y Juan II, sin detenerse hasta la primera mitad del siglo XVI, en que ya el arte dramático aparece con propias condiciones en su aparato escénico y representación.

Fúndanse al cabo los teatros de la Cruz y el Príncipe en Madrid, y en el decenio de 1580 á 1590 crece la importancia de los teatros en la corte.

La crítica razonada de tales períodos, bajo su aspecto con relación al arte dramático, forma un tomo de cerca de 500 páginas en 8.º de letra menuda y clara. En él encontrará el erudito noticias que de seguro no encontró en libros escritos sobre el mismo tema, y lo que vale más, juicios muy bien fundados, para apreciar el desarrollo, crecimiento y estado actual del arte dramático en España.

* *

A. Espino.—UN CUENTO DE HADAS.—*Recuerdos de la infancia, con un pequeño prólogo y comentario final por el autor.*

Un corto folleto, pero característico por su estilo, cosa difícil y apreciable de reunir. Modelo, en fin, de las relaciones antiguas de mágicos y encantamientos, revestido con arreglo á los actuales tiempos.

El comentario con que le adorna el autor vale tanto como la obra y prueba la competencia literaria del Sr. Espino.

* *

MEMORIAS DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO.—*Tomo V.*

Comprende este hermoso volumen en gran folio y esmerada impresión la medición de la base de Cartagena, que es la más reciente de las nueve elegidas y medidas en territorio español, y la última de las que se consideran necesarias para nuestras redes geodésicas y topográficas. Una red especial la enlaza con la general de primer orden, y la compensación de los errores de aquélla por el método de los mínimos cuadrados, se hizo resolviendo un grupo de 49 ecuaciones de condición, de las cuales 28 son de ángulo y 21 de lado.

Danse á luz las determinaciones astronómicas de latitud y arimut en los vértices *Faro Desierto* y *Matadeón* de la red geodésica, llevadas á cabo hace ya algunos años respectivamente por el ingeniero de minas Sr. D. Antonio Esteban, la primera y la tercera, y por el coronel teniente coronel de Ingenieros Sr. D. Eugenio de Eugenio la segunda.

La red altimétrica de precisión se ha enriquecido definitivamente con las líneas de Santander á Durango, de Maqueda á Badajoz y Portugal, y de Alcalá de Guadaira á Badajoz.

La determinación del nivel medio del mar en los mareógrafos de Alicante, Cádiz y Santander con los datos reunidos hasta el mes de mayo inclusive de 1884, forman la materia de tres capítulos, en los cuales se incluyen las correspondientes observaciones meteorológicas de temperatura, presión atmosférica, humedad relativa, cantidad de lluvia, evaporación, velocidad y dirección del viento.

En un capítulo final se da cuenta circunstanciada del establecimiento y uso de los aparatos registradores electro-automáticos que desde mediados de 1882 funcionan en las estaciones meteorológicas adjuntas á los tres mareógrafos de Alicante, Cádiz y Santander. Con su auxilio se hacen continuas, por decirlo así, las noticias meteorológicas que hasta entonces se habían obtenido de seis en seis horas por la observación directa de los instrumentos ordinarios.

Tales son las tareas geodésicas, metrológicas, meteorológicas, topográficas, geográficas y estadísticas que en rapidísima reseña ofrece al público el Excmo. Sr. Director general D. Carlos Ibáñez, como jefe superior del ramo.

*
* *

La magia disfrazada, ó sea el Espiritismo, por el DR. D. JUAN JOSÉ BENITO Y CANTERO, canónigo magistral de la santa iglesia primada de Toledo.—Con licencia del ordinario.

—Un tomo en 4.º—Precio, 5 pesetas, en la librería de Murillo, Alcalá, 7, Madrid.

Un sacerdote, célebre orador sagrado, teólogo y escritor teológico, de conocida fama, dice de la obra lo que sigue:

En la primera parte del libro, hállase de mano maestra descrita la historia del espiritismo, perfectamente consignadas sus tendencias, y satisfactoria y filosóficamente explicados los fenómenos espiritistas que, cuando son realmente tales, no pueden atribuirse más que á intervención diabólica. Detiénese el autor á estudiar el compuesto humano desde las alturas de la verdadera filosofía; y evidentemente demuestra que la supuesta existencia del *perispíritu* y esa serie de reencarnaciones del alma humana, son absurdos que la razón rechaza y el buen sentido no admitirá jamás. Discípulo aventajado del maestro Angélico, en el arsenal del doctor de Aguiro se provee de armas de buen temple para reducir á polvo el armazón engañoso de la secta espiritista. Teólogo profundo y hábil escolástico, distingue con claridad luminosa y separa lo que es dogmático de lo que tan sólo es opinable. Y explica en qué sentido pueda caber dentro de la ortodoxia la hipótesis de pluralidad de mundos habitados.

Esta primera parte, que en síntesis reproducimos, es sobremanera terrible y contundente contra la secta espiritista. No es menos la segunda.

En esta va de tal modo rebatiendo cada uno de los errores de la supersticiosa escuela, de tal modo logra indicar los dogmas sagrados, por aquella escarnecidos, que bien puede decirse ser esta segunda parte la exposición razonada de los artículos de

nuestra santa Fe, y su rigurosa y fácil apología.

Libro de no largas dimensiones, contiene, sin embargo, un tesoro doctrinal de valor inapreciable. Esta obra vivirá, no sólo durante el ardor de la polémica, sino aun después que nadie tenga ya el mal gusto de ponerse en ridículo sustentando doctrinas tan cumplidamente desautorizadas, tan evidentemente erróneas y tan tristemente funestas.

D. CH.

*
* *

Cervera y Baviera (Julio), capitán de Ingenieros del ejército. — GEOGRAFÍA MILITAR DE MARRUECOS.—Barcelona.—Imprenta de Tasso, 1884.—Un volumen en 8.º, de 186 páginas, con un mapa geográfico de Marruecos en escala de $\frac{1}{2.500.000}$, y cinco láminas en negro con los planos topográficos de Larache, Salé y Rabat, Mehediah, Casa Blanca, Melilla, Chafarinas, Alhucemas, Vélez de la Gomera, Tánger, Tetuán, Mazagán, Mogador, Safi, Agadir y Marruecos.—EXPEDICIÓN GEOGRÁFICO-MILITAR AL INTERIOR Y COSTA DE MARRUECOS.—Barcelona.—Imprenta de Giró, 1885.—Un volumen en 4.º mayor, de 181 páginas, con quince fotolitografías que representan tipos del país, edificios, poblaciones, etc., y un plano de los alrededores de Fez.

Con el intervalo de un año ha dado á luz el Sr. Cervera los dos libros cuyo apunte bibliográfico queda transcrito. ¿Cuál es su importancia y hasta dónde alcanza su mérito y utilidad? El joven é ilustrado oficial de ingenieros había sentado la premisa en su *Hidrografía de Marruecos*, publicada

en el tomo primero de la *Revista científico-militar*, de que tanto como el conocimiento de la topografía de la patria, es útil y conveniente el estudio militar de aquel Imperio, «al que más ó menos tarde ha de llevarnos, dice, la necesidad de la guerra,» y discurriendo de este modo dedicóse con ahinco y perseverancia á meditar y observar, trazando al fin su *Geografía militar de Marruecos*, que acusa desde luego el abundante caudal de conocimientos que ha adquirido, estudiando las poblaciones más modernas y autorizadas que de aquel país tratan, y pesando y analizando las condiciones orográfico-hidrológicas del territorio, en sus relaciones con la organización y fuerza militar de la nación marroquí. Hecho esto, comenzó su estudio de interés y con una perspicacia técnica que raya á veces en verdadera intuición, trazó el cuadro de los *teatros de operaciones en el Moghreb*, sujetándolo á una división perfectamente natural y definida para los efectos de la guerra. Los *teatros* parciales en que, según el Sr. Cervera, debe considerarse dividido el Imperio marroquí, son los siguientes: *El Sebú, Región del Muluya, El Riff, Marruecos, Cordillera del Atlas, Sus y Nun, Tafilete, Figuig y la frontera de Argelia* Y, en efecto, por poco que se estudie la geografía de aquel país, se ve desde luego que no caben otras divisiones estratégicas, ni es posible emprender campaña alguna con probabilidad de buen éxito, si no se ajustan las operaciones militares á este plan, bajo el orden de preferencia y enlace que el autor indica en su estimable obra. Descuella en todas las descripciones hechas por el Sr. Cervera el acierto y el tino en agradable y útil consor-

cio con el alto vuelo de su penetración, sagacidad y prudencia, cualidades que raras veces se acomodan bien con el entusiasmo de los pocos años. Es deber también de imparcialidad encomiar la exactitud científica, la sencillez y claridad del estilo y la severa sobriedad en los conceptos y descripciones que en todo el libro resplandece.

En suma; como estudio de conjunto, nada se ha hecho hasta hoy que pueda compararse á la *Geografía militar* de que damos cuenta, y por más que las corrientes de estos tiempos sean más pacíficas que batalladoras, es innegable que la obra del joven oficial de ingenieros será consultada siempre con provecho y búsqueda, además, como indispensable, si algún día las vicisitudes de los acontecimientos hiciesen necesaria la intervención de las armas, para dar cima á lo que no puedan concertar las negociaciones diplomáticas.

Y esto sentado, digamos siquiera cuatro palabras acerca del segundo libro que hemos registrado, en el que se revela, no ya solamente al militar estudioso, sino también al explorador inteligente y entusiasta, por cuyas venas corre la sangre de los Bodias, Murgas y Gatells, atraído por el afán de los descubrimientos, por las glorias de su patria y por el encanto de las exploraciones científicas.

Con escasos recursos, pero con sobra de ánimo y entusiasmo, emprende Cervera su viaje de exploración desde Tetuán, en el mes de setiembre de 1884; se dirige á Alkazar-kebir, prosigue hasta Fez, reconoce la cuenca del Sebú, visita detenidamente á Rabat y Salé, marcha á Mehediah y continúa por Larache y Arzila hasta Tánger, dejando así terminada su ex-

cursión, que duró cuatro meses y en la que su prudencia, su valor y su salud sufrieron rudas pruebas, no sin que peligrase de todas veras su vida, por los ataques de los salteadores y por las fiebres y disentería. Pero su constancia y su energía le sacaron á salvo de tanto peligro, logrando al fin su propósito de estudiar detenidamente el *teatro militar* de la cuenca del Sebú, que es la llave de la capital del Imperio (Fez) y de la organización militar del ejército del Sultán, variada un tanto (desde que sobre ella dieron noticias Murga y Gatell) á consecuencia del influjo que en ella ejercen algunos oficiales extranjeros, franceses é ingleses, allí ingeridos con fines fáciles de adivinar.

Cuantas noticias da el Sr. Cervera acerca de este punto y las que estampa con relación al estado de las tribus, geografía y topografía de las localidades, son todas originales, como desde luego se echa de ver, por lo que se apartan de las que otros escritores han publicado, reproduciendo hechos y hasta consejos inverosímiles, por dar crédito á noticias vagas ó escribir de memoria, como vulgarmente se dice. El trabajo del Sr. Cervera no es de este género; ni se adorna con fantasías, ni apunta más que verdades. El relato del viaje, por otro lado, es sobrio, natural y sencillo, caracteres propios de su modestia é inherentes á la veracidad que debe resplandecer en todo viajero y escritor serio y concienzudo.

Tenemos escrita, pues, con este libro la última página, si así se puede decir, de lo que es, geográfica y militarmente considerada, la región septentrional del Imperio sherifiano, y como conclusiones de un orden social y político superior—porque á

esto también se ha extendido la penetración y sagacidad del Sr. Cervera,—apuntado queda también en dicho libro lo que en interés de nuestro porvenir en aquellas regiones africanas debería hacerse para extender nuestra influencia social, política, comercial y territorial, con puntos concretos y con objetivos precisos, por medio de procedimientos fáciles y económicos. Esboza el último capítulo de la obra en cuestión, con el título de *Diversas consideraciones*, estos importantes puntos, en donde, á nuestro entender al menos, está la sustancia de más alcance del trabajo, como plan de conducta para lo sucesivo. A los Gobiernos toca ahora hacer algo para conseguir aquellos fines, y como todo ello costaría muy poco, pensamos que ha llegado ya el momento de obrar, dejando á un lado escrúpulos misérrimos de mal entendidas economías, que no se conciertan bien, seguramente, con los escandalosos derroches de que es objeto á veces el presupuesto del Estado, del cual salen todos los años comisiones con largueza retribuidas para viajes de recreo y otros malgastos, con cuyo importe se podría satisfacer de sobra aquellas atenciones grandemente útiles y provechosas para el engrandecimiento de la patria.

Por lo demás, pensamos nosotros, porque para ello tenemos motivos serios, que el joven oficial de Ingenieros Sr. Cervera no ha hecho hasta ahora más que *preludiar* futuras y muy arriesgadas empresas de exploración. Probable es que no tardemos en conocer el resultado de trabajos más difíciles y útiles, que pedimos á Dios se vean coronados del más feliz éxito, lo cual esperamos, porque se reúnen en él, por lazo de raro comer-

cio, la juventud, el valor y el entusiasmo, con el saber, la prudencia, el ingenio y el juicio, todas, precisamente todas las cualidades que se requieren para salir adelante con sus nobles propósitos. Su gloria personal, y mucho más aún la de la patria, están muy interesadas en que así suceda.

J.

*
*
*

¡Hijo mío! por SALVADOR FARINA.—*Versión castellana de* MARÍA DE LA PEÑA, *ilustraciones de* F. GÓMEZ SOLER. *Un volumen de 411 páginas.*—*Barcelona, imprenta de DANIEL CORTEZO Y COMPAÑÍA, Ausias March, 95. Año de 1886*

«La obrita que va á leerse es, en concepto de la traductora, un modelo de sencillez, de ternura y de gracia. Salvador Farina es uno de los escritores amenos que mejor poseen hoy en Europa el arte de narrar, conmoviendo al lector con recursos naturales y honrados. Su pluma engrandece los asuntos más baladíes y da á los tipos más vulgares proporciones literarias. El interés y el sentimiento se desarrollan en este autor al través de las escenas comunes de la vida, sin apartarse de la verosimilitud ni de la moral cristiana. A esto deben sin duda sus obras el ser ya conocidas en todas partes.»

Así empieza el prólogo en que la distinguida traductora da á conocer los méritos y condiciones literarias del insigne novelista italiano. La fama universal de que disfruta Salvador Farina nos exime de detenernos á exponer las bellezas que atesora su preciosísima novela *¡Hijo mío!*,

llena de episodios interesantísimos y de narraciones inimitables. Añádase á esto la elegancia con que la presenta la casa editorial de Daniel Cortezo, los muchos grabados que la ilustran y la artística encuadernación que la viste, y se comprenderá que la novela titulada *¡Hijo mío!* reúne multitud de circunstancias que la harán obtener el favor del público inteligente.

A la misma casa editorial corresponde y al propio tiempo se ha distribuído un volumen en que se coleccionan seis de las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes. Titúlense

La gitanilla, El amante liberal, Rinconete y Cortadillo, El licenciado Vidriera, La española inglesa y La fuerza de la sangre. El nombre del insigne autor de estas celebradísimas novelas se halla á tal altura, que ni la alcanzan las críticas, si alguien fuese osado á dirigírselas, ni pueden levantarle más las alabanzas.

Nuestro aplauso sincerísimo y cordial al Sr. Cortezo, que sabe mantener sin decadencia el interés de sus dos bibliotecas, Clásica y de Artes y Letras, como resultado del buen acierto que á sus elecciones preside.

A.





Elixir Digestivo

DE

JIMENO

PEPSINA Y PANCREATINA EN ESTADO NATURAL, Y DIASTASA.

DIGESTIVO COMPLETO de los alimentos grasos, azoados y feculentos.--**EXCITANTE PODEROSO DE LA DIGESTION**, por hallarse compuesto de los jugos péptico y pancreático naturales, con sus inherentes ácidos, sales y principios inmediatos. Está reconocido este digestivo como preparación de alta novedad y superior á todas las conocidas.--**PRINCIPALES INDICACIONES.**--Apépsia (falta de apetito), dispépsias ácidas y flatulentas. digestiones pesadas, vómitos de los alimentos y vómitos de las embarazadas.

FARMACIA DEL GLOBO, PLAZA REAL, 4, BARGELONA, Y EN TODAS LAS DE LA PENÍNSULA

CASTRO

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)



SOURCE BADOIT



EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878
 La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881
 Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés *hygiéniques, apéritives et digestives*, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs **O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.**

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 128 páginas en 4.º, y forma cada dos meses un abultado volumen de 500 á 600 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

| MADRID | <u>Pts. Cs.</u> | PROVINCIAS | <u>Pesetas.</u> | EXTRANJERO Y ULTRAMAR | <u>Pesetas.</u> |
|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|--------------------------|-----------------|
| Tres meses..... | 7,50 | Tres meses..... | 8 | Seis meses..... | 20 |
| Seis meses..... | 15,00 | Seis meses..... | 15 | Un año..... | 38 |
| Un año..... | 30,00 | Un año..... | 30 | | |

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

| | | | |
|----------------|---|----------------|---------------------------|
| ALMERIA..... | Francisco de P. Mora. | MAHON..... | Pascual J. Hernandez. |
| ALCOY..... | Antonio Gimeno. | MÁLAGA..... | Francisco de Moya. |
| AVILA..... | José García. | MÚRCIA..... | Pedro Pagan. |
| ALBACETE..... | Sebastian Ruiz. | ORENSE..... | Vicente Miranda. |
| BARCELONA..... | { S. Lopez Bernagosi. Texidó y Parera. | OVIEDO..... | Juan Martinez. |
| BURGOS..... | Santiago R. Alonso. | MALLORCA..... | Montañés é hijos. |
| BILBAO..... | Eduardo Delmas. | PAMPLONA..... | Roman Velandia. |
| CÁDIZ..... | { Manuel Morillas. José Vides. | REUS..... | Torroja y Tarrats. |
| CORUÑA..... | Vicente Naveira. | SEVILLA..... | Hijos de Fé. |
| CÓRDOBA..... | Manuel García Lobera. | SANTIAGO..... | Ramon Pazo. |
| CARTAGENA..... | Vicente Velazquez. | SALAMANCA..... | Sebastian Cerezo |
| CUENCA..... | Manuel Mariana. | SAN SEBASTIÁN. | Rubinat y C. ^a |
| CIUDAD REAL... | José Clemente Rubino. | SANTANDER,... | Toribio Saldaña. |
| FERROL..... | José María Abizanda. | SEGOVIA..... | Abelardo Fernandez. |
| FIGUERAS..... | Juan Heren. | TENERIFE..... | Benitez y C. ^a |
| GRANADA..... | Paulino Sabatell. | TOLEDO..... | Alejandro Villatoro. |
| GIJÓN..... | Hermógenes Andrade. | TORTOSA..... | Pascual Bernis. |
| HUELVA..... | Plácido García. | VALENCIA..... | Francisco Aguilar. |
| JEREZ..... | Miguel Gener. | VITORIA..... | Bernardino Robles. |
| LÉRIDA..... | José Sol. | VALLADOLID... | Jorge Montero. |
| | | ZARAGOZA..... | José Menendez. |

PÍLDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PÍLDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.